

EN LAS CIUDADES INVISIBLES



*Actividad oficial de **Universo Italo Calvino**, Homenaje al escritor italiano en el centenario de su natalicio, Sevilla, octubre 2023*

Orden Literaria William Shakespeare

Coordinación editorial
José Carlos Carmona,
Ana Bravo González,
Sol Martín (Cultura LAB)

Diseño Gráfico
Marcelo Martín, Joaquín Ávila

Portada e ilustraciones
Miguel Martín Muñoz

Impresión
ULZAMA Digital

ISBN
978 - 84 - 09 -54162 -1

Depósito Legal
SE 1688-2023

© de la presente edición, Cultura LAB
© de los textos e ilustraciones: sus autores

Universo Italo Calvino

EN LAS CIUDADES INVISIBLES



Orden Literaria William Shakespeare



.....

ÍNDICE

6

Prólogo

10

1. Las ciudades continuas
FÁBULA DE LEONIA DEVASTADA
Juan Manuel Ávila

14

2. Las ciudades escondidas
EL PACTO ODISEA
Antonio Castilla

30

3. Las ciudades sutiles
EL LIBRO SECRETO DE LOS SECRETOS.
Antonio Castilla

60

4. Las ciudades y el cielo
TECLA
José Carlos Carmona

68

SEGUNDO VIAJE. LOS PIES SOBRE EL CIELO
María José Ventaja

90

5. Las ciudades y el deseo
ROMANCE IMPROBABLE EN HIMPROBIA
Juan Manuel Ávila

94

FELONIA, LA CARA CANALLA DE DUÓPOLIS
Juan Manuel Ávila



98

EL DESEO DEL HOMBRE HABITA EN EL BORDE
DEL ALA DE UNA MOSCA
Rafael Cruz-Contarini

112

6. Las ciudades y el nombre
LAS CIUDADES Y EL NOMBRE
Enrique García López-Corchado

120

7. Las ciudades y la memoria
MI PADRE Y LA CIUDAD DE LA MEMORIA
José Manuel Higes

138

8. Las ciudades y los intercambios
EL SUEÑO QUE SE VOLVIÓ SUSTANTIVO
Rafael Cruz-Contarini

148

9. Las ciudades y los muertos
EL VIAJE. LOS DESAGUADEROS
María José Ventaja

162

10. Las ciudades y los ojos
ZEMRUDE
José Manuel Higes

180

11. Las ciudades y los signos
LA CIUDAD Y LOS SIGNOS
José Carlos Carmona

186

Biografías de los Autores

Prólogo

*Scrivere è sempre nascondere qualcosa in modo che
venga poi scoperto*

Se una notte d'inverno un viaggiatore

Italo Calvino

Las ciudades son un estado del alma

Beatriz Vitar

La mejor manera de celebrar el centenario de un escritor es leyendo su obra.

Es razonablemente fácil estar de acuerdo con esta afirmación. Sin embargo, cuando se trata de un autor como Italo Calvino -prolífico, ecléctico, inspirador- esta afirmación se nos queda corta.

La primera vez que abrí *Las ciudades invisibles* supe que no me conformaría con ‘leerlas’. Si tenemos en cuenta que este texto, en sus más de 50 años de vida desde que fuera publicado en 1972, ha inspirado a artistas plásticos, músicos, dramaturgos, arquitectos..., podemos considerarla la obra más evocadora de cuantas escribió Italo Calvino.

La reflexión poética y lúcida en el texto de Calvino ha servido en esta ocasión de inspiración a los miembros de la Orden Literaria William Shakespeare que, generosamente, han participado con su trabajo en el homenaje que se celebra en Sevilla con motivo del centenario del nacimiento de Italo Calvino -Universo Italo Calvino-. El resultado lo tienes entre las manos: *En las ciudades invisibles*.

Como hiciera Marco Polo con Kublai Kan, siete escritores, en catorce relatos, nos asoman a las calles de ciudades: las imaginadas por Italo Calvino, las intuitas por ellos mismos, todas ellas aparecen en los mapas del atlas del Gran Kan “tierras prometidas visitadas con el pensamiento, pero todavía no descubiertas o fundadas”. Nos cuentan historias que suceden allí, que sucedieron, ¿que sucederán? No se ciñen estas narraciones a un marco temporal determinado, como tampoco hay límites en el espacio. Narraciones en las que, con voces distintas, conocemos a los habitantes que viven *En las ciudades invisibles*, a los viajeros que van de paso, a los que quedan seducidos cuando las visitan.

En sus avatares y sus cotidianidades los personajes nos cuentan que en las guerras ‘de verdad’ hay sangre de verdad, que huele y salpica; que maltratar la naturaleza tiene consecuencias nefastas para el género humano, que llegará un momento en que el planeta dejará de existir y, sin embargo, puede haber sitio para la esperanza. Conocemos a un joven migrante que gracias a su capacidad de adaptación y a una mano tendida, como por arte de magia, consigue ser uno más entre los habitantes de Sofronia y a un maestro ciego que sabe ver sin mirar –“es cuestión de escuchar con atención...”-. Cuestiones todas ellas latentes en la obra de Italo Calvino, profundamente atento a la protección del medio ambiente, a la defensa de los desfavorecidos, a la necesidad de una cultura que, trascendiendo la intelectualidad, sirva de motor para el cambio de la sociedad; como cambio puede provocar cualquier acción distinta, como el amor entre desiguales en la ciudad de *Zemrude*. Hay lugar *En las ciudades invisibles* para un toque de humor sutil -muy calviniano también- gracias al que nos encontramos con una desconocida faceta de Marco Polo (al parecer no estaba tan contento trabajando para el Kan como habíamos creído hasta ahora).

En las ciudades invisibles he encontrado la atracción de la casualidad, el vértigo al asomarnos al vacío que dejan los proyectos cumplidos, la posibilidad de que el conocimiento modifique nuestras expectativas, el valor de atreverse, el de la ciencia, la certeza de que cada uno percibe el entorno según su propia experiencia, su sensibilidad, su emoción, su interés..., he comprobado que mirar las estrellas nos consuela del miedo.

Kublai Kan, embelesado con las historias de Marco Polo, no termina de confiar en él, piensa que no debe creer en todo lo que le dice y le propone: “de ahora en adelante seré yo quien describa las ciudades y tú verificarás si existen y si son como yo las he pensado”. Como en el intercambio necesario entre escritor y

lector, juguemos a verificar si alguna de las ciudades —“espacio de subjetividades, de sentimientos entretejidos”- propuestas es la nuestra, la ideal en la que nos sentimos seguros y felices, la que da respuesta a nuestras preguntas.

Si quieres que tu vida sea emocionante, como el protagonista de *El sueño que se volvió sustantivo*, puedes emprender un viaje - ¿para revivir tu pasado?, ¿para encontrar tu futuro? -; también puedes leer un libro, seguro encontrarás lo que buscas, porque “el que escucha solo retiene las palabras que espera. (...) Lo que dirige el relato no es la voz: es el oído.”

Leamos *En las ciudades invisibles*, escuchemos con curiosidad y atención lo que sus autores nos cuentan, que sus palabras nos muestren el camino de su compromiso, de su inquietud, de sus ganas de comunicarse, de su fantasía, descubramos lo que han escondido para nosotros.

Ana Bravo González

Sevilla, 12 de mayo de 2023

Nota: Las citas corresponden a textos de Italo Calvino y de *En las ciudades invisibles*

1 Las ciudades continuas

FÁBULA DE LEONIA DEVASTADA

Juan Manuel Ávila

Esta fábula nos trae al presente una Leonia destruida por las secuelas de una guerra. Residuos de todo tipo y escombros nos hablan de la ciudad perdida y dibujan un paisaje desolador. Un diálogo breve entre un abuelo y una nieta nos sitúan en el contexto.

La basura de Leonia poco a poco invadiría el mundo si en el desmesurado basurero no estuvieran presionando, más allá de la última cresta, basurales de otras ciudades que también rechazan lejos de sí montañas de desechos. Tal vez el mundo entero, traspasados los confines de Leonia, está cubierto de cráteres de basuras, cada uno, en el centro, con una metrópoli en erupción ininterrumpida.

Las ciudades continuas 1
Las ciudades invisibles
Italo Calvino

Leonia tan solo es ya un triste rescoldo. La basura de antaño, vestigio de pasadas glorias y del cruce de civilizaciones, aparece entremezclada con los escombros de esa guerra reciente que no dejó ni torres ni almas en pie. El vuelo mecánico y armonioso de un dron nos la va mostrando al detalle.

Un cuervo picotea el ojo de cristal de una Nancy tullida y desnuda.

La bandera bicolor de un país que ya no existe se pudre en un charco.

Una camiseta Nike roja y raída, recuerdo de un ídolo que fichó por el enemigo, asoma por una ventana con los cristales rotos.

Un galgo olisquea histérico un conejo de peluche.

La carcasa de un PC, abierto en canal, airea sus tripas de cables y procesadores.

Una foto de boda, de marco barroco y dorado y en la que solo el novio sonrío, resplandece entre las baldas de una estantería arrumbada.

Un palomo, lisiado y nervioso, engulle perdigones.

La locomotora oxidada de un tren eléctrico ya no silba ni muestra cara de velocidad.

Una guía telefónica, del tiempo de las cabinas, desnuda sus datos mecida por el viento.

Un buitro famélico emprende el vuelo con un aleteo renqueante.

Las partituras de un réquiem esparcen sus notas por un descampado cubierto de cenizas.

Un revólver plateado, al que le falta una bala y tiene la culata desgajada, brilla en el interior de un orinal lacado en blanco.

Una rata común roe una tibia, ayuna de carne, dentro de una maleta verde sin ruedas.

La boca del cañón de un tanque abatido apunta a la nada entre una montaña de cascotes.

Un arpa se balancea enganchada al diente de una excavadora abandonada.

Una bicicleta sin sillín aguarda paciente encadenada a un semáforo sin luces.

Un balón de cuero, deshinchado y huérfano de patadas, yace en el cráter abierto por una bomba.

Al fondo, un gato negro otea el paisaje y maúlla desde lo alto de una silla de oficina coja.

—Abuelo, ¿cómo era Leonia?

—Te puedo decir que no era redundante e insustancial, como Trude, ni blanca, como Fedora.

—¿Y qué más?

—Yo la conocí de pequeño luminosa, moderna y próspera.

—¿Y había muchos niños?

—Muchos más que en la ilustre Cecilia, pero bastantes menos que en la atestada Procopia.

—¿Y les gustaba jugar en la calle?

—Antes del negro día, tampoco a ellos.

En las calles de la Leonia del siglo XXI apenas lucía el sol. La boina de contaminación lo teñía todo de un gris mortecino. Los rascacielos poblaban de sombras los escasos parques sin necesidad de que los árboles cumplieran uno de sus cometidos. Las mascarillas ya eran de uso común antes de que se hiciesen obligatorias y las toses secas se mezclaban con voces apagadas y roncadas en los transportes públicos. Costaba alzar la vista sin cruzarse con miradas esquivas, bizcas o tuertas, cuando alguna de ellas lograba eludir los destellos hipnóticos que emitían sus teléfonos. Eran tiempos en los que las luces led brindaban más calor que los abrazos.

En la última década Leonia había ido creciendo con prisa, como si temiera que le quedase poco. Todo era acelerado y sin freno. Su desgobierno endémico no impedía un aparente progreso, reflejado en la compra de vehículos de lujo y electrodomésticos superfluos que incitaban al mismo tiempo al derroche y al

sedentarismo. Las drogas de diseño ganaban terreno al alcohol. Las grasas saturadas, a los carbohidratos. Los mensajes de odio, a las plegarias. Incluso las corbatas goleaban a los monos azules. A nadie le preocupaba que los ordenadores personales doblaran en número a los propios leonios. Demasiados signos no leídos de que las cosas iban contra natura.

—¿Y por qué huiste, abuelo?

—Yo no hui, aunque llegué a pensarlo. Tuve la fortuna de estar de viaje cuando todo saltó por los aires.

—¿Y cómo fue? ¿Igual que en los videojuegos?

—No, mi querida Cloe, allí la sangre sí traspasaba el cristal de las pantallas y era cálida, las lágrimas irritaban los ojos y salaban los labios, las heridas quemaban y los muertos olían a muerto.



2 Las ciudades escondidas

EL PACTO ODISEA

Antonio Castilla

Este relato evoca la ciudad de Teodora, que está incluida en las Ciudades Escondidas. Teodora tiene la necesidad de destruir todo lo concerniente al mundo de la naturaleza, de tal forma que solo lo humano prevalezca. Pero estas actitudes siempre traen un efecto no deseado. El "Pacto Odisea" trata de un grupo de hombres y mujeres que pretenden devolver a Teodora el equilibrio de la naturaleza, y, por tanto, la convivencia entre humanos y el resto de las especies vegetales y animales. Pero eso no siempre es fácil mientras siga habiendo personas que piensen que solo importan los hombres y los dioses.

Invasiones recurrentes afligieron a la ciudad de Teodora durante los siglos de su historia: por cada enemigo derrotado otro cobraba fuerzas y amenazaba la supervivencia de los habitantes. Liberado el cielo de cóndores, hubo que enfrentar el crecimiento de las serpientes; el exterminio de las arañas permitió a las moscas negrear y multiplicarse; la victoria sobre las termitas entregó la ciudad al poder de la carcoma".

Las ciudades escondidas 4
Las ciudades invisibles
Italo Calvino

El joven Kiro, con extremo cuidado, abrió la llave de la pipeta y fue vaciando su contenido en una de las probetas. La sustancia, de alto y concentrado material genético, fue cayendo con una lentitud pegajosa dentro del otro recipiente.

El flequillo volvió a hacer de las suyas y se colocó a modo de cortinilla sobre su ojo derecho. Frunció los labios del mismo modo que lo haría un bebé cuando esboza un puchero. Esa mueca en su rostro le permitió lanzar una bocanada de aire hacia arriba. El flequillo apenas se movió, pero, sin darse cuenta, por aquel gesto involuntario, movió la gradilla donde se encontraba depositada la probeta. Tan solo se produjo un ligero tambaleo. Unas gotas saltaron desde el borde del vidrio y fueron a parar sobre unas gasas que había en la mesa. La sustancia de color morado que voló desde el tubo, y que fue a caer a las gasas, formó un dibujo que parecía una mariposa con las alas extendidas. Esa sustancia era el último residuo genético tras el exterminio de aquellos desmedidos roedores.

Kiro, de reojo, vio con estupor cómo las alas se dibujaban en las gasas.

Ganzorig, que lo observaba desde atrás, se percató de lo ocurrido. Cogió las gasas y se dio la vuelta.

—Han caído unas gotas... ¿Ha sido mucho? —preguntó Kiro a su colega. Se lo preguntó con un hilo de voz que apenas pudo salir de sus labios fruto de la preocupación.

—Pocas —contestó Ganzorig con la parquedad de siempre—. De todas formas, voy a incinerarlas.

Kiro esbozó una sonrisa, pensó que todo había terminado. Ganzorig fue hacia la incineradora, abrió la compuerta y la cerró al instante.

Bolormaa entró en el laboratorio con la energía que la caracterizaba, un ímpetu que se arrebolaba alrededor de ella y que siempre dejaba extasiados a los otros dos.

—¿Todo bien? —preguntó Bolormaa a la vez que levantaba el flequillo de Kiro y le besaba en los labios.

—Todo bien —respondió Ganzorig. Dos punzadas en el centro del pecho le hicieron achicar los ojos cuando vio a Bolormaa besar a Kiro. Metió las manos en los bolsillos de la bata, tanteó su interior y se dio media vuelta.

—Ahora toca lo bonito, empezar a repoblar de nuevo. Y empezar ya —dijo ella con voz animosa.

Kiro conoció a Bolormaa dos años antes. Los dos acudieron, cada uno por su lado, a la ciudad de Teodora cuando ya apenas quedaba nada. O quedaba todo. Todo lo construido por los humanos: calles y aceras, casas y tejados, palacios y palacetes, iglesias y gárgolas... Solo piedras y más piedras. Ni rastro de vegetación, ni de perros o gatos o vacas, ni de cóndores, ni de serpientes, ni de arañas, ni de moscas, ni de abejas o abejones, ni de hormigas o termitas o carcomas que carcomiesen nada.

Los teodoritas habían pasado de sufrir plaga tras plaga a la nada más absoluta. Por querer quitarse las molestias y demostrar su supremacía habían corrompido el orden de la naturaleza. Hasta la tierra de los alcorques que un día rodearon los árboles parecía cualquier cosa menos tierra. Nada verde. Nada que volase o se sumergiese. Nada que trepara o se arrastrara.

El desastre comenzó cuando eliminaron con productos químicos a las molestas palomas que ensuciaban las calles, las plazas, las casas.... Después aniquilaron los pulgones y tras ellos fueron desapareciendo las arañas, el resto de las aves, los arbustos, las plantas y sus flores, los árboles y los sembrados.

Solo plantaron cara las ratas. Unas ratas enormes y deformadas. Esa fue la última plaga a la que se enfrentaron los teodoritas: las ratas. Ratas que habían mutado. Ratas de tres cuartas de largo y que andaban sobre los cuartos traseros. Aquellos roedores lo quisieron dominar todo tras el largo exterminio del resto de las espe-

Dos años después, en el laboratorio, aquel día que unas gotas saltaron traviesas desde la probeta, dieron por finalizado el exterminio.

—Dividámonos y hagamos una inspección por toda la ciudad —dijo con impaciencia Bolormaa.

—Ya está hecho —respondió Ganzorig con voz desafectada—. Lo he comprobado con unos pocos muchachos. Todo está en orden. No queda ni rastro de las ratas. Ahora es una ciudad de piedra... Solo de piedra.

Ganzorig era un experto en el “Pacto Odisea”, fue de los primeros en llegar al campamento. Su apariencia imponía respeto, sobre todo en los más jóvenes. Era un tipo alto y delgado, de expresión agria y ojos achinados, y siempre silencioso y enigmático en sus movimientos. Nunca se sabía si iba o venía, y eso desconcertaba, pero su experiencia y sus conocimientos hicieron de él un referente.

Bolormaa estuvo ultimando unos asuntos con Nergüi, su mejor amiga, y con Naranbaatar, un teodorita que había vivido el éxodo de toda su familia. Después buscó a Kiro. Tardó un buen rato hasta que lo encontró. Lo halló debajo de un magnolio de los que habían arraigado con fuerza en el campamento base. Un campamento que cada vez estaba más verde, más lleno de vida. Se encontraba tumbado y su cabeza reposaba encima de su mochila. Ojeaba sus apuntes, su particular flauta de Hamelín que había permitido la aniquilación de las ratas.

—¿Qué haces? —preguntó Bolormaa tras tumbarse a su lado.

—Contemplar lo que hemos hecho en dos años. —Continuaba con la mirada fija en sus papeles—. Hemos sembrado. Hemos trasplantado. Nos hemos traído especies de varios lugares... Ahora esto es un vergel. Acuérdate de cuando llegamos. Todo, todo esto era el embrión de lo que hoy vemos. —Levantó la vista y señaló el entorno que los rodeaba.

—Sí, y el embrión es ahora un hombrecito —afirmó riendo Bolormaa.

—Acuérdate de lo que dijeron los primeros compañeros que se asentaron aquí, que esto era una continuación de la ruina de la propia Teodora... —apuntó Kiro.

—Hemos sufrido un poquito, ¿eh? —dijo ella con una expresión traviesa

—Sí, sobre todo en aquella ocasión en la que soltamos las primeras abejas. Se cebaron conmigo.

Ella lo miró fijamente, rodó sobre sí misma y se acopló encima de Kiro.

—¿Por qué no te quitas ese dichoso flequillo? —le preguntó mientras se lo apartaba.

—Otra vez está Ganzorig mirándonos. Está esquinado entre las barracas —comentó Kiro algo irritado. Ella se giró.

—No lo veo.

—Se ha escabullido cuando se han cruzado nuestras miradas —aclaró el joven.

—Es un tipo raro —advirtió a la vez que con un dedo se hacía un caracolillo en su melena.

—Es un tipo raro y celoso. Creo que no soporta el vernos juntos.

La joven rio. Después lo besó, se levantó, tiró de la mano de él y fueron a perderse dentro de una barraca.

Habían pasado unas semanas desde que empezaron a llevar especies vegetales y animales desde el campamento base al interior de Teodora. Eligieron la parte más cercana a la puerta sur, la que daba al asentamiento del “Pacto Odisea”. A esa zona la llamaron el Setgel -Alma- porque eso es lo que querían, que la ciudad recuperara el pulso, la vida, el alma...

—Todo, todo... absolutamente todo lo que ha pasado es un castigo divino —decía Ganzorig a un grupo de jóvenes que siem-

pre le rondaban.

La noche se había cerrado. Estaban sentados en el suelo formando un círculo; en el centro una hoguera. Las llamas hacían que los ojos de Ganzorig brillasen rojos.

»Esta es la Sodoma de estos tiempos. Dios lo ha querido así. Ha sido su castigo a Teodora y sus habitantes...

Su voz pausada y cavernosa se detuvo. Miró a su particular séquito y continuó:

»Llevo más de dos años pensando en esto, martirizándome con esto, rezando por esto. ¿Hasta qué punto podemos venir nosotros con posterioridad a cambiar la voluntad del Divino? ¿Hasta qué punto?...

Silencio... solo se escuchaba el crepitar de las llamas.

»Nosotros estamos ahora fuera de sus murallas, pero con la intención de entrar. ¿Acaso no nos convertirá también a nosotros en estatuas de sal? Pensadlo y decidme: ¿hasta qué punto no nos convertiremos en unos malditos monigotes de sal por haber contradicho su mandato, su voluntad?

De nuevo el silencio y de nuevo el rastreo de su mirada. Una batida de sus ojos que se hundió en cada uno de sus incondicionales.

»Recemos. Recemos al Altísimo para que nos ilumine.

Los jóvenes seguidores de Ganzorig asintieron con la cabeza. Sus sombras se proyectaban formando dibujos fantasmagóricos que se mecían en la noche cerrada del campamento del “Pacto Odisea”.

Bolormaa, Nergüi y Naranbaatar habían hecho una incursión dentro de las murallas de Teodora. Siempre entraban con cuidado, cerraban la puerta sur, hacían lo que tuviesen que hacer y salían poniendo un extremado cuidado en dejar las puertas bien selladas.

Bolormaa venía corriendo desde la puerta sur. Su pecho ascendía y descendía por el esfuerzo de la carrera. Entró en el la-

boratorio atolondradamente. Kiro estaba mirando un esqueje a través de una lente. Su flequillo, como siempre, colgaba igual que una cortinilla.

—Hay más gorriones, muchos, no sé, diez, quizá quince — la joven hablaba de prisa, muy de prisa; sus excitadas palabras tropezaban unas contra otras—. Revolotean en los pequeños robles. Y he visto abejas por los magnolios y en la pequeña huerta alrededor de la menta, de la lavanda, del romero, de la albahaca, del tomillo. ¡Oh! es maravilloso, Kiro. Es maravilloso... Todo se está reproduciendo de forma exponencial. Todo... Es brutal... En tan poco tiempo. Lo han soportado bien. Están transformando el aire enrarecido. Ya no huele a orín de rata. El olor a almizcle y amoníaco se está diluyendo en esa zona.

Al escuchar el alboroto y los gritos de Bolormaa, Kiro retiró la cara de la lente, sopló su flequillo, la abrazó, la alzó, y giraron sobre sí mismos, como si bailaran. En el aire la besó. Ninguno de los dos vio a Ganzorig, el cual también entró tras el bullicio que provocó la joven. Pero él no dijo nada, ni se hizo visible. Se parapetó a buen recaudo de la vistas de ellos y estuvo atento a la conversación. Los ojos le brillaban rojos, como si también en esa ocasión tuvieran el reflejo de las llamas.

—Han soportado toda la manipulación de una forma magnífica. Esos árboles y esas hierbas están mutando el aire contaminado. Lo sabía, lo sabía, es un efecto en cadena —exclamó el joven.

—¿Por qué no te cortas el flequillo? —preguntó riendo—. ¿Acaso crees que así te encuentro más atractivo?

—Cuando hayamos concluido me lo corto, te lo juro.

—¿Qué es? ¿Una especie de promesa...?

Kiro sonrió con picardía y la volvió a besar. Los ojos de Ganzorig brillaron cárdenos.

Fueron pasando los días y las semanas; el trabajo era frenético.

Apenas tenían tiempo para descansar ni para ellos mismos, tan solo unos minutos robados al sueño en los que los dos jóvenes se escapaban hacia la intimidad de unos hormonados y acelerados abrazos y caricias.

El pequeño Setgel ya no era un islote perdido en una esquina de la amurallada Teodora. El Setgel abarcaba muchos, muchísimos rincones de la ciudad. La naturaleza se había ido expandiendo, se había ido abriendo camino tal y como lo hace una escorrentía de agua.

—Antes de que nos demos cuenta esto estará finiquitado. La naturaleza, allí dentro, ahora camina sola; en breve no nos necesitará —apuntó Bolormaa mientras examinaba unos mapas de Teodora.

—Creo que ya deberíamos desmontar el campamento e irnos dentro. La ciudad necesita una naturaleza completa, incluidos nosotros —afirmó Kiro.

—Hablemos con Ganzorig, que él se encargue del traslado y nosotros nos llevamos los últimos ejemplares. Montaremos un observatorio allí dentro —dijo ella al tiempo que aplaudía.

Bolormaa fue a buscar a Ganzorig. Anochecía. No lo veía por ningún lado. Nadie sabía decirle por dónde andaba.

Fue hasta su barraca. Llamó. Nadie respondía. Con cautela entró. No estaba. Tampoco su llamativa mochila. Había muchos papeles con anotaciones esparcidos por varias partes. De forma superficial echó un vistazo. No le gustó lo que vio.

La joven salió y se quedó pensativa. No lo veían desde el día anterior. Frunció el ceño. Fue corriendo hacia la puerta de entrada de Teodora. No estaba cerrada por completo. Por seguridad, eso nunca pasaba, y menos de noche. Se quedó parada y pensativa. Un escalofrío le recorrió la espalda y le atenazó la nuca.

Se hizo con una antorcha y con cautela entró en la ciudad. Sus pasos sonaban reverberantes y solitarios sobre los adoquines.

Lo primero que hizo fue ir al Setgel. Se quedó atónita, desconcertada, a punto del llanto.

Estaba destrozado. Todo, absolutamente todo estaba devastado y roído hasta la base de los tallos. No quedaba nada verde, solo los restos de los magnolios, de la menta, de la lavanda, del romero, de la albahaca, del tomillo...

El olor a almizcle y amoníaco la hizo vomitar. De nuevo la tierra se veía gris. Y sobre ese gris... plumas, solo plumas de lo que antes eran pájaros.

Lloraba. Lloraba y corría hacia el interior. Al instante se arrepintió de haber entrado sola. No tardó en divisarlas.

Como una marea negra y gris. Serpenteando, corriendo una tras otra. Ratas despavoridas y hambrientas. Ratas mutadas de aspecto aberrante. Ratas de tres cuartas. Ratas que andaban y corrían erguidas sobre las patas traseras y que estaban acabando con el trabajo de tantos y tantos meses.

La olieron. Ella lo supo. Se dio la vuelta y corrió hacia la salida como nunca había corrido.

Justo cuando divisaba la puerta sur de la muralla, desde ese mismo sitio y de frente, otras venían gritando hacia ella. En la oscuridad el enjambre pulsante y rugiente de las ratas se emborronaba, se difuminaba y confundía con el entorno oscuro. Apenas había luna que alumbrase nada.

Se giró y por su izquierda venían otras tantas. El enjambre de esas aberraciones se había dividido. Se separaron para atacar por cada flanco tal y como lo haría una manada de lobos hambrientos antes de lanzarse sobre su presa. Dobló a su derecha y siguió corriendo. En la carrera se le resbaló la antorcha. No pudo detenerse para recuperarla.

Por una ventana entró en la primera casa que pudo. Metió la cabeza, los brazos, el abdomen y después cayó de bruces contra el suelo.

No veía. Pero la sintió. Oyó sus pasos sobre el techo, los araña-

zos de sus uñas, el siseo de su ajeteo. Luego escuchó como bajaba las escaleras. Y oyó su chillido. Un grito de guerra, de hambre.

Bolormaa, desesperada, buscaba a tientas. No encontraba con qué defenderse.

Cuando intentó volver a salir por donde había entrado se le echó encima, agarrándola con sus enormes uñas por la espalda. Sintió cómo le resquebrajaba la ropa y cómo se desgarraba la piel y la carne de su espalda. La sangre brotaba.

Kiro, mientras esperaba a que Bolormaa se reuniera con Ganzorig, había adelantado parte del plan de trabajo para el traslado del resto de esquejes, semillas, plantas y animales a la ciudad. Salió silbando. Pensaba que pasar un rato con Bolormaa en la intimidad era la mejor opción para los dos en esos momentos. Seguía tarareando una cancioncilla con sus silbidos. Feliz por todo. Ajeno a todo.

Estuvo un buen rato buscándola. Nada. Nadie sabía nada. Parecía que se la había tragado la tierra. Fue a buscar de nuevo a Ganzorig. Tampoco hubo manera de encontrarlo.

Ganzorig, junto con dos de sus discípulos correligionarios, se encontraba en lo que fue el centro médico de Teodora. En todas las estancias, incluso en la que montaron el laboratorio, tenían jaulas improvisadas. Jaulas con multitud de ratas que se devoraban.

—La parte sur y este ya están repobladas —dijo uno de los seguidores de Ganzorig.

—Bien. Preparad las jaulas portátiles. Ahora haremos el resto.

Al poco, los jóvenes secuaces de Ganzorig, estaban en la calle con las jaulas. No sabían que poco después sucumbirían a una emboscada de las bestias.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Por qué haces esto? —preguntó Bolormaa con un débil hilo de voz. Estaba adolorida y acalam-

brada, manchada de sudor y sangre. Un mechón de pelo sanguinolento se le había pegado a la cara como una calcomanía.

—Te encontré. Calla y descansa —le ordenó Ganzorig con un susurro—. Estás mal herida.

La preocupación de Kiro crecía de forma descontrolada. Una preocupación y desasosiego que le atenazaban los sentidos. Se había reunido con Nergüi y con Naranbaatar. Les intentaba explicar una situación que por el momento era inexplicable para él. Los ojos incandescentes de Ganzorig orbitaban a su alrededor como espectros.

Ganzorig le había curado la espalda. La joven, tumbada en una camilla, yacía boca abajo y por el perfil de sus costados se insinuaba el lateral de sus pechos. Le acarició la melena.

—Todo saldrá bien. Te sacaré de aquí. Y esto quedará como el Todopoderoso quiere que esté. Esto es otra Sodoma. Vendrás conmigo. Y no volveremos la vista atrás. No nos convertiremos en estatuas de sal como le pasó a la mujer de Lot. No, ni a ti ni a mí nos pasará esto.

Bolormaa permanecía estática, no hablaba, tenía los ojos cerrados, no se movía.

Ganzorig creía que estaba inconsciente. Aunque no era así, Bolormaa pensaba expresar hasta la última de sus neuronas. Pensaba y pensaba y pensaba qué hacer, y cómo, y cuándo hacerlo.

Kiro, Nergüi y Naranbaatar se habían asomado por la entrada sur. Vieron que del Setgel no quedaba nada. El olor penetrante y ácido de los orines les quemó las fosas nasales. Después vieron pájaros y gatos y perros, todos desollados. Y al poco las ratas se les vinieron encima. Cerraron las puertas con la rapidez de un parpadeo. Unas pocas se colaron en el campamento base. Las pudieron matar. Luego organizaron la batida.

Entraron juntos. Cada uno de ellos iba acompañado de otros cinco hombres y mujeres. Portaban antorchas y herramientas largas y punzantes. Sus siluetas, a la luz de las antorchas, se dibujaban oblongas en las fachadas. Kiro fue hacia el norte, los otros dos, uno para el este y la otra en dirección oeste.

Bolormaa se puso de costado. Analizó toda la estancia. Las fuerzas y el aliento eran escasos.

Ganzorig empaquetaba un cúmulo de papeles con anotaciones, fórmulas y cálculos. Lo hacía sobre una gran mesa que estaba repleta de tubos de ensayos, probetas y otros materiales. Se dio la vuelta al oír el ruido del cuerpo de ella al moverse. Ante su vista aparecieron los tersos y desnudos pechos de la joven. Ella le miró con gesto triste y lastimado. A él le brillaron los ojos envueltos en un rojo vivo y llameante.

En el primer enfrentamiento Kiro perdió a dos de sus hombres. Y él estuvo a punto de caer en la emboscada si no llega a ser por una de las mujeres que tiró de él a tiempo, en el último segundo, cuando uno de los enormes roedores saltó sobre su yugular. De los otros no sabían nada. Solo se escuchaban gritos en la lejanía. Gritos de los equipos de Nergüi y Naranbaatar... y de las ratas.

Avanzaban. Vieron a lo lejos una luz que procedía del viejo consultorio médico. Corrieron.

Bolormaa las vio, con sus uñas, largas como garras de águila, afiladas como púa de escorpión.

Un instante, solo un instante, y entendió que habían evolucionado: estaban forzando el engranaje de la cerradura. Y lo estaban consiguiendo. También pudo ver y entender qué es lo que estaba empaquetando Ganzorig.

Se puso de pie. El cuerpo le temblaba. Se apoyó con las manos en la camilla. Fue hacia Ganzorig y le rodeó el cuello con sus

• • • • •

brazos, desfallecida, con las piernas tan débiles como las de un bebé. Los pechos desnudos de la joven se aplastaron contra él.

—Nos iremos juntos —dijo ella con la voz lastimada y una sonrisa agónica de medio lado—. Terminaremos con todo esto.

No dio tiempo a más. En el mismo instante en el que ella lo estaba besando dejó caer su cuerpo contra él. Aprovechó la poca fuerza que le quedaba para empujar uno de los candelabros. La antorcha se desplomó.

Fuego.

Y Chillidos, chillidos y más chillidos de las hambrientas.

Kiro se había encontrado con la otra joven, con Nergüi, y con los que quedaban de su equipo. Se encontraban cerca del consultorio. Algunas llamas salían por los ventanales. Corrieron.

Habían conseguido sacarlos, a los dos, a Bolormaa y a Ganzorig, ambos bañados en sangre. En esos instantes no sabían si estaban vivos o muertos.

Los gritos de las ratas que aún quedaban en las jaulas sonaron como sirenas desafinadas. El consultorio ardía, ardía por completo. Y entre todas las cosas que se iban calcinando, también se prendieron unas gasas que tenían una mancha morada con la forma de una mariposa.

Naranbaatar pudo reunirse con Kiro y Nergüi. Los tres, con los hombres y mujeres que aún quedaban en pie, hicieron un círculo. Y en medio de ese círculo, asidos por otros compañeros iban los heridos... o los muertos. Blandían las antorchas y las herramientas punzantes. Fueron desplazándose hacia la puerta sur, hacia donde estaba el Setgel. Unos andaban de frente, otros de espalda o de lado.

Amanecía. Una mariposa hacía acrobacias zigzagueantes mientras se alejaba del asentamiento de los activistas. El olor a que-

mado inundaba el campamento base. Teodora había ardido casi por completo. Todo se resquebraja en el epicentro del “Pacto Odisea”.

Kiro estaba sentado junto a la cabecera de Bolormaa, su estado era de extrema gravedad. El joven tenía la cabeza baja, la barbilla pegada al pecho y las palmas de sus manos tapaban sus ojos. Lloraba. En esos momentos no fue capaz de imaginar cómo había urdido Ganzorig ese desastre. Hasta que cayó en la cuenta de las gasas. Aquellas gasas con la mancha morada en forma de mariposa. En ese instante, como un relámpago, se le vino encima una imagen borrosa. Creyó recordar haber visto las gasas cuando entraron en el consultorio.

Ya tenía claro cómo había manipulado el componente genético para hacer aquella barbarie. Y siguió llorando. En silencio. Cada lágrima le quemaba la mejilla como un hierro candente.

—Ha sido él. Cuidado con él... cuidado... —dijo ella en un susurro apenas audible.

—Lo sé. —Kiro le puso un dedo en los labios para silenciarla.

Después, la joven, perdió de nuevo el conocimiento.

Nada más le dijo el joven. Solo él, Nergüi y Naranbaatar sabían que antes de llegar al Setgel abandonaron el cuerpo aún vivo de Ganzorig. Sirvió de carnaza a las alimañas. Y ellos pudieron escapar.

Nergüi entró en la barraca con medicamentos y ungüentos para Bolormaa.

—Toma —le dijo a Kiro poniéndole unas semillas en las manos—. Lo volveremos a intentar de nuevo... desde el principio... Habrá verde, habrá vida.

Los dos quedaron en silencio. Bolormaa emitió unos balbuceos incomprensibles.

—Sí, Bolormaa, sí. Lo conseguiremos.

Y le puso de nuevo un dedo sobre sus labios.



3 Las ciudades sutiles

EL LIBRO SECRETO DE LOS SECRETOS

Antonio Castilla

Este texto hace referencia a la ciudad de Sofronia, perteneciente a *Las ciudades invisibles*. Sofronia se compone de dos medias ciudades. Una inamovible, la que tiene un ferial de diversión continua. Y otra que es de piedras, mármoles y cementos que tiene carácter provisorio; y cuando el tiempo previsto se acaba, la desmontan y se la llevan a otro lugar, hasta que al cabo del tiempo vuelven esas mismas piedras y Sofronia vuelve a tener sus dos mitades. *El libro secreto de los secretos* trata de los avatares que sufre un joven plagado de inseguridades que llega de tierras lejanas para trabajar en la ciudad interina, pero ésta ya no está, se la llevaron. El joven migrante se ve abocado a sobrevivir en el ferial, circunstancia que provocará una profunda transformación en su vida.

La ciudad de Sofronia se compone de dos medias ciudades... Una de las medias ciudades está fija, la otra es provisional y cuando su tiempo de estadía ha terminado, la desclavan, la desmontan y se la llevan.

Las ciudades sutiles 4
Las ciudades invisibles
Italo Calvino

I

Entre sus piernas protege la vieja y pequeña maletilla de tela y cartón, en ningún momento la pierde de vista, siempre atento a ella, como si fuese un indefenso cristal de murano.

Bruno tiene miedo. Tiene miedo desde que recibió el telegrama donde le indicaban que le habían concedido el puesto. El trabajo era suyo, aunque en la otra punta del país, ni más ni menos. Ahora lleva horas y horas de viaje. Horas y horas cargando su maletilla, sus anhelos, su baja autoestima... y sus temores. Es la primera vez que sale de viaje, la primera que monta en tren, la primera que se aleja de su pueblo.

El viento bate fuerte por uno de los lados. Pestañea. Parte del humo de la locomotora entra dentro del vagón. El clac de la ventanilla al cerrarse hace que el único viajero que le acompaña en el compartimento levante la vista de las enormes hojas del periódico que está leyendo. El joven Bruno titubea y se justifica diciendo que entra carbonilla. El hombre lo mira, no dice nada, y de nuevo clava la vista en su periódico. El muchacho se sonroja, cruza sus dedos, apoya los brazos en su regazo y se emboha mirando el paisaje, hipnotizado, viendo pasar los postes de telégrafos unos tras otro, repetidos, insistentes, en continua carrera. Sigue teniendo miedo, cada vez más, se siente frágil, muy frágil, tanto como la cáscara de un huevo.

No tarda mucho en aparecer el revisor vociferando que la próxima parada es Sofronia. Se levanta cuando aún está el tren en marcha. Coge su maleta y sale al pasillo. Trabajo le cuesta que su rechoncho y bajito cuerpo mantenga el equilibrio. Con una mano coge con fuerza el asa de su maletilla, y con la otra se aferra a lo que puede, hasta que el tren da sus últimos y convulsos movimientos, rechina muy fuerte y se para. Es el único que se baja en la estación de Sofronia.

En el andén, mira a un lado, mira hacia el otro. No ve a nadie. Se asoma a la cantina. Está vacía. Llama. No hay respuesta.

Del bolsillo interior de su chaqueta saca un papel arrugado. Lo estudia con detenimiento y después comienza a caminar.

Camina, camina, camina... No se cruza con nadie. Se para y observa el papel arrugado. Fija la mirada en el papelucho y frunce el entrecejo; una de las comisuras de sus labios se dobla. Mira en todas las direcciones: adelante, atrás, a los lados... vuelve a quedarse con la vista en aquel escrito. Continúa andando, paso tras paso. Sigue sin ver a ningún lugareño.

Oye un ruido. Se da la vuelta con rapidez. Un gato ha saltado desde una tapia, maúlla y se escabulle. El miedo persiste, no se le va, está sujeto a la boca del estómago como una maraña de anzuelos.

Se deja caer en una silla coja que hay en la cantina de la estación. Ha vuelto por donde se había ido. En esta ocasión sí que el tabernero responde a su llamada. El joven escucha lo que le dice mientras le sirve una cerveza:

—Se lo llevaron no hace mucho, créetelo de una vez. Ocurre cada seis meses más o menos. Se lo llevan y punto. Y a esperar. Eso es un tejemanaje de la política de por aquí, ¿entiendes? Aquí, y en todos los sitios, lo que interesa son los impuestos. Y ya está. Y para eso vienen... y después se van.

Bruno bebe un largo trago de cerveza. La mano que sostiene el vaso le tiembla ligeramente. El bigote imberbe se le tizna de blanco.

—Pero, hombre de Dios, cómo va a ser cierto lo que usted me está contando... —protesta Bruno al tiempo que da unos manotazos al aire para espantar dos moscas insistentes y pegajosas que se han empeñado en merodear alrededor de su vaso.

—Tan cierto como que te estás bebiendo esa cerveza —afirma el tabernero

—¿Y ahora qué hago? No puedo volver. Además, sería un bochorno volver así, fracasado, sin el trabajo... Lo intenté en

Isaura, en Zenobia, en Armilla... hasta que conseguí esto, aquí, en Sofronia. No, no, no, de ninguna manera puedo volver. Pero... pero no me lo explico, no especificaron nada de todas estas cosas que me dice...

—Hombre, eso se sabe —aclara el tabernero.

—El mensaje lo dice bien claro —saca un telegrama del bolsillo interior de su polvorienta chaqueta y en voz alta lo lee: “Está admitido en departamento archivos Excelentísimo Ayuntamiento Sofronia. STOP. Su incorporación será inmediata. STOP”. — Dobla con cuidado el telegrama y lo vuelve a introducir en su bolsillo.

—Claro, incorporación inmediata... inmediata cuando estén en Sofronia. Pero ahora se han llevado el ayuntamiento a Nélide. De hecho, todos los organismos públicos son de allí. Aquí vienen cada seis meses. Para dar servicio... dicen ellos... ¡Ja! me río yo... Esto solo les importa para recaudar y controlar. —El tabernero da golpetazos con un paño en la barra intentando cargarse alguna de las muchas moscas que como buitres deambulan por el local.

—Entonces puedo ir hasta Nélide e incorporarme, a mí me da igual un sitio que otro. — Sonríe.

—Imposible, allí tienen sus propios funcionarios. Y aquí... pues los de aquí. Es un trabajo para unos meses. El resto del tiempo el personal se maneja con otras faenas, otros negocios. No tienes muchas alternativas: o te vas a tu casa o te quedas aquí, buscas algo y esperas a que instalen las oficinas.

—¿Aquí adónde? Si está todo muerto. —El muchacho se pasa las manos por la coronilla y las baja hasta la nuca—. Esto es una ciudad fantasma. Solo les ha faltado desmontar estatuas, fuentes y bancos del parque... Esto se cuenta y no se cree...

—No sé cómo te has presentado en Sofronia sin saber nada de nada sobre esto. —El tabernero niega con la cabeza. Se ha sentado junto a Bruno.

—Esto está en la otra punta. Yo no sabía ni situar Sofronia en el mapa... Yo creía que el trabajo era fijo, indefinido.

—Sí, indefinido, aunque discontinuo. Entérate de una vez, el barrio movable está muerto, el barrio de los que mandan es de quita y pon. Se llevan el papeleo, se van los jefes y dejan allí, en ese lado, todo vacío, sin alma. El otro... el otro barrio, el primitivo, el auténtico, el de siempre... está tan vivo y concurrido como la ciudad más viva y concurrida que puedas conocer. Allí hay cualquier cosa que puedas imaginar, desde las atracciones propias del lugar hasta negocios que han nacido al amparo de esa ciudad de la fiesta. Busca trabajo allí, y una vez hayan vuelto con toda esa mierda desde Nélide, vas con tu papelito, te buscas una habitación en una pensión de las muchas que abren cuando lo instalan todo... y ya está. Lo que yo te diga, mientras vete a la otra parte. Además, la Sofronia que tú quieres es de señoritingos y tú pareces un desgraciado. Te irá mejor en el barrio Antiguo.

—¿Qué barrio? —pregunta al mismo tiempo que niega, encoge los hombros y muestra las palmas de sus manos.

—El que te he dicho antes, el barrio Antiguo, el de las carpas y los carromatos, el de la fiesta. Sofronia. La Sofronia real. La auténtica. Aquí viene la gente a divertirse. Nació ahí, donde está ahora, hace décadas y décadas. Empezó siendo un sitio de paso en el que paraban las caravanas de feriantes, saltimbanquis, charlatanes, barberos... Se juntaban y así se protegían unos a otros de los asaltos, hasta que, con el pasar de los años, se quedaron... y nació Sofronia. Lo de instalar los organismos vino después, y tan solo con el fin de controlar y recaudar de una forma más efectiva por parte del Gobierno.

II

Tras mucho suplicar consigue que un carretero que entró en la taberna le deje subir junto a la carga de pienso que lleva al barrio Antiguo. Anochece. En la distancia vislumbra aquella otra mitad



de la ciudad. La observa como una acuarela de colores pastel a la que se le ha echado demasiada agua a sus pigmentos, una mezcla acuosa que dificulta los perfiles. Conforme van avanzando el baqueteo del carro se confunde con un rumor lejano, un rumor de voces, de sonidos extraordinarios, de gentío.

Al poco puede divisar con nitidez las luces. Muchas luces. Una infinidad de destellos.

—Hemos llegado —dice el carretero mirando hacia atrás.

—¿Esto es un circo? —pregunta a la vez que, con dificultad, con extremado cuidado, se baja del carro y se sacude el polvo del grano que se le ha pegado a la ropa.

—Aquí me quedo yo. Traigo comida para los animales.

—Oiga, ¿esto es un circo? —repite.

—Sí, claro. ¿Qué esperabas encontrar?

Bruno deja en el suelo la maleta que hasta ese momento sostenía en vilo, la protege entre las dos piernas. Se restriega las manos por el pelo. Sacude la cabeza. Se le desencaja la mandíbula. Se le arquean las cejas y se le abren al máximo sus párpados.

El muchacho se adentra en aquella maraña de carpas, carretas, barracas de madera, puestecillos donde ofrecen cualquier tipo de cosas, cosas conocidas y otras que jamás antes alcanzaron sus ojos a ver, cosas extrañas, cosas increíbles. Se pregunta dónde haría agua todo eso, su talón de Aquiles, cuál sería su línea de flotación, qué arrecife apuñalaría allí donde más duele. Es decir, dónde está la realidad real y no esa, impostada, falsaria, figurada... todo, todo le resulta absurdamente absurdo.

Continúa deambulando, sin rumbo. Parece más un naufrago que un navegante. Un naufrago agarrado a su maleta que, atónito, no da crédito a lo que está viendo. Se siente atrapado en un espacio diferente, en un tiempo irreal.

Se para, mira a un lado, a otro, hacia lo alto... es como un faro que no supiese hacia qué lugar alumbrar, un faro que gira

• • • • •

sobre sus talones, desnortado, con la boca abierta, temeroso, cansado, sediento, sudoroso... Sus retinas se siguen impregnando de todo aquello: dos montañas rusas de extraordinaria altura y vagonetas inestables de madera, carruseles, casetillas de tiro, la casa de los espejos, el tren de la bruja...

Dos zancudos vestidos con sendos fracs amarillos pasan por su lado. El joven se da la vuelta con brusquedad. Su maleta se mueve igual que un péndulo y choca contra uno de los palos. Casi tira a uno de los zancudos.

—Quita de ahí, ¡imbécil! —le grita el que ha estado a punto de caer.

Un payaso se para junto a él; Bruno alarga una sonrisa, hasta que de una enorme margarita que lleva en la solapa le dispara un chorro de agua que dura una eternidad. Unos niños que se cruzan con él se paran, lo señalan y ríen con fuerza. Sigue allí, como un pasmarote, parado en medio de una de las calles, con el pelo, la cara, la camisa, todo, todo empapado, rodeado de gente, que, de igual manera que hormigas desorientadas, bullen de aquí para allá.

Continúa en medio de esa calle, estorbando. Un hombre le golpea la maleta al pasar, otro le da con el hombro. Una mujer gruesa, embutida en un traje con adornos brillantes y con una serpiente enroscada al cuello, se para delante de él, lo mira de arriba abajo, y ríe con la boca grande y desdentada. Una muchacha empuja una carretilla de mano llena de trozos de sandías; vocifera que están frescas y sabrosas. La gente se agolpa alrededor de la carretilla. Bruno se ve en medio del pequeño tumulto y se agobia. Un hombre con un mono pequeño en su hombro se abre paso a codazos, quiere comprar un trozo de fruta; el mico, que viste chaleco y sombrero rojo, suelta dos gritos y tira de los pelos a Bruno; el muchacho dobla el cuello y se lamenta con un similar grito de macaco. No puede respirar. Hiperventila. Su maleta está aprisionada entre el gentío. Sacude el brazo. Tira con todas sus fuerzas. La maletilla va cediendo a la presión que le

hacen los cuerpos de la gente. Un hombretón le da un empujón. Otro le da otro. Un tercero le da una cachetada en la nuca...

Con esfuerzo puede salir. Sudando, agitado, con miedo. Pum-pum-pum ... Los brincos del corazón golpetean sus costillas. Pum-pum-pum... lo nota en las sienes, en el pecho, en los dedos. Trota de forma atolondrada con su maletilla en una mano hasta perderse por una bocacalle.

Llega a una zona donde el tumulto se desvanece, donde el rumor se amortigua, donde las construcciones son de verdad, de ladrillos y cementos, y no de lonetas, hierros y maderas. Allí observa que todo es más normal: hay panaderías, y farmacias, y tiendas de ultramarinos, y consultorio médico, ... incluso hay pensiones para huéspedes.

Se recuesta contra una pared, con las piernas en tembleque, con la respiración y el pulso agitados, con la maleta agarrada de tal modo que se le han puesto los nudillos blancos. Y se acuerda de la tranquilidad de antes, del sosiego de su pueblo, de la seguridad de su casa.

Poco a poco se ha ido reponiendo. El pulso se ha serenado, la respiración ya no parece la de un perro al sol del verano, el sudor se ha ido secando, los temblores se han calmado.

Piensa... y sabe que tiene que hacer algo. Primero intenta conseguir algún trabajo, en lo que sea: en una panadería, en una herrería, en una sastrería, en tabernas... Nada. Ya es tarde, ni le atienden. Después busca dónde dormir. Va a tres pensiones, las tres que encuentra. Todas están llenas. En todas le dicen que se pase en unos días, que es festivo en Nélida y que no hay nada libre.

Vuelve al recinto donde se agolpan las carpas, las barracas, los carromatos, el vocerío. Saca su billetero, cuenta el dinero. Se queda pensativo. Se detiene delante de un tenderete en el que venden dulces de manzana y trozos de coco. Pide tres porciones

de estos últimos. Se los come con lentitud, a mordisquitos, como un ratón.

El bullicio se ha ido difuminando. Bruno encuentra un rinconcito tranquilo en un lateral de la carpa del circo. En un trozo de toldo que sobresale se tumba. Pone la maleta a su lado y usa la chaqueta a modo de manta. El miedo lo arropa. Y la maletilla también, a la cual se agarra como si fuese un osito de peluche. Tarda en dormirse.

Sueña con sus padres. Sueña que lo ven en esas condiciones. Tan contentos y orgullosos que estaban cuando se marchó y ahora lo ven allí, desalmado, inocente, tirado como un pordiosero en mitad del infierno. Sueña. Sueña y sigue soñando, y ve las caras de sus padres, flotando ingravidas, semejantes al rostro del Gato de Cheshire de Alicia, pero con la sonrisa gacha, con forma de lamento. Y un sarpullido de dignidad lo saetea en las tripas de sus ensoñaciones.

III

—¡Ey! —Un tipo bajito da dos suaves puntapiés en la pierna del muchacho. El joven entreabre los párpados y después se pone de pie con agilidad, muy rápido. Está amaneciendo. Se siente algo mareado.

—¿Qué haces aquí? —continúa incordiando el hombre. Lo mira con recelo.

Bruno explica todo lo que le ha ocurrido, y cuando menciona que estuvo cargando con su maletilla por toda Sofronia buscando una pensión el hombre ríe a carcajadas. La maleta no estaba.

—¡Pringao!

Eso es lo único que oye Bruno: «Pringao», y el hombre desaparece de su vista mientras que el muchacho da vueltas de un lado a otro buscando la maleta. Se gira a la izquierda, a la derecha, atrás, se asoma a una calle, a otra, a otra más, regresa sobre sus pasos, se

vuelve a girar... Por mirar, mira incluso hacia arriba. Nada. Nada de nada. Ni rastro. Se echa las manos a la cabeza y separa los codos... parece una botija. La barbilla le tiembla, los párpados se contraen, la expresión se repliega. Lloro. Sin consuelo alguno llora.

Por precavido, por prudente, por desconfiado, había dividido el escaso dinero que llevaba. La parte menor, unas monedas y un billete, lo lleva en el bolsillo. Y la otra cantidad, la más cuantiosa, escondida entre su ropa interior en la maleta. ¿Quién le podría robar la maleta si no pensaba perderla de vista? Y lo que sí podría pasar es que, en un descuido, le quitasen lo que llevaba encima, pero no una maleta con unos pocos calzoncillos, unos pantalones y un par de camisetas viejas.

«Pringao» «Pringao» «Pringao»... resuena en su cabeza como una maja golpeando un mortero.

Sucio, hambriento, con sed, desorientado, acobardado... Se deja caer en la misma loneta donde había estado durmiendo. Sigue llorando. Y tiene miedo. Mucho miedo. Y en ese punto se acuerda que también en la maletilla estaban las acreditaciones que necesita para trabajar en el ayuntamiento.

No sabe qué hacer. Y cuando Bruno no sabe qué hacer se paraliza, es incapaz de pensar nada, de solucionar nada, todo se convierte en una vertiginosa cuesta arriba, una cuesta que es incapaz de encarar.

—¿Qué haces ahí tirado? —escucha que le pregunta un hombrón.

—Nada. El “pringao”. Me han robado. —responde al tiempo que se restriega los ojos.

—¿Venías a trabajar en el circo?

—Venía a trabajar en el ayuntamiento...

—Ya. Pero entre tanto... ¿Dónde ibas a trabajar? ¿Aquí, en el circo?

—Si puedo... —dice sin convicción.

—Ven conmigo. Te vas a hinchar de recoger mierda. Por ahí

empiezan todos. Tendrás un rincón para dormir, qué comer y poco más.

Y así es como Bruno, con una vieja pala, limpia la jaula del león desdentado y manso, más manso que el gato de la pitonisa; la estancia de los dos viejos elefantes adormilados; el establo de los ponis malolientes; el corralillo de la jirafa con tortícolis... todos... todos están sucios, desnutridos, desgastados, inanes.

Se acostumbra. No le queda otro remedio. Ha asumido su día a día. Ni de la maleta ni del dinero ni de las acreditaciones tiene noticia alguna. Por allí hay apenas tres o cuatro alguaciles y la mitad de los días o están borrachos o escaqueados.

Con lo puesto, palada tras palada, quita la mierda de los animales. Ya no intenta solucionar sus problemas, sino que convive con ellos. Trabajo-comida-techo. Trabajo-comida-techo. Trabajo-comida-techo... Un día y otro y otro más, sin parar, como el tren de la bruja, vueltas, vueltas y más vueltas, a lo mismo, siempre a lo mismo, a la mierda, a la mierda del león, a la de los viejos elefantes, a la de los ponis, a la de la jirafa.

En sus descansos, exhausto y con las palmas de las manos llenas de ampollas, se sienta en uno de los bancos de la pista del circo y contempla los ensayos. Sabe que jamás podrá saltar ni la quinta parte de lo que saltan aquellos saltimbanquis; ni provocar las risas que causan los payasos; ni ser capaz de maniobrar los bolos para realizar malabares... Solo quitar mierda. Eso sí, quitar mierda, sí.

Un día de otros tantos se sienta en una de las bancadas, apoya los codos en las rodillas y hunde la frente entre las palmas de las manos. Llora sin ruido ni estertores.

—Mal trabajo el que te has buscado —escucha a sus espaldas—. Sí, mal negocio ese de las mierdas, mal negocio. Un doncel como tú debería tener otras aspiraciones.

Es una voz profunda, cadenciosa, cada palabra parece que

sale del interior de una caverna.

De forma atolondrada, y con prisas, se seca las lágrimas. Y después se da la vuelta. Ve sentado detrás suyo a un viejo, o casi viejo. Es un tipo alto y muy delgado, un tanto pálido, de nariz afilada, con barba y un bigote de puntas largas. Viste pantalón negro, levita negra, pajarita negra y sombrero de copa negro que sostiene entre las manos. Todo bastante deslucido.

—¿Qué? —pregunta el joven con los ojos enrojecidos.

—Soy... bueno, me llaman el mago Merlín. Y no es baladí el nombre, porque soy descendiente en línea directa del ancestral Merlín; ya sabes, el rey Arturo, Camelot, la Excalibur... —Juguetea haciendo bailar la chistera.

—Ya —dice escuetamente Bruno. —¿Y no ensaya?

—Sí, cuando se quede la pista libre. Ahora, con tanto saltimbanqui, no me concentro de la manera que me debería de concentrar. Lo mío es muy delicado, ya te digo, pura concentración, los mejores trucos en su esencia.

—Ya. —El muchacho vuelve a darle la espalda.

Siente unos golpecitos en el hombro. Unos golpecitos producidos por unos dedos huesudos, casi sin carne.

—Necesito un ayudante. —Bruno se gira por segunda vez y encara la mirada siempre ojiplática de Merlín.

—Te he estado observando —continúa explicando el mago. He consultado el tarot y los planetas. Te he mirado el fondo de los ojos. Tú eres el privilegiado, el elegido. Conmigo estarás mejor que con ese montón de mierda en la que andas metido. Ten en cuenta que habiendo tú acabado el vaciado de los excrementos, ya estarán esos bichos en situación de soltar de nuevo a su voluntad los vientres. Mal empeño ese para un mozo que debe de buscar el honor y la gloria de un alto oficio. Y no estar todo el día palada va y palada viene acarreando montones de mierdas, montones que seguro que hasta porquerías humanas contienen.

—Me parece muy bien, pero le advierto que en nada estaré en

el ayuntamiento. Tengo plaza ahí, ¿sabe usted?

—¿Y después?

—¿Después de qué?

—Después de que el ayuntamiento desaparezca.

—Pues... ya veré... bastante tengo por ahora con lo que se me ha venido encima.

—Yo te cambiaré la vida. Te lo aseguro. Te lo juro por Alberich, por Vainamoinen, por el propio Merlín del imperio artúrico, mi antepasado. Vente conmigo. Serás mi ayudante y, además, mi aprendiz, mi único alumno, la nueva generación. Y cuando estés preparado... —susurra muy pegado al oído del muchacho— cuando estés preparado, te desvelaré mi gran secreto, un arcano del que solo yo soy conocedor y del que debo de tener un heredero.

—Ya, pero cuando vuelva el ayuntamiento...

—Te contaré el primer secreto... el ayuntamiento volverá cuando yo lo haga volver. Y se irá cuando yo lo haga desaparecer. Eso es así, lo hago para que nos dejen a nuestro aire durante un tiempo. No digas nada. Con este primer secreto pactamos nuestra unión de maestro y aprendiz.

Y le tiende la mano; una mano de huesos afilados, de nudillos exagerados, de venas verdeazuladas que se dibujan como si fuesen tatuajes de ríos extraños.

Bruno duda unos segundos. Lo mira. Lo mira con más atención que antes. Lo mira de arriba abajo y de abajo arriba. Y después de esos segundos, con la impresión de que su brazo le pesa el triple de lo que normalmente le pesa, tiende la mano, despacio, muy despacio. Los regordetes dedos de uno y los afilados del otro se unen en un pacto. Los dos se levantan. Merlín le saca cuarta y media de altura. Uno parece un don Alonso y el otro un bajito con panza.

Bruno va a decirle al encargado que lo contrató que se marcha

con el mago. Se presenta ante él, cortado, pusilánime, todavía oliendo a mierda; un olor que da la sensación de que se le ha incrustado en todas las partes de su cuerpo, como si siempre le hubiese pertenecido aquella pestilencia.

—Vale —dice el encargado sin mirarle—, pero primero recoge toda esa porquería que falta por recoger.

IV

Lo primero que hace Merlín es obligar a Bruno a darse una ducha. Una ducha desde una tubería de metal y con un caudal pobre. Está acoplada al exterior trasero del carromato del mago y funciona con cargas manuales, cubo va y cubo viene hasta llenar una especie de depósito que hay en el techado del carro.

Después le suministra algunas ropas. Cuesta que le queden bien. La mujer barbuda, única amiga de Merlín, les soluciona el problema de la costura. Al cabo de un buen rato Bruno está embutido como una salchicha dentro de un frac plateado. De igual forma le arregla la de las barbas una jerapellina y ropa de andar a diario. Y el joven deja en remojo las otras prendas hediondas. Una vez que han concluido esas faenas sacan un queso verdoso, unos higos y pan rancio. Comen los cuatro juntos, a pie de carro. Los cuatro porque la mula de la mujer, con su pasto en un balde, los acompaña.

Merlín le ha confeccionado una especie de catre hecho con tres viejas mantas que envuelven varios hatillos de paja y lo pone a los pies de su cama. El camastro es estrecho teniendo en cuenta la redondez de Bruno; la vieja caravana de madera no da para más.

El joven contempla el carromato cuya pintura se tuvo que decolorar hace años. Y huele. Huele y las ventanas nasales se abren como compuertas. El carro tiene un olor particular, característico. Un olor que Bruno no es capaz de identificar, si bien, más adelante, lo podrá distinguir a la perfección: aromas a la mezcla y sahumerios de tomillo, de ruda, de salvia, de albahaca, de romero, de alhucema... También huele a polvo, a polvo añejo.

Las calles están tranquilas. El vocerío del barrio se ha ido apagando poco a poco. Una nube tapa por un minuto la luna creciente y una lechuza grita su ululato, un grito que traspasa la noche, pareciendo que la cortase de igual manera que un cuchillo corta un fino velo. El joven tarda en dormirse. Escucha los profundos ronquidos de Merlín; por cada uno de aquellos estertores las barbas le tiemblan al compás. Da la impresión de que tiene un sueño despreocupado.

Tiene algo de miedo, aunque menos intenso, o eso cree. Se siente más protegido, sin embargo, cierto recelo continúa orbitando a su alrededor.

Han sido demasiados días con las otras faenas, colonizado por el hedor, una pestilencia que le llegó a impregnar hasta las entrañas. Sí, ahora que lo piensa bien, fuera de esa vorágine tormentosa, es más consciente de que fue horrible: las manos con ampollas como cardos, comiendo poco y mal, con aquellos olores desagradables, olores que quemaban... y durmiendo de cualquier forma, sobre unas telas en un rincón de la estancia donde guardaban los piensos y cachivaches inservibles.

Sigue sin poderse dormir. Cuenta, pero no cuenta ovejas para poder conciliar el sueño. No, no cuenta eso, cuenta cuántos meses, cuántas semanas, cuántos días podrían faltar para que vuelvan los de Nérida con el ayuntamiento. Y en ese punto se acuerda de las credenciales que llevaba en la maleta. Y se le eriza el vello de los brazos de pura congoja, de frustración, de pensar en sus padres, unos padres que como ectoplasmas sigue viendo con las formas del Gato de Cheshire de Alicia en su versión triste.

Han llegado a la pista del circo. Van a ensayar. De momento no hay apenas nadie, solo unos payasos que no paran de discutir entre ellos. Los payasos entran y salen y prosiguen con sus discrepancias. Bruno cree reconocer al que le puso chorreando con aquella absurda margarita.

Merlín le está enseñando cómo tiene que actuar. Cómo desenvolverse a su lado. Cómo moverse. Cómo hacer las poses...

—Bueno, querido Bruno, antes de comenzar el ensayo con todos los artilugios quiero que tengas en cuenta lo siguiente: los trucos que voy a enseñarte son nada más que eso, trucos. Trucos mejores o peores, pero trucos. Mi magia, mi auténtica magia, no se comercializa, eso es sagrado. Eso no es para ponerte en mitad de la pista arropado por un sinfín de voces de niños y de adultos. No, no, no... la magia, la auténtica magia, no es para un circo. ¿Entiendes?

—No estoy seguro, Merlín —dice el joven al mismo tiempo que sondea aquel escenario. Se siente pequeñito, muy pequeñito.

—Llámame maestro. Porque ahora... soy tu maestro. —Lo dice carraspeando las palabras, como si no quisieran salir. Y se pone a preparar todos los ingenios necesarios para el ensayo.

Bruno observa atento. Merlín lo mira de vez en cuando de reojo y asiente con la cabeza.

Convierte una varita en un pañuelo. Saca un conejo viejo y adormilado de la chistera. Trocea en tres pedazos una caja donde previamente ha entrado el joven...

Vuelven al carronato. A partir de las cuatro tendrán la actuación. En una descascarillada sartén caliente unos trozos de tocino. Comen. Y beben una copa de vino.

—El vino es excelente para controlar los humores del cuerpo, querido Bruno, aunque siempre con moderación, nunca en exceso. “Bonum vinum laetificat cor hominis”.

—Sí, claro, maestro —musita el muchacho con la voz distorsionada a cuenta del bocado que está masticando.

Al rato se percata de algo: con un disimulo bastante mal disimulado, el viejo se echa una copa más. Y luego otra. Y otra más.

Merlín propone acostarse unos minutos, una pequeña siesta reparadora. Una siesta que alivie las vísceras y las ayude en su

trabajo. Pronto está con los ronquidos y con las barbas bailando. Bruno no duerme, está nervioso. Está tumbado en su catre y tiene la vista clavada en el techo de madera. Juguetea con la ropa de cama mientras intenta visualizar cómo será su primera salida al escenario.

V

Todas las bancadas de las gradas están repletas. Los dos aguardan entre bambalinas. Actuarán a continuación de unos malabaristas y antes que los trapecistas. Se escuchan los aplausos y redobles de tambores. Gritos de asombro. Más aplausos.

El corazón del muchacho bombea rápido. Está un poco asfixiado. Suda de puro nervio. Estira las mangas del frac y mete el dedo índice entre la camisa y el cuello. Después levanta los brazos y se huele las axilas.

—¡Eh!, vosotros, a pista —les grita el ayudante del director.

Pum-pum-pum... parece que se va a salir pese a las apreturas del frac. Pum-pum-pum... protesta el corazón acobardado. El joven intenta controlarse.

La gente ríe a carcajadas y grita. Y luego siguen gritando y gritando. Protestan, abuchean, con las mandíbulas muy abiertas, con las manos abovedadas en sus fauces de fieras. La chistera está boca arriba en una mesita cubierta por un ajado paño de terciopelo negro. Y por ella se asoman unas orejitas. El público se ha percatado de eso antes que ellos. Cuando menos se lo esperan, a su aire, el conejo asoma tímido medio cuerpo. Da un saltito, cae en la mesa y después da otro brinco hasta el suelo. Desaparece por debajo de los bancos. Ahora se han percatado los dos, el mago y el ayudante, de lo que ha sucedido. No salen de su asombro.

Bruno se queda paralizado. Se cree diminuto, arrugado. No sabe qué hacer. Con lo bien que salía todo en los ensayos... «¿Se habrá olvidado del doble fondo?», se pregunta.

Decenas de ojos los miran, decepcionados, acusadores, porfiantes. Se escucha el abucheo aturridor del público; una barahúnda semejante a un viento huracanado.

El mago sale corriendo detrás del conejo. Y al correr, ¡qué mala suerte!, se le escapan las tres palomas que guarda en el doble forro del frac, Y luego se tropieza y cae de bruces. Y allí quedan mago y un sinfín de cartas y pelotitas desparramados por el suelo. El joven ayudante permanece inmóvil. Todos sus músculos se han paralizado. Ni siente, ni oye, ni padece, ni el corazón hace pum-pum-pum ... Está allí, en medio de la pista, sin mover un solo músculo, igual que las gallinas que se quedan de piedra en lo que llaman parálisis por horror.

En el instante en el que Merlín logra la verticalidad, un tomatazo alcanza de lleno el hombro del artista, se revienta y chorrean sus jugos y pepitas por la solapa, como si fuese una condecoración.

El director cambia sobre la marcha la escaleta prevista y da paso a los payasos. Los espectadores se tiran de risa al ver cómo los clowns imitan al mago y a su ayudante, ridiculizándolos. Quizá el público se crea que aquello es parte del mismo espectáculo. Quizá piensen que no eran el mago de verdad y su ayudante, sino dos payasos más.

Bruno está sentado en los escalones que dan acceso al carromato. Merlín está en frente, de pie, quitándose los restos del tomatazo con un paño humedecido. Tiene la barbilla pegada al pecho y mira de reojo las manchas rojizas a la par que va pasando el paño con suavidad.

—Querido Bruno, nunca dejes que sea opacado tu brillo. Lo de hoy ha sido un infortunio inesperado. Nos aplicaremos para que no vuelva a ocurrir. Esto, al fin y al cabo, tal y como te he explicado con anterioridad, son meros trucos... ni más ni menos que eso, meros trucos, querido Bruno. Yo te enseñaré el camino

hacia la auténtica magia.

—Maestro, ¿y por qué no aplica su magia en el espectáculo?

—El joven tiene los codos apoyados en sus muslos y las dos manos abiertas formando una uve que soporta el mentón.

—No, Bruno, no, no, no. —Ha dejado de pasar el trapito, ha levantado la vista y niega con la cabeza, despacio, muy despacio—. Nunca. Jamás. Y tú, cuando heredes los conocimientos, tampoco deberás hacerlo. Mi principal misión es la de deshacer encantos de magia negra y procurar el bien con la magia blanca. Jamás de los jamases usarla en beneficio propio. Ven, entremos, te enseñaré una cosa.

Merlín levanta su cama y la deja apoyada en un lateral. Después, ayudado de una navaja, levanta uno de los listones de madera del suelo. Y a continuación otro. Y luego otro más.

Del interior de esa trampilla saca una especie de libro, está manuscrito con letra de monasterio. En su portada puede leerse *Libro secreto de los secretos*.

—Aquí está todo, querido Bruno, aquí está todo. Todos los conocimientos que he ido atesorando a lo largo de mi vida: plantas, pócimas, invocaciones, hechizos, rituales... en definitiva... magia. Esto... esto, querido Bruno, puede llegar a ser extremadamente peligroso. —El mago sostiene el libro a la altura de la cabeza y lo zarandea.

—¿Y me enseñará, maestro? Yo quiero ser su discípulo. —El joven tiene los labios entreabiertos; las pupilas se le dilatan y se clavan como imanes en el libro.

—Ya te estoy enseñando, Bruno, ya te estoy enseñando. Tu disposición y mis visiones extrasensoriales me han empujado a mostrarte el gran arcano. Aunque, no obstante, tú debes encontrar tu propia magia, la horma de tu zapato.

Ojean el libro y después se van. Lo lleva a ver los espejos deformantes. Cuando van a entrar, con pasos firmes y alargados, con mucha decisión, muchísima, el portero de la atracción los

para. Les pide las entradas.

—Pero, ¿cómo osas pedirme semejante nimiedad a mí? Soy Merlín, el mago. Y, que sepas, que si esos espejos deforman la realidad es porque yo lo hice... con mi magia, por favorecer, por ayudar... una dádiva al dueño de estos simples espejos. No debería desvelar estos procederes, pero por tu desfachatez te lo digo y te lo repito: yo, sí, yo, el mago Merlín, descendiente en línea directa del ancestral Merlín; heredero de la sabiduría de Alberich, de Vainamoinen, y de tantos otros... he hecho posible todo esto. —Con el dedo índice largo y huesudo se golpea el pecho.

—Vamos, deja paso al maestro —ordena un envalentonado Bruno tras dar un paso al frente y encararse con el portero.

El encargado de la entrada busca con la mirada al dueño, que andaba por allí atrás, medio escondido, escuchando con atención. El dueño ríe, se parte de la risa, está casi doblado, con las manos se sujeta la barriga no vaya a ser que se le salga algo. Se lleva la punta del índice a la sien y lo rota como si fuera un destornillador. Después, con un gesto de cabeza, le indica que los deje pasar.

El portero obedece, se echa a un lado, hace una leve inclinación, gesticula con el brazo a modo de reverencia y les cede el paso. Merlín entra resuelto. Su alumno, altivo, muy altivo, se para un instante delante del vigilante de la entrada y lo mira con fijeza, un par de segundos, con la barbilla levantada, desafiante...

Ya han salido de los espejos, el maestro le ha querido demostrar de lo que es capaz: ni más ni menos que distorsionar las imágenes reflejadas por aquellos cristales.

Ahora se encuentran en la intimidad del carromato. La noche se les echó encima hace rato. Todavía pueden oír la musiquilla del tiovivo; el roce de los carros de la montaña rusa al rodar sobre los rieles; los reclamos vocingleros de la tómbola; el griterío ahogado de la gente que se retira y dispersa; las risas estentóreas de unos jóvenes borrachos.

Los dos están sentados al borde de la cama del mago. Merlín le habla, le cuenta, le dice, le enseña... tienen el *Libro secreto de los secretos* abierto y reposando en las piernas del viejo. Con su largo y huesudo dedo va señalando ciertas partes. El joven abre los párpados, como si por abrirlos más aprendiera más, y antes, y mejor. Se quiere empapar de todo, de todo completamente.

Le cuenta que a los guiñoles les dio vida él. Que el hombre bala no se estrella cada vez por sus sortilegios. Que las piruetas de los trapezistas las provoca con su mente. Que el muñeco del ventrílocuo habla de verdad porque él lo acciona con la mente y los embrujos. Que al forzado le alivia los pesos con un conjuro. Que la pitonisa adivina porque él, por telepatía, le hace decir lo que en realidad adivina él. Y que todo lo realiza por su misión, que no es otra que el altruismo.

Al día siguiente lleva a cabo una prueba con el joven. Le explica que va a interrumpir sus actos de telepatía con la pitonisa. Que Bruno se siente con ella y que verá cómo ahora, ahora que él interrumpirá su ayuda, no le adivina ninguna cuestión relevante.

Y así lo hace. El día en cuestión, con una moneda que le entrega el mago, reclama los servicios de la adivinadora.

—¿Qué tal? —pregunta Merlín al ver que su alumno está de vuelta.

—Nada, maestro, nada. No ha dado ni una. Solo conjeturas que cualquiera sabría. Al final me ha dicho que estoy muy perdido. Parecía enfadada.

—Claro, cómo no lo va a estar la pobre desdichada... Sin mi ayuda... Dependen todos tanto de mí... —dice negando con la cabeza y acariciándose las barbas.

VI

Ha pasado un tiempo. Las actuaciones salen bastante bien. Bruno se ocupa, y preocupa, de que los artilugios necesarios estén

listos, de que no haya ningún descuido, de que su maestro no beba antes de las actuaciones. Él ya se ve con desenvoltura en el escenario, con oficio, incluso con cierta gracia cuando con su corto y regordete brazo extendido apunta hacia el mago para que el público reconozca su maestría. Y lo deja así, suspendido en el aire, señalando a su maestro, demandando más aplausos.

Después de las actuaciones, se sumerge en *El libro secreto de los secretos*. Su cerebro, como una dinamo, gira y gira y gira, hasta acribillar sus propias ideas de antaño, sus convicciones de siempre. Unas ideas antiguas agujereadas por las nuevas; unas creencias recién llegadas que son como termitas imposibles que atacan la madera vieja. Y cuando la dinamo gira y gira y gira, decenas de astillas van saltando, hechas trizas y se van agrandando esos agujeros negros y los van carcomiendo como caries imparables, caries imposibles, insalubres, que se desmoronan y dejan un inmenso hueco para lo nuevo, lo de ahora, lo que le está absorbiendo, lo que le está ilusionando, lo que está en negro sobre blanco en el *Libro secreto de los secretos*. Bruno desoye otras voces interiores. Ya no recela de lo que dice o hace el maestro. Si le dijera que saltara por un barranco lo haría, sin cuestionarse nada, sin protestar nada.

De vez en cuando toca salir para explorar el sotobosque. Caminan entre claroscuros sobre una alfombra de musgo y légamo. Buscan plantas, las habituales: tomillo, ruda, salvia, albahaca, romero, alhucema, ... Las van cogiendo a la par que Merlín le da toda una lección de enseñanzas magistrales.

Siguiendo las instrucciones del mago el joven recoge cada planta que le indica. Luego el viejo le explica sus bondades y peligros. Recogen y explica... recogen y explica... recogen y explica. Las cortan, las miran, las huelen y las acopian en sendos zurrones. Los dos susurran: uno las preguntas, el otro las respuestas. Susurros que se mezclan con el sonido de las ramas que tropiezan con los aires, con el canto de rana de los arrendajos,

con el piar alegre de los petirrojos, con el rumor apagado de un arroyo, con algún aullido lejano....

Una vez el día se ha oscurecido, en la intimidad del carromato, en una suerte de alquimia vegetariana, toca preparar los mejunjes, las pócimas, los brebajes, con sus mediciones exactas, sabiendo para qué sirve cada combinación, qué peligros conllevan, qué cuidados tienen que tener siempre... Las guardan en pequeños botecitos que están etiquetados con palabras claves con el fin de que solo ellos sepan para qué conjuro o hechizo o sanación sirve cada uno.

Bruno está aprendiendo rápido. Incluso él, el propio joven, tan miedoso, tan indeciso, tan falto de autoestima, cree que ha avanzado de forma considerable, que se ha preparado bastante bien. Y un orgulloso Merlín, un Merlín muy complacido y satisfecho, opina lo mismo; y se lo dice sin tapujos, y el alumno se hincha como un pez globo.

Como es natural, la otra Sofronia, la movible, en su particular círculo viciado, con su rutina habitual, aparece y desaparece. Al principio, cuando se enteraba de que habían vuelto, se acordaba de su casa, a cientos y cientos de kilómetros. De tanto en tanto mandaba una carta a sus padres. Les mentía. Les decía que todo iba estupendo por allí, con su trabajo en los archivos, que cuando ahorrara lo suficiente iría a verlos. Aunque ahora, con el paso de días, semanas, meses y más meses, Bruno ni se preocupa. A estas alturas es historia, lo ha borrado de su mente. Vociferan que han venido de nuevo y ni se inmuta. Ni caso. Él sabe de sobra que tienen que volver. Y que tienen que irse más tarde. Y sabe el porqué de eso, y una sonrisa se le dibuja en los ojos, una sonrisa de orgullo y admiración por su mentor, por su maestro, por Merlín, el Gran Mago, el artífice del libro, su biblia particular, el *Libro secreto de los secretos*.

VII

Hoy no hay actuaciones en el circo, es lunes, el día de descanso del personal. Desde que ha amanecido el viento mece el carramato, que se queja haciendo crujir sus viejas maderas. Fuera, el frío es metálico. Merlín se ha levantado circunspecto. Bruno lo percibe, pero no dice ni una palabra, calla y se limita a preparar el desayuno y a encender un fuego en el exterior del carro, dentro de un bidón, con todo lo que pilla: palos, astillas, cartones, papeles.

Los dos están afuera, junto al llameante bidón, frotándose las manos al amparo del fuego. Chispas y pavesas se elevan suaves en columna zigzagueante, como luciérnagas.

—Tengo que hablar contigo —dice Merlín. Su voz es profunda, cavernosa. La mirada le brilla—. Entremos.

El alumno lo sigue. Sube los peldaños del carro. Las piernas son de plomo. Siente miedo. ¡Otra vez el maldito miedo! Ha vuelto esa serpiente de colmillos afilados que se le enrosca desde el estómago hasta la garganta.

—¿Qué ocurre, maestro? —pregunta. Y cada una de las tres palabras le nacen con un tembleque sísmico.

—No te preocupes. Borra ese rostro de preocupación. Te voy a relatar lo que ocurrirá. Para lo que me he estado preparando durante años. Fui larva, y después crisálida. Ahora toca romper las sedas... —Carraspea y se acaricia la barba—. Sí, romper el cordaje de seda... y volar. Voy a volar, querido Bruno... Voy a volar. No es una metáfora, no: voy a volar. Es el camino, y el camino no debe de dar desconfianza ni espanto, es necesario.

—¿Cómo que... volar, maestro? —pregunta tapándose con una mano temblorosa la barbilla y media boca. Las palabras salen débiles, como si quisiera amortiguarlas por temor a la respuesta.

El viejo le explica todo su plan. Hasta el último detalle. Bruno abre más y más los párpados conforme va avanzando en los pormenores: el domingo siguiente, por la mañana temprano, su-

birán a “Pico Alto” y desde allí Merlín saltará al vacío. Y volará.

No sabe hacia dónde se desplazará. Eso lo sabrá conforme alce el vuelo. Igual que hacen las aves migratorias, se guiará del instinto, de los aires, de los cielos. Y desde esos cielos, desde las mismísimas nubes, buscará el que viene siendo llamado “Bosque de Cárcova”, su fin de viaje. Allí están todos los magos de bien que han alcanzado su propia meta. Y allí, algún día, se reencontrará con su joven aprendiz.

—Después de un largo camino, un larguísimo camino, estoy más que preparado, querido Bruno. Espero reencontrarme contigo cuando llegue su momento. Quédate aquí, quédate con los espectáculos, quédate con el *Libro secreto de los secretos*. Y sigue creciendo, sigue domeñando la magia, la pura, la blanca.

VIII

El día amanece sin apenas nubes. Corre una ligera brisa procedente del norte. Hace algo de frío. Bruno no ha podido pegar ojo en toda la noche. La fecha señalada ha llegado por fin. Merlín, boca arriba, con las manos cruzadas y apoyadas en el abdomen, extendido cuan largo es sobre la cama bajo el manto de un sueño despreocupado, ronca, como siempre. Y su barba se mueve al mismo compás, también como siempre. Pero por lo demás, el resto de su cuerpo, no se mueve. Así parece un cadáver, si no fuese por el movimiento de la barba y por los ronquidos cualquiera creería que había que enterrarlo. Bruno clava su mirada en él. Quiere impregnar de forma indeleble esa figura en su retina.

Han desayunado y pronto partirán. Le han pedido a la mujer barbuda que les preste su vieja mula.

Ahí van los dos, “el don Alonso y el bajito con panza”, se pueden ver en la lejanía sus siluetas perfiladas contra el horizonte. Merlín sentado en la mula, con los pies casi arrastrando por la tierra, y el joven tirando de una vieja cuerda de esparto que sujeta la quijada

de la bestia. No hablan. Ni siquiera se miran. Parecen una rayita vertical y larga y un pequeño, aunque grueso, punto a su lado. Poco a poco se van eclipsando en la distancia, se les observa cada vez más diminutos, cada vez más y más borrosos, hasta desaparecer de la vista del barrio Antiguo.

Han coronado “Pico alto”. Ya han llegado. Fin. O principio, quién sabe. Dos avefrías despistadas emiten sus alocados silbidos quejosos.

Atan la mula a un roble y de las alforjas sacan una capa y las pócimas que habían elaborado. Se acercan al borde que marca la frontera con el precipicio. Bruno le pone la capa encima de la levita y esparce aquellos potingues alrededor del mago, haciendo un círculo.

—”¡Nomine magiae albae, quod fieri debet in volatu! ¡Volo usque ad finem!” —exclama Merlín a la par que bebe de un pequeño botecillo. Ha pronunciado la fórmula, el sortilegio. Le explicó a su alumno que tendría que hacerlo hasta en tres ocasiones antes del “salto”.

Unos mechones del flequillo del maestro bailan en su frente. El viento es fuerte. Y las avefrías, que dan la sensación de que no quieren perderse nada, juegetean entre las corrientes de los aires.

—Te lo dije, querido Bruno, te lo dije, que éste era el día. Esta ventisca, Bruno, esta ventisca trae excelentes premoniciones. Y esos dos pájaros son todo un augurio, una representación tuya y mía. Hay que ser épico, querido Bruno, épico.

El muchacho se asoma al precipicio. Lo hace alargando un poco el cuello y la cabeza hacia el vacío, con el trasero echado para atrás y el tronco inclinado, como si quisiera hacer contrapeso y así evitar un infortunio. No se ve el final de aquella caída entre tanto risco puntiagudo, tanta vegetación, tanta altura. Un escalofrío ligeramente aterrador recorre sus venas. Pum-pum-pum ... Pum-pum-pum ...

“¡Nomine magiae albae, quod fieri debet in volatu! ¡Volabo usque ad finem!” —Y vuelve a beber del brebaje. No se mueve del círculo que había hecho su alumno con las pócimas.

El joven no ha abierto la boca en todo ese tiempo. Está en una especie de trance, serio, concentrado.

Mira a su aprendiz. Una sonrisa leve, casi desdibujada, como de adentro, de muy adentro, se marca en los labios del mago. Es una mirada abrazo, una mirada adiós. O, quizá, una mirada hasta pronto. Los ojos le brillan, y da la impresión de que también sonríen.

Agarra las puntas de la capa. Las agarra con fuerza, aprisionándolas con esa membrana, esa comisura extensible que hay entre los dedos índice y pulgar. Abre sus brazos y la capa queda extendida.

“¡Nomine magiae albae, quod fieri debet in volatu! ¡Volabo usque ad finem!”

Es un segundo, como un reflejo fugaz al pasar por delante de un espejo, como un aislado y repentino relámpago en una noche de verano... El aire parece cristalizado... Da un pequeño troteciello... Y salta.

IX

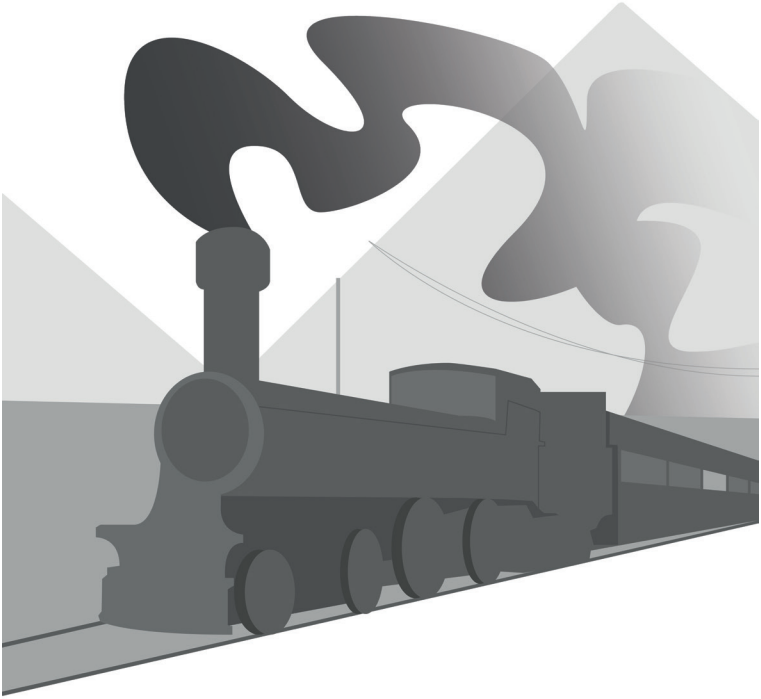
Los meses se han ido sucediendo. Bruno se ha hecho cargo del espectáculo. Los trucos le salen bien, de manera extraordinaria. Cuando termina el número saluda esquinando el tronco. Lo tiene más que ensayado: inclina la cabeza, los hombros, el pecho. Saluda de forma medida, profesional. Primero al frente, después gira sobre sus talones y hace la misma reverencia: primero a un lado, y luego al otro.

Continúa estudiando una y otra vez, sin cesar, con tesón, las viejas letras del *Libro secreto de los secretos*, incluso escribe sus propias anotaciones con las investigaciones que lleva a cabo. El joven tiene el total convencimiento de que es el heredero de Merlín, y que ahora todo se sigue sustentando con sus propios poderes, con su magia. Cree que a los guiñoles les da

• • • • •

vida él. Que el hombre bala no se estrella en cada salto disparado por sus sortilegios. Que las piruetas de los trapeceistas las provoca con su mente. Que el muñeco del ventrílocuo habla de verdad porque él lo acciona con la mente y los embrujos. Que al forzudo le alivia los pesos con un conjuro. Que la pitonisa adivina porque él, por telepatía, le hace decir lo que en realidad adivina él. Y, por supuesto, el ayuntamiento va y viene por sus hechizos.

Lejos queda hoy la estación de tren, la taberna y el tabernero. Quedan lejos, muy lejos, difuminados, borrosos, casi desaparecidos, como un mal sueño. Los recuerda con la apariencia de una trinchera, una frontera que separa el barrio Antiguo del otro, del fantasma. Ni de sus padres con formas de gato, ni de su pueblo, ni de la maleta, ni de sus credenciales, ni de nada de nada se acuerda ahora. Ahora, solo piensa una cosa. Una sola cosa que le obsesiona: el “Bosque de Cárcova”. Y la piensa con ahínco, con énfasis: medita, estudia, calcula, cuándo será el día, cuándo llegará el deseado momento en el que él también pueda saltar desde “Pico Alto”, para volar. Sí, saltar... y volar, volar, volar...



4 Las ciudades y el cielo

TECLA

José Carlos Carmona

A partir de una idea central del relato sobre la ciudad de Tecla de Italo Calvino, el autor construye un cuento de Navidad.

*¿Por qué la construcción de Tecla se hace tan larga?:
para que no empiece la destrucción.*

Las ciudades y el cielo 3
Las ciudades invisibles
Italo Calvino

—Papá —me dijo mi hijo de siete años—: ¿por qué los Reyes Magos no pueden venir antes? Es que cuando llegan, ya no da tiempo a jugar con sus regalos porque al día siguiente hay que ir al cole. Papá Noel es mejor, tenemos todas las vacaciones para jugar.

—Ya —le dije— pero eso es de América. Aquí vienen el seis de enero. Si dependiera de nosotros...

—Pero los primos reciben todos sus regalos en Navidad, ¡sólo tres días después de que nos den las vacaciones!

—Dependerá de a quién le escriban la carta —dijo mi mujer.

—Si le escribo...

Le interrumpí:

—Pero los Reyes se van a enfadar. Quizás los hijos de tu hermana... —le dije a mi mujer—. No sé, yo no entiendo cómo lo hacen. Será por algo que yo no sé. Pero nosotros lo hacemos como todo el mundo. Y a Papá Noel nunca le has escrito. ¿Va a recibir una carta de pronto pidiéndole un montón de cosas? ¿Y qué pasa con los Reyes?

—Pues lo que no me traiga Papá Noel se lo pido a los Reyes.

—Ah, bueno. Si es así. Haz lo que quieras. Pero imagino que Papá Noel seguirá trayéndote un detallito de esa carta y los Reyes un montón de las otras. Los Reyes Magos son mucho más enrollados ¡y son tres!

Por la noche, cuando el niño ya estaba acostado, mi mujer volvió a sacar el tema:

—Podríamos traerle los regalos ahora para que los disfrute.

—Pareces una niña tú también. ¿Pero no sabes cuánto juegan con los juguetes los niños después de recibirlos? Un ratito. De hecho, el colegio es una excusa perfecta: si tuvieran que fingir que les interesan los regalos después del dispendio que contemplan de multitud de cajas y papel de envolver, lo pasarían hasta peor, tendrían mala conciencia. “Los Reyes me han traído siete juguetes y al final estoy viendo la tele, como siempre”.

—No psicoanalices al niño.

—No sé... No puedo pensar más que como creo que me pasaría a mí si fuera él. De hecho, recuerdo algún año en que el día de Reyes cayó en jueves y tuve todo un fin de semana largo para jugar con mis juguetes, cuando niño, y se me hizo larguísimo. Creo que hasta fingí que jugaba, para que mis padres no se enfadaran.

—Pues a mí nunca me pasó eso. Yo estaba encantada y siempre se me hacía corto el tiempo.

—Vale. Puede que fuera yo, que fuera un niño con sentimiento de culpa y muy auto reflexivo.

—Cómo no...

—Veo que has perdido toda la alta valoración que tenías de mí cuando nos conocimos y fuimos novios...

—El tiempo... Es lo que tiene. Deja una de creerse lo que al principio quiso creerse.

—Yo creo que soy el mismo. Y si tenía algún valor cuando conociste cierta forma de ser y pensar mía, creo que ese valor se mantiene, aunque entiendo que puedas cansarte. Es como si estuvieras..., no sé, en una celda y tuviera un buen libro pero que de tanto leerlo ya no te emociona.

—Lo de la celda sí me parece una buena comparación.

—Vaya... Ambiente navideño de paz y amor... Ya veo. Aquí no hay ninguna puerta cerrada.

—Hay puertas invisibles.

—Que quizás crea nuestra imaginación o nuestra insatisfacción. No sé quién quieres que sea. Aunque entiendo que te sepas ya este libro.

Entré en la habitación del niño y lo cubrí hasta los hombros con la manta. Luego salí de la habitación.

—Podríamos probar este año —me dijo ella— a traerle los regalos el 25.

—Y es que esa es otra... No sé cómo los anglosajones ponen esa fecha tan mala para los regalos: final de mes.

—Justo cuando nos pagan la paga extraordinaria.

—Tú lo has dicho: “justo”, pero los regalos hay que comprarlos antes, a mitad de mes. Habría que comprarlos ya.

—Es que habría que empezar a comprar en noviembre.

—Pero el niño ni siquiera ha escrito la carta.

—Bueno. Alguno, por lo menos. O se le pregunta antes.

—Menuda burocracia.

—La burocracia del amor.

—Vaya... Qué nochecita tenemos. ¿Hay que aclarar que comprar regalos no es la forma más ideal de demostrar amor? Siempre he comprado montañas de regalos durante las Navidades, no creo que se me pueda reprochar dejadez o falta de ilusión. Y lo he hecho, como lo hace todo el mundo, durante las vacaciones de Navidad. Si soy un mal padre, lo somos todos.

—“Todo el mundo”. Pero es que el mundo está cambiando y yo creo que se terminará de imponer Papá Noel por encima de los Reyes. Simplemente por eficacia.

—Y por imitación yanqui.

—Y por imitación yanqui. Todo se termina haciendo como se hace allí.

—No creo que perdamos la ilusión por los Reyes en este país. Hay cosas que nunca heredamos. Por ejemplo, aquí nunca usamos el “busca”, que tanto se ve en las películas.

—Vaya ejemplo... Nos saltamos el paso, vale. Pero bien que hemos tragado con el móvil.

—Sí, pero no llegamos a utilizarlo. Ni nos hemos aficionado al Rugby americano. Ni creo que lo hagamos nunca, y mira si tiene importancia.

—Menuda conversación.

—Es que creo que tiene importancia seguir con los Reyes y no quiero utilizar ni una sola vez la palabra “tradición”, no es por eso por lo que lo defiendo. Aunque creo que esta tradición está bien construida. O sea, que si ha llegado a afianzarse como tradi-

ción es porque tiene valores que merecen la pena. Mira cómo no todas las tradiciones se han mantenido, pero las que están fundamentadas en valores...

—No te enrolles con los valores. Los valores han ido cambiando y seguirán haciéndolo.

—Quizás la palabra no es “valores”. Pensaré más sobre esto. Pero no quiero más controversia, digámosle al niño que escriba la carta para Papá Noel y hagamos este año la prueba. No quiero parecer intolerante.

Le di voz a la televisión, que permanecía muda ante nosotros, y conseguí llegar al final de la noche sin más discusiones.

Por la mañana oí a mi mujer que le decía al niño en el desayuno que podía escribir una carta larga a Papá Noel.

—Pero luego no te quejes si en Reyes sólo te trae un detallito —terminó diciéndole.

El niño estaba medio dormido y sólo dijo:

—Vale.

Luego lo llevé al colegio. En el camino le dije que, si quería, podíamos ir a una juguetería a por un catálogo.

—Me encantaba coger el catálogo y ponerme a marcar lo que deseaba.

—Papá: eso parece una tarea del colegio. Revisar un cuaderno y tomar notas.

—Bueno... ¿Cómo vas a escribir la carta si no pones bien cómo se llama el juguete? Yo tuve una mala experiencia: deseaba una melódica. ¿Sabes qué es?

—No.

—Un instrumento musical pequeño de soplar pero que tiene teclas. Yo la quería para llevarla al colegio y que no me siguieran suspendiendo en Música. En mi casa había un piano y yo sabía lo mínimo, pero tocaba y me sabía el nombre de las notas. Pero en el colegio había que tocar la flauta o, para los pocos que la tenían,

admitían una melódica. Y a mí me suspendían en flauta. Había una tienda de instrumentos musicales y yo pasaba por el escaparate y la veía allí casi todos los días, pero valía como quinientas pesetas. Para mí era muy caro. Intenté ahorrarme el dinero del bocadillo, pero no conseguía acumular lo suficiente. Al final, se la pedí a Papá Noel y en vez de traerme la melódica, ¡me trajo un juguete con forma de melódica! Era de plástico y de color rojo y con teclas de colores, pero que las teclas negras ni funcionaban, eran de adorno. Me pillé un cabreo... Y se lo dije a mis padres y me dijeron: “Mira lo que pone en la caja: ‘Melódica’”. “¡Ya!”, les dije yo, “pero es de juguete”. “Pues había que haberlo especificado”, me dijeron. O sea, que más vale que en la carta escribas con detalle los nombres de lo que pides.

—¿Y los Reyes te trajeron la Melódica?

—No. Nunca. Y no la llevé al colegio porque me daba vergüenza. Al final, me defendí con la flauta.

Cuando le dieron las vacaciones al niño el día 22 aún no había escrito la carta. Le compramos un Lego para que construyera un castillo y le gustó, aunque luego tuvimos que ayudarle.

Paseando por el centro de la ciudad con él por aquellos días, conseguimos un folleto de juguetes en unos grandes almacenes y sí que era una tarea, porque era casi un pequeño libro. El niño no tuvo paciencia y fue escribiendo una carta a empujones publicitarios de la tele y a comentarios de sus amigos. Yo revisé el librito. Le dediqué casi media hora. No había ninguna melódica.

El día de Reyes, que cayó en sábado, pusimos un caminito de caramelos y moneditas de chocolate doradas desde su habitación al salón y lo llenamos de paquetes y regalos. Grabamos con el móvil su emoción entrando y abriendo paquetes y comimos Rosco de Reyes que, al parecer, los propios Reyes Magos habían catado en su visita nocturna.

La noche del domingo, cuando le fui a tapar con la manta, seguía despierto.

—Estos Reyes han sido estupendos. Mañana, cuando llegue al cole seguro que soy el niño con más regalos y más chulos.

—Siento que haya tan pocos días para aprovecharlos.

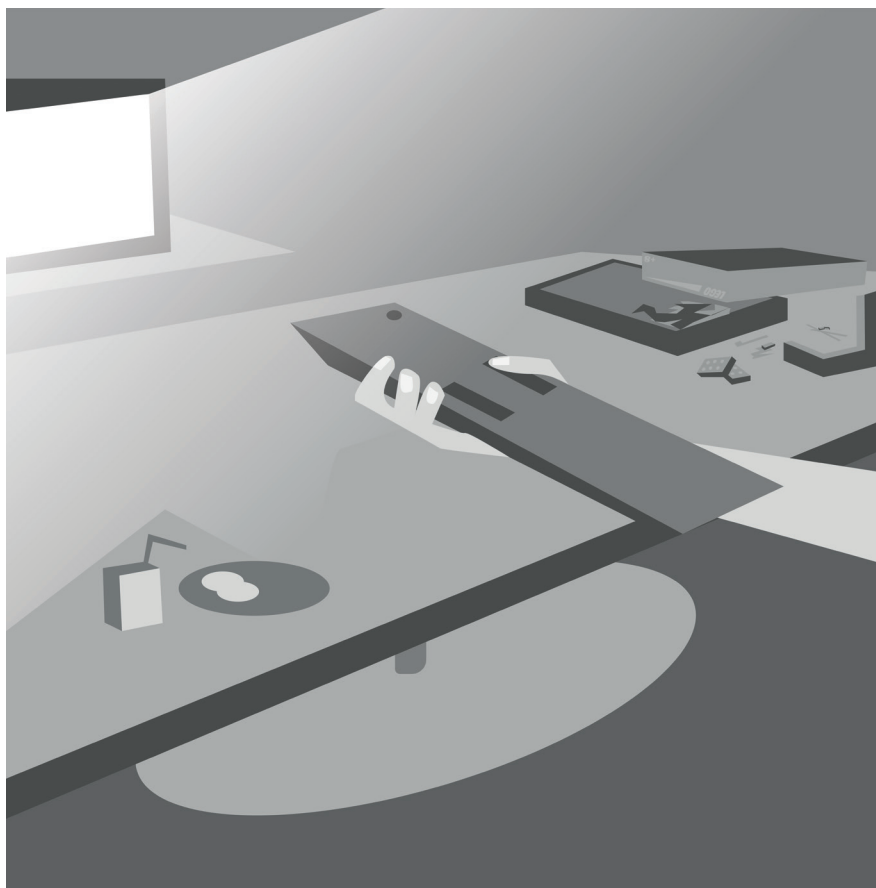
—Bueno... Así, cuando mañana vuelva del cole tendré mucha ilusión por llegar a casa.

—Hemos pasado unas buenas Navidades, ¿no?

—Sí... Me ha encantado estar con los primos y me encanta ir a la placita con mis amigos y jugar al fútbol y me he hinchado de tele... Y sin tareas...

—Y bueno... Todo eso sabiendo que estas tres semanas terminan con la montaña de regalos. Hay un pequeño cuento —seguí diciéndole— de Italo Calvino, un escritor de Italia que a mí me gusta mucho, que habla de una ciudad que se llama Tecla donde siempre están construyendo la propia ciudad y nunca la terminan —mi niño cerró los ojos— y lo van haciendo de manera muy lenta, tan lentamente que nunca la terminan. Como si cuando nos pusimos a construir el castillo de Lego lo hubiéramos hecho tan lentamente que todavía no lo hubiéramos terminado. Y lo hacen tan lentamente porque les encanta construir y no quieren terminarla nunca porque saben que el deseo de llegar al final es más poderoso y satisfactorio que el propio hecho de terminarla. Cuando terminas la construcción de algo queda un gran vacío, por eso, cuando ya sabes cómo funciona el deseo, decides alargarlo. La Navidad —le susurré— es como la ciudad de Calvino, alarga y estira el deseo de los niños. Por eso, funciona tan bien la magia de los Reyes.

Pero cuando terminé de contarle esto, mi hijo ya estaba dormido.



SEGUNDO VIAJE. LOS PIES SOBRE EL CIELO

María José Ventaja

Referido a Las ciudades y el cielo, en el *Segundo viaje*. *Con los pies en el cielo*, ahonda en el significado del hombre creador, siendo la ciudad su obra más importante y perfecta, que construye a imagen y semejanza del firmamento bajo el que se escuda. El estudioso, el sabio que siempre busca la ciudad utópica, debería ser el arquitecto del bienestar y la felicidad de las ciudades, el que corrija y recalculé lo que la mano del individual capricho construye solo para su beneficio.

Con los pies en el cielo quiere homenajear a los hombres que posibilitan los cambios, los avances, las artes y la belleza de las ciudades y procuran en ellas un reflejo del cielo, en toda la amplitud de la metáfora.

Las ciudades invisibles, favorece una multitud de reflexiones sobre la ciudad moderna que cada día se hace más difícil vivir, y con una implícita recomendación para los actuales "constructores", los dirigentes: *antes de cada decisión calculan los riesgos y las ventajas para ellos y para el conjunto de la ciudad y de los mundos*.

Sherezade al sultán en la noche ochocientos cuarenta y nueve:

"Pero los sabios, oh, mi señor, y los astrónomos en particular, no siguen las costumbres de todo el mundo. Por esa razón, las aventuras que les suceden no son tampoco las de todo el mundo".

El enigma de Copérnico (Prólogo)

Jean-Pierre Luminet

.....

Hacía tres meses que me había prejubilado, estaba solo y sin actividad que me enseñara otra vida menos subterránea que la mía. Había trabajado para una compañía de colectores y saneamientos que acumulaba la red más extensa de alcantarillado conocida. Un entramado de conexiones y empalmes, de alianzas y relaciones, oscuro de comprender e igualmente desconocido para los mortales que cada día pisaban sobre las cubiertas de asfalto, adoquines o mortero. Tras mi último trabajo en la empresa a la que había dedicado la salud y la familia, me hallaba vagando sin un propósito. Respirar el aire de la superficie —ciertamente más agradable que el de las alcantarillas, aunque igual de contaminado—, comer, beber y dormir, no podía ser suficiente, no podía bastar con caminar obviando lo que bajo tierra se escondía y ocupar el día en el casino, donde solo hallaba variopinta suerte de jubilados. Allí me encontraba cuando un señor, que conocía de vista pero con el que nunca había cruzado más que los buenos días, dijo en voz alta:

—¡Lo que faltaba!

Doblé sobre las piernas el diario que estaba leyendo y le pregunté simplemente con la mirada. El hombre debía tener ganas de compartir su berrinche, pues adelantó el cuerpo hacia mí y, con los ojos chispeantes de ironía y la lengua encendida, susurró como advirtiéndome:

—¡La humanidad no es más idiota porque ya hemos rebasado el umbral de idiotez que nos permite nuestro exiguo cerebro!

Hube de prestarle atención, me pareció ciertamente enfadado con el mundo y por ello muy afectado. —¡Qué ocurre hombre! —dije observando que leía una revista en apariencia científica. —¿Algún nuevo desastre que anuncie la ciencia?

Aunque mi pregunta era de simple cortesía, sin pretender más que un leve desahogo de mi colocutor, éste se convino hacia mí con un interés como de espía.

—¿Ha oído hablar del signo zodiacal Ofiuco? —preguntó tras comprobar que no había otros posibles oyentes a nuestro alrededor.

—¿Qué es ese “ofusco”?

—Ofuoco. ¡Es ofuoco! Un nuevo signo zodiacal que está de moda y que, si se empeñan, lo podría cambiar todo. En realidad no es nada nuevo, una constelación ya reconocida por la Real Academia de Astrología, pero hay tontos de baba que se lo creen todo y ahora pretenden trastocar el zodiaco. ¡Qué desastre!

—¿Qué le pasaría al zodiaco? —pregunté, pues me había entrado un puntito de interés.

Yo no sabía nada del tema, más allá de profecías post-hippies sobre la llegada de la era Acuario. Y no me consta que dicha constelación haya traído paz y amor, o no del modo que, a la sazón, nos hacía creer la psicodelia. Siempre he mirado hacia abajo, ignorando lo que el cielo anunciara. Nunca lo tuve en cuenta sino para contemplar, por tema de amores, alguna lluvia de estrellas en días estivales.

—¡Mire, atienda! —continuó, acercándose en tono confidencial. —La incursión de un nuevo signo zodiacal supone que todo lo que conocemos desde la antigüedad y por lo que se han guiado grandes filósofos y humanistas, incluso científicos, se dé como falso. ¿Se imagina el desastre? ¡Resultaría que el sol se mueve por trece constelaciones y no doce como siempre hemos creído!

El hombre, con la tez como flor de manzanilla, se compungía por un acontecimiento zodiacal al que yo concedía la misma importancia que a los crucigramas, ambos ocupaban la penúltima página de los periódicos, o sea, ninguna. Sin querer faltar a los que como él se empleaban en ese tipo de distracciones, le dije:

—¡No se preocupe, hombre! ¡Hay otras cosas interesantes y atrayentes que no dependen de la fortuna, o del infortunio, que se quiera interpretar en el firmamento!

Sus ojos testarudos porfiaban, la cara cetrina y el bigote levantado por una grosera muesca, me obligaron a buscar un modelo salvavidas.

—Tenga en cuenta, por ejemplo, que Plutón ya no es un pla-

• • • • •

neta y a nosotros nos enseñaron lo contrario —dije, pero mi reflexión, en vez de pacificarle, le puso en alerta.

—¡No sabe lo que dice! ¡Oiga, que estamos hablando del cielo y eso no es cualquier cosa! —Me achiqué con su vehemencia—. Se lo digo yo, que he trabajado con estrellas y galaxias desde que empezó a funcionar el telescopio TSC, y en el laboratorio solar de...

—¡Bueno hombre, discúlpeme! No quería causarle más pesar. Lo siento. ¡Vamos a olvidarlo! —dije, y posé una mano sobre su hombro viendo que sus ojos buscaban un pasado más certero donde cobijar su pena.

—¡Ha sido muy difícil dejarlo! —dijo cabizbajo. —Aún hay mañanas que me despierto y me visto y me monto en el coche... Así llevo seis meses, desde que abandoné el observatorio... Aquí, en la ciudad, apenas se mira al cielo. Nadie, en su sano juicio, camina mirando hacia arriba; nadie se detiene, se sienta o se tumba a contemplar el cielo que nos ampara, y, aunque lo mirase, no vería más que tizne durante el día y neblina durante la noche—se lamentaba. —¡No sabe lo que se siente bajo la bóveda celeste!—Reconocí esa nostalgia en la mirada hueca que detuvo tras de mí—. ¡No sabe! ¡Era como tocar el cielo!

El jubilado del casino anhelaba ver el esplendor del cielo y yo me sentía liberado de no tener que bajar nunca más a una cloaca. No sentía la mínima añoranza por sumergir los pies en las aguas impuras, ni de respirar el mismo aire ponzoñoso que las ratas. Cuando nos despedimos, ya le había contado algunas de mis alegrías y desgracias por el mundo subterráneo, ese que nadie ve ni considera, pero que hace posible el futuro de las ciudades y del hombre sobre ellas; y lo hice con un prurito de vanagloria que justificara mi larga dedicación a construir un sinfín de galerías a donde los hombres desalojaban sus impurezas.

Me alejé pensando en los contrarios de la vida y, en que la mayor parte de nuestros movimientos, encuentros, vicisitudes,

no son casualidades. Estuve consolando a un hombre cuya vida había transcurrido con la vista hacia arriba, la mía siempre hacia abajo. Tal oposición me llevó a reflexionar. Si aprendiera sobre el cielo lo mismo que sabía del subsuelo, procuraría una visión más completa y real de las ciudades, de mi ciudad, ese espacio principal por donde discurre la vida normal de los hombres normales.

Leí sobre cosmología, astronomía, y sobre todo lo que se conocía más allá de la atmósfera de cierto cariz científico. Yo era un ingeniero de minas, prematuramente retirado y con cierta sabiduría sobre la espalda; pero todo lo que estudiaba me demostraba que nunca era bastante, amén de que necesitaba la reciprocidad probatoria de la ineludible parte práctica, y que ignoraba como encarar.

«El cielo es un deseo oblicuo que desgasta el pensamiento». Fue todo lo que se me ocurrió. Una sentencia ciertamente lapidaria que me devolvió del ensimismamiento con que entretenía muchas horas, del día y de la noche, tendido sobre el césped del jardín. Miraba y pensaba, observaba y pensaba, contemplaba y pensaba. Y pensé en pedir ayuda al astrónomo jubilado. No sin reparos, pues cuando me habló de aquel conflicto con el zodiaco, le creí más cerca de la locura que de la razón. Claro que, ¿quién no tiene una pizca de enajenación dedicándose durante años a su profesión o la mía?

Pregunté por él en el casino y me remitieron a la biblioteca municipal. Allí lo encontré, entre pilas de libros y mapas.

—¡Buenos días! ¿Se acuerda de mí?

—¡Claro! ¿Se puede creer que yo también andaba buscándole?

Me mostró algunos títulos de los libros que consultaba: Ingeniería hidráulica romana, Hacia la gestión estratégica del agua y redes cloacales en el Sur-Sur, El territorio del saneamiento en el Área Metropolitana, Técnica, política y capital en la conformación espacial de la ciudad.

Como nos llamaron la atención varias veces por el creciente volumen de nuestros susurros, salimos a la calle y acabamos en un

parque con la conversación más liberada.

—¡No sabe lo que llevo leído sobre alcantarillado y saneamientos! ¡Es fascinante! —dijo con el asombro propio del que descubre algo extraordinario. —¡Oiga, es como el sistema excretor de las ciudades! ¿No cree?

—¡Hombre, nunca lo había visto así! Pero se podría decir que sí—dijo con la orgullosa humildad del que recibe un piropo.

—Soy Hiparco, Hiparco De Mileto—dijo con ánimo adolescente.

—Sinán San Gotardo—contesté estrechándole la mano.

A partir de ahí, cotejábamos el avance de nuestros nuevos y respectivos estudios, nos corregíamos trayectorias, diseños y cálculos. Entendiendo que cada ciudad es un paisaje parecido pero no igual a otras ciudades, recomendé a Hiparco que visitara algunas redes de saneamientos de las más antiguas e importantes en la historia de las construcciones subterráneas. Mientras él, siguiendo mis recomendaciones, visitaba los Antiguos Viajes del Agua de nuestra ciudad y las primeras cloacas romanas que se conservan, mi trabajo práctico consistió en mirar el cielo, contemplarlo día y noche, sin más.

—¡Llevo casi un mes mirando el cielo cada noche! —repuse con decepción.

—Contemplar el cielo es una de las grandes aventuras de la humanidad que se han quedado en el olvido, en el sentido de que fue un tema muy importante durante muchos siglos —dijo sin vacilar. —Interpretar el cielo fue fundamental para el futuro de la humanidad.

—¡Pues yo no he descubierto nada provechoso!

—Amigo Sinán —dijo, asumiendo una cercanía que yo aún no contemplaba—, el hombre no vivió siempre en villas o ciudades. Fue a partir del neolítico que se hizo sedentario y comenzaron los asentamientos y pequeños poblados. Mi primera recomendación es que te alejes de la ciudad, al menos cien kilómetros. Sigue el

camino de la evolución, comienza por el principio.

En nada me agradó la sugerencia de Hiparco, a mi entender de excesiva simplicidad didáctica, infravaloraba mi cultura general, y sobre todo aminoraba mi saber celestial. Para desilusión mía, su perfil científico se diluía en cuanto nombrábamos “el cielo”. En esas ocasiones, que eran casi todas, se reconvertía en el mismo astrónomo vidente o mago celestial que conocí en el casino, repartiendo más filosofía que materia susceptible de comprobación física y química.



Fui mucho más allá de los cien kilómetros que Hiparco había estimado como distancia mínima para gozar de una buena experiencia celeste.

—El cielo más claro está en Atacir —me había dicho con voz de mando.

Emprendí un viaje de cien jornadas con cierta descreencia, intensificada por el peso de una bolsa de cuero con antiguos instrumentos que Hiparco, erigido en maestro astrónomo, me había impuesto sin posible excusa. Días antes me había adoctrinado en el uso del cuadrante y el sextante, del triquetrum, de la esfera armilar y del astrolabio. Cargar esa bolsa me hacía sentir un viajero medieval fuera de todo presente, de los avances y tecnología a los que estaba acostumbrado. Puede que fuera esa la intención, pues a medida que avanzaba en el camino fui asumiendo un sentimiento como de obligada predestinación. Cada etapa del viaje me era reconocida e identificada, pues en todo me recordaba a mis antiguos trabajos en los alcantarillados y canales mediante los que yo había conectado las principales ciudades del continente. Era la reconstrucción del mismo recorrido que, treinta y seis años atrás, había iniciado, y que repetía sobre la superficie de la tierra en vez de por debajo de ella.

No encontré ciudad alguna en cuyo cielo se vislumbraran los

doce signos zodiacales que Hiparco había insistido en que buscara, tampoco detecté ninguna réplica celeste en la disposición de las ciudades. En unas pocas ocasiones, determinadas partes de una urbe se correspondían con partes infinitesimales del firmamento que las cubría, incluso pude hacer coincidir algunas figuras celestes con determinados barrios. Esto solía darse en los cascos más antiguos, algunos hasta ruinosos. Asumí que identificar el cielo en la ciudad o a la inversa era asunto imposible, ya que los diseños urbanísticos originales se habían ido modificando en el tiempo, bien por el crecimiento de la población, las necesidades o las modas. En algunas villas modernas era notable el avance técnico, en otras era de lamentar el desorden de calles, avenidas y plazas, carentes del mínimo sentido de belleza. No obstante, de cada ciudad visitada, tracé nuevos planos con los detalles vistos personalmente y adoptando en todas la misma escala. Algo tangible habría de llevar al amigo Hiparco.

Atacir -en algún caso llamada Perinzia- apareció en una planicie rodeada por el agua de dos ríos por sus flancos este y oeste. Aquella ciudad de origen primigenio se cerraba con murallas de dimensiones considerables. Innumerables puertas daban salida y entrada a diferentes asentamientos periféricos de índole gremial. Una planificación territorial aparentemente sencilla y regular, como de poblado improvisado, se transformaba según las horas del día en un verdadero laberinto de calles y plazuelas, siempre concebidas alrededor de monumentales edificios religiosos. Seis avenidas convergían como arterias en un círculo que simulaba el corazón civil y administrativo.

Tras hacerme una idea de la configuración de la ciudad, busqué habitación donde descansar y aliviar el hambre acumulada, pues había llegado de madrugada después de una larga noche de caminata, tal como Hiparco había programado mi viaje. Había seguido a pies juntillas sus versátiles indicaciones astrales que se resumían en un tipo de frases que se escapaban a mi enten-

der y de mi intención: «bajo el signo mutable o sucedente, el arquero encontrará el camino a seguir», «alcanzarás la llegada coincidiendo con el nacimiento del día». A pesar o gracias a sus cálculos, entré en la ciudad en la fecha y hora por él señalada.

—Señor, ¿quiere que le enseñe la ciudad? —dijo un muchacho que me salió al encuentro. —¡Puedo ser su guía!

—No hace falta, chico —dije, con atrevida vanagloria. — Soy experto viajero y conozco casi la práctica totalidad de las ciudades.

—¿Acaso conoce Atacir? No es una ciudad común ni visitada. Puedo serle de ayuda —insistió.

—No, gracias —respondí con insolencia. —Llevo conmigo todo lo que puedo necesitar.

—Puedo ayudar con esos instrumentos. Los conozco bien —dijo sin curiosidad fingida sin desquitar la vista de la bolsa de cuero.

—Muchacho, ¡te aseguro que me basto!

Mi voz quiso sonar a reprimenda. El chaval dio unos pasos a mi lado sin dejar de mirar la bolsa de cuero. Debí parecerle carente de la seguridad que le mostraba, y en la primera bocacalle que nos cruzamos, se presentó muy ufano a la par que se despedía.

—Me llamo Galileo. Puede preguntar por mí, toda la ciudad me conoce —dijo con una prepotencia impropia de un imberbe.

Yo, que había conocido las ciudades más diferentes, las más versátiles y singulares, quedé descolocado conforme iba descubriendo un diseño urbano tan novedoso como extraño. Pues, la ciudad circular y concéntrica que transité durante el día se tornó en una cuadrícula al atardecer. Compuesta por diferentes módulos cuadriculares hasta convertirse en un rectángulo de calles paralelas, transversales y equidistantes, me evocaron los dibujos de las primeras ciudades romanas de los libros de historia del bachillerato.

De ese modo, las cien puertas de salida y entrada se redujeron a cuatro, una por cada lado del rectángulo. Mi intención era salir de la ciudadela, buscar acomodo en una pradera extramuros donde tender mi manta, desplegar la tabla con los utensilios de Hiparco y estudiar el cielo nocturno. Todo quedó en intención, pues con el último rayo de sol, la ciudad comenzó a encogerse y a elevarse como por obra de sortilegio. Lo más raro sucedió nada más entrar la noche cerrada. Los guardias abandonaron las torres de vigilancia y, a punta de alabarda, nos encajaban en las viviendas como a fardos amenazados por la lluvia. Los habitantes se introducían en las casas por los tejados, los edificios se tornaban en una sucesión de escaleras por las que mayores y niños trepaban como monos a las ramas de los árboles. Algunos alzaban las manos hacia la luna, una luna nueva que solo procuraba oscuridad. Por un momento miré al cielo. Los ojos, aun adaptándose a la ceguera que envolvía la ciudad, se enfocaron en un enorme punto negro sobre un cielo que se expandía exageradamente claro y resplandeciente.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté al guardia que me azuzaba.

—¡Sea obediente y suba! ¡Aprisa! —conminaba el uniformado a todo el que encontraba — ¡Escalen! ¡Elévense! ¡Asciendan! ¡Remonten!

Pensé que se trataba de algún tipo de alarma, como de toque de queda. Los guardias corrían pendiente arriba indicando con su lanza un camino vertical que no era fácil conseguir, pues yo acarreaba los utensilios en la bolsa, y la tabla y la manta bajo el brazo. Llevado por la corriente de gente, me aposté en la almena de una torre palaciega junto a una pareja de ancianos. La mujer se recostaba sobre el hombro del viejecito y ambos elevaban la mirada al cielo. Creí que rezaban. Estaba conmocionado por el no saber, desconcertado y con miedo; un miedo terrorífico cuando nos alcanzaron unos gritos, unos aullidos propios de monstruos

ardiendo en hogueras, y que provenían de la parte más profunda de la ciudad, tan abajo como del mismo infierno. Cada alarido, cada chillido, era un mortal pecador que ardía entre las ascuas. Inconscientemente, como por un impulso infantil, abrí la manta y la extendí sobre las cabezas de los tres.

—¿Qué hace? ¡Quítenos esto de encima! —dijo el anciano dejando al descubierto nuestros cuerpos. —El evento durará exactamente sesenta minutos por seis veces. Después, volverá a brillar el cielo estrellado y la ciudad devendrá en una copia armónica de los signos hasta alcanzar el siguiente cuadrante.

La turbación me recubría la cara. Cada aullido, más abisal que el anterior, me estremecía y me golpeaba el cuerpo contra la piedra. La homilía me que estaba soltando el anciano tampoco ayudaba a mi intranquilidad.

—¡Cálmese, hombre! —aseveró el viejo, haciéndome sentir como a niño castigado en el rincón.

La anciana era pequeña y enjuta, pero destilaba otro tipo de sabiduría y calma por la boca y la mirada.

—Hay pocas cosas tan misteriosas como esta que nos llenen de terror. —Se vino a recoger mis manos en las suyas—. Los humanos tenemos tanto miedo, en particular a lo desconocido. Tememos a la muerte, a la oscuridad y a la profundidad; a lo que no podemos ver o comprender plenamente. Pero nadie tiene miedo de mirar las estrellas; por eso encontramos tanto consuelo en ellas.

Ellos miraron al cielo y yo les seguí. Así transcurrieron exactamente las seis horas, sentados sobre suelo de piedra y en pared de piedra apoyadas las espaldas, hasta que, en la hora séptima, el cielo fue quedando clarísimo y reluciente como jaspe. La luna se mantuvo quieta hasta que el sol se situó en paralelo y a su derecha, la torre se configuró en una plazuela hexagonal, y el palacio en un mercado semicircular donde los puestos de pan, frutas y carne se guardaban del sol bajo arcos de media punta. El cambio

duró lo que tardamos en ponernos en pie y en sacudirnos las ropas. Así, la luna se escondió rápida, al norte del horizonte, y la luminosidad absoluta del sol nos alumbró desde el mismo cenit.

—¿Esto ocurre con frecuencia? —les pregunté.

—Desde que entramos en Acuario ha sucedido tres veces— respondió la anciana. —Ignoramos si volverá a suceder. Parece que la luna se ha vuelto caprichosa y el sol desobediente— concluyó con una risilla traviesa.

—¡Se está calculando! Los astrónomos y otros sabios calibramos las medidas para un predecible futuro... —corrigió el viejo— Si en el cielo todo se mueve, en la tierra el hombre también.

—¿Es usted astrónomo? —pregunté.

—Soy médico fisiólogo —contestó con severidad. —Las mediciones son la base esencial de todo conocimiento; mediciones médicas, mediciones astrales o terrenales. El amigo Galileo así lo piensa: «Mide lo que sea medible y haz medible lo que no lo sea».

—¿Galileo? —pregunté sin disimular el menoscabo. —¿Se refiere al muchacho que anda divagando por la ciudad?

—¡Es usted tan atrevido en todas sus consideraciones! —me espetó con desaprobación. —“Los instruidos no abren fácilmente su repertorio, pues tendrían mucho que decir, y ven que todavía quedan otros para hablar después de ellos, y se callan”¹.

Quedé tan abochornado como insultado. La anciana, con somera picardía, como para suavizar la reprimenda, interpuso: —“La juventud es el momento de estudiar la sabiduría; la vejez el de practicarla”².

Les mostré en el mapa el lugar término de mi viaje, pero solo me indicaron cómo salir de la ciudad.

—No le aseguro que encuentre la ciudad que busca —dijo el anciano.

—¡Pero si está señalada en el mapa! —dije con asombro.

—Hasta ahora no me ha fallado ni una sola de las indicaciones. ¡Debe estar muy cerca de aquí!

— “¡Eppur si muove!” —resolvió la mujer encogiéndose de hombros.

Los ancianos caminaron por una vía larga y recta hasta llegar a un cruce en el cual nos separamos. Yo enfilé por el lado opuesto que me llevó a dar con la puerta del Sur.

Anduve pensando en aquel anciano que se me figuraba como Hiparco “el viejo”, pues aunque el anciano tenía larga barba y de aspecto saludable, semejaban terquedad y soberbia, tono sarcástico y mordaz. Los dos hablaban el mismo lenguaje que para ellos dejaba, bastante tenía yo como para enredarme en adivinanzas y magias.



Fuera de allí, un campo silvestre, vacío de árboles excepto por el norte, se me apareció como el lugar perfecto donde tender la manta y pasar una noche contemplativa bajo la cúpula estelar. Era una pradera que se me figuraba infinita, de modo que fijé mi asentamiento en lo que supuse que fuera mi centro.

Había tardado unos tres meses, lo que duró el invierno, en llegar a la marca que Hiparco había señalado en el mapa como mi destino final; la ciudad ideal. Si no era la implícita y mutable Atacir recién abandonada, debería estar muy cerca. Así lo presentía y así lo constataban los planos. Solté los bártulos y decidí examinar los alrededores de aquella llanura sin finales visibles. Aunque el Norte estaba delimitado por una frondosa arboleda, investigué hasta dónde conducirían los otros tres puntos cardinales, pues los mapas que había elaborado Hiparco, desde su cósmico saber y pensamiento, aseguraban que ya había alcanzado la meta, que estaba sobre ella, aun dando por válido algún grado de error arriba o abajo, a un lado u otro. Si aquel viaje de investigación se había definido sobre márgenes simbólicos, creí acertado señalar, simbólicamente, los costados imaginarios

del este, el oeste y el sur de aquella redondeada planicie.

Algo más de tres cuartos hacia el horizonte Sur fue que mis ojos visualizaron una cordillera con tres altos picos centrales; hacia allí establecí ese punto cardinal. Regresé a donde estaba mi campamento y poco después emprendí distancia en dirección Oeste. El recorrido, que duró dos minutos menos de la hora, finalizó al topar con un alegre río de caudal manso y agua fresca. Fue un baño sereno y denso. Al sumergirme percibí que era como un bautizo, mi propia cristianización; los rayos del sol sobre el agua sobre mi cuerpo, aún valedero aunque provector, me brindaban una bendición universal. Retomé camino de vuelta hasta donde había depositado mi impedimenta para, desde ese mismo lugar y observando similar tiempo, tomar rumbo en línea recta hasta proponer un límite para el Este.

Andaba derrengado por el calor del sol pleno sobre mi cabeza, cuando una brisa dulce y con olor a sal me refrescó el rostro; habían pasado cincuenta minutos de reloj y cinco después estaba frente a un mar calmo y majestuoso. Me senté en la orilla de lo que semejaba un acantilado, de pequeñas rocas y escasa altura, desde el que contemplar el azul del mar como si fuera el azul del cielo, pues los dos eran igual de serenos y claros en aquel mediodía. Bajo mis pies, había una playa estrecha y dorada en la que me pareció ver a una mujer vestida con hábitos blancos. Un repentino pálpito me hizo recordar a mi querida esposa Circe, incluso creí que me saludaba moviendo los brazos bien abiertos. Sería cosa del reflejo solar y del calor, pues realmente era algún tipo de ave que se perdió en un horizonte fugaz, ya que mi vista no adivinaba dónde acababa el mar y dónde comenzaba el cielo.

Volví a mi puesto con el trazado de aquella cuadratura imaginaria en mi mente. Las caminatas diurnas me habían activado y el baño en el río me había reintegrado una energía que sentí perdida cuando salí de la ciudad mutable. Con la mejor disposición, me preparé para una bella noche de estudio estelar, nin-

gún signo de nubes u oscuridad empañaba el cielo. No fue así. El inaugurado novilunio de la noche anterior volvió a traer los malditos aullidos que en medio del campo resonaban, no solo bajo tierra, sino por todas partes; locas voces topaban con los árboles del norte y volaban hacia el río y el mar. Pasé la noche al raso sin poder prestar al cielo la atención debida, pues temía que, con aquellos alaridos descomunales, se abrieran grietas en la tierra y diera a enterrarme con aquellos seres infernales. Pensé en claudicar del viaje, mis avances eran escasos, añoraba mi hogar y mi propia ciudad. Pero con el pasar de las noches, los gritos se fueron apagando hasta solo escuchar el bisbiseo del viento entre los árboles, y pude disfrutar sobremanera de la calma de los días, del sosiego del campo y de la holgazana vida contemplativa.

Como a la sexta noche, de entre las colinas o algo más al sudeste, surgió un viento violento, terriblemente veloz y arenoso que ennegreció de inmediato el cielo. Duró apenas treinta segundos, pero aseguraría que vi reflejada en el cielo una ciudad completa, con sus calles y arcos, sus plazas y parques, sus casas e iglesias. Aquella ciudad aérea resultaba fantasmagórica, pasó delante de mis ojos como una proyección y desapareció en el infinito gris celeste. Por el noroeste comenzó a soplar un aire fuerte, frío, gélido. Eché otro vistazo al cielo que amenazaba con nubes premonitorias de fuerte borrasca. Temí algo peor que los gritos monstruosos. Desplegué la tabla, debajo coloqué la bolsa, me cubrí con todo bajo la manta y esperé a que escampase. No se escuchaba un susurro agonizante, ni un solo crujido, solo el martilleo constante de la lluvia que, como si de una nana se tratase, me adormiló sin darme cuenta.

A través del trazado de la manta se colaron cálidos rayos de sol que me empujaron a descubrir el día. La jornada se presentaba apacible. Un levante suave traía aromas del sur, de un mundo pastoril y campesino. Y, alguien, tal vez un viajero, un pastor o

un campesino, se acercaba hacia mí desde el oeste. Me puse en pie, pues vestía de canónigo, y nos saludamos.

—¿Viaja solo? —pregunté con evidencia ridícula que corregí. —¿Viene de muy lejos?

—No, en realidad vivo muy cerca, en Andria —señaló un lugar opuesto del que venía y, oh sorpresa. ¡Era de la mismísima ciudad caótica con sus espantosos chillidos nocturnos! —Mi nombre es Isaac Copérnico.

Tuve que echarme a reír. Desde que entré en aquella ciudad todo lo que sucedía, aparente o real, era cómico; o más bien tragicómico, visto de forma racional.

—¡De modo que usted es Copérnico y la ciudad al oeste se llama Andria! —La risa no disimuló la ofensa de mi duda.

—¿Qué le hace más gracia, el nombre de la ciudad o el mío? —preguntó sacando de su hatillo útiles para preparar alguna infusión caliente.

—Reconocerá que la mezcla de su nombre y apellido no deja de ser pintoresco; y desconozco el verdadero nombre de la ciudad, Atacir o Andria—respondí ufano, casi arrogante. —No es una ciudad que volvería a visitar, ni acreedora de recordar.

—¿Y usted, es? —preguntó como de soslayo.

—Sinán San Gotardo —dije. El hombre levantó una ceja y mantuvo un instante de silencio que yo interpreté como de información insuficiente y me arranqué de nuevo. —Soy ingeniero y ...

—Sinán —cortó inmediato, como si no le interesara o para no desviar el sentido de la conversación. —Los ciudadanos de Andria somos prudentes, pero le diré que es la ciudad perfecta si consideramos que el universo es perfecto.

—Discúlpeme, yo difiero —dije aceptando una hirviente taza de hojas de achicoria. —Tan solo he estado veinticuatro horas, fue anteayer y la conocí como Atacir. Allí toda construcción cambia con el transcurrir del día, y durante la noche surgen de

las cloacas unos gritos pavorosos y espeluznantes que parecen humanos.

—Es la transición —comenzó a explicar. —Una marca en el cielo. Un enorme agujero negro, extremadamente denso, ninguna luz escapa a su espacio. Aquello no fue un eclipse sin más, ¿entiende?

No, no entendía; y él supo verlo en mi cara.

—Se pensaba que el agujero de nuestra galaxia, Acuario A, estaba sentado, que no se movía...

—¡Eppur si muove! —interrumpí sin evitar la carcajada.

El extraño no se ofendió, no mudó el rostro, continuó con su plática y sus maneras de obispo.

—Exacto. Y esa es la señal de un nuevo comienzo, de reconducir los cálculos para diseñar la ciudad, cuyos principios de urbanización resúmanse de modo que dé a los hombres seguridad y les haga felices.

Con ese fin y escuchadas las consideraciones de aquel Copérnico, pasamos el día tumbados, contemplando el cielo.

—Yo no consigo ver nada especial en el cielo diurno; está claro y limpio como una patena —comenté tras varias horas de aburrimiento.

—Los tipos de cielo nos proponen conocimientos acerca de la radiación solar, según la localidad geográfica y las diferentes posiciones del sol. Identificar los tipos de cielo es una valiosa información para verificar la variación de la disponibilidad del recurso lumínico natural a lo largo del día y del año.

No volví a soltar ninguna otra ocurrencia, pues me hice cargo de la paciencia de aquel hombre que atendía con resignación mi supina ignorancia. Tampoco olvidé la amonestación del anciano sobre mi insolente necesidad.

Al día siguiente regresé con Copérnico a la ciudad. Él se marchó a sus quehaceres y a mí me dejó a la entrada, por la puerta Sur, con esa especie de mensajes cifrados que tanto gus-

taban a los encargados de estudiar el cielo:

—Hay pocas cosas en la vida hechas para que nunca se olviden. Abra bien los ojos a Andria, pues si alguna vez se obligó a cerrar los ojos, se acostumbrará a cerrarlos para muchas otras.

Increíblemente, encontré en Andria, una armonía y encanto que recogía lo mejor de cada civilización. En sus plazas y lugares públicos planeaba la utilidad griega del foro y del mercado al descubierto, en forma cuadrada y con pórticos dobles y grandes al estilo romano. A partir de ahí, las calles se distribuían en lineales semicirculares y concéntricos atravesados por grandes vías. En sus nudos se erigían edificios civiles frente a iglesias o templos religiosos de grandiosidad babilónica, convirtiéndose en puntos forales estratégicamente diseminados para facilitar la vida social. Todo ello adornado de fuentes, estatuas y templetas que gratificaban la vista por su belleza.

—Nada de esto es fortuito —dijo el joven Galileo que me sirvió de guía. —Todo obedece a un plan y un método experimental: seguir el camino que nos marcan los planetas, las constelaciones y los grandes astros luminosos, por eso Andria es la ciudad del pausado movimiento.

Inhibí la risotada, pues el chaval no encajaba bien la burla pero, en mis adentros, sus conclusiones rondaban la más jocosa fantasía.

—Yo soy de pensar que si una cosa funciona bien, ¿por qué cambiarla? —se me ocurrió confesarle. —Andria debería conservar su perfección para muestra y ejemplo de otras ciudades —concluí.

—Si excluyéramos los cambios, los avances en nuestra vida, aún seguiríamos alumbrándonos con teas de aceite, ¿no cree?

Entonces me condujo por una vía ancha, y nos fuimos adentrando en una barriada de calles estrechas, entrecruzadas, en las que todas las casas eran similares: puerta de una sola hoja en me-

dio de una pared plana, mismo color y parecida altura; de modo que no percibía punto de orientación que me facilitara salir de allí sin ayuda. Llegamos a una plaza cuadrada de grandes dimensiones en cuyo centro se elevaba una pieza cuadrada de piedra negra.

—Esta parte está orientada hacia el solsticio, hacia la estrella Canopo —explicó. —Y desde lo alto de la piedra cuadrangular se puede distinguir otra ciudad de construcción homogénea, aglomerada, densa, encerrada en sí misma; calles angostas, serpenteantes, muchas de ellas son callejones sin salida.

—Es una notable diferencia con la primera parte de la ciudad de grandes plazas y anchas vías —dije con vergonzosa simplicidad; me resultaba bochornosa la conversación con un Galileo cuasi adolescente.

—En esta parte oriental la vida transcurre hacia adentro; en la zona grecolatina la vida se hace hacia fuera. No obstante, una ciudad son todas las ciudades pasadas.

Como sin tenerme en cuenta, el chico listo me enseñó el puerto y la lonja frente al río, la almazara, los invernaderos y cada barrio gremial dependiendo del tipo de producciones. En la tarde, fuimos en carreta hasta un punto donde el sol ya nos deslumbraba sobremanera. Entramos a una torre cuyas formas y situación no pude identificar, pues íbamos cegados por un atardecer como de oro pulido. Si no conté mal, subiríamos ciento sesenta y tres escaleras y, con el resuello entrecortado, pude contemplar la ciudad más caótica, con una descarada concordia, un río ancho de azul brillante que desembocaba en un mar oscuro aunque resplandeciente. Los tejados de la ciudad simulaban piedras preciosas de todos los colores y tamaños; y un millar de olores, de todas las especias y perfumes conocidos, se mezclaban y trepaban hasta nosotros con el encantador murmullo de las voces cantarinas de la gente de a pie.

—¿Dónde estamos? —hube de preguntar.

—La corrupción de la ciudad. En este cuerno de oro con-

fluyen todas las ciudades, es hija de todas las civilizaciones, de todas las ocurrencias del hombre.

—¡Es bellísima! —dije como un suspiro—; aunque no tiene el sosiego ni el equilibrio de Andria.

—Eso te parece, pero es como las demás ciudades. Se dice que el caos es una grieta entre el cielo y la tierra. —Galileo interpretó mi silencio, me sintió aturdido, y expuso: —Lo que es aparentemente errático también lo verás en el cielo.

El día de mi marcha, Copérnico apareció con varios tubos portaplanos.

—Son mapas de la Vía Láctea—dijo. —Incluye la primera versión de la galaxia espiralada y la última, que ya evidencia la existencia de una barra horizontal que cruza su centro.

—¿Y qué sugiere que haga con esos planos?

—¡Úselos! —dijo con su afable tono imperativo. —Pues como el atlas del Gran Kan, ellos también “contienen las tierras prometidas visitadas con el pensamiento todavía no descubiertas o fundadas”³.

Volví a reír; esa vez por estrés. Era tal la intoxicación de conocimientos que cargar con aquellos tubos me causaba la misma incomodidad que, en su momento, la bolsa con los útiles de Hiparco.

Comicidad aparte, astrofísicos, arquitectos, filósofos y otros sabios me enseñaron cómo los cielos se transfiguran según avanza la correspondiente ciudad. Ellos buscaban la construcción recíproca; de modo que todo lo que ocurra arriba se refleje abajo y viceversa, y los cambios de uno y otra sean corresponsables y no arbitrarios a la mano del hombre. Llevaba en mi mente una lección que compartir con mi amigo Hiparco, y que aprendí del maestro Copérnico; fue todo lo que se me ocurrió: «la ciudad ideal es la que a los hombres da seguridad y les hace felices».

Jacob partió de Berseba y se encaminó hacia Harrán. Cuando llegó a cierto lugar, se detuvo para pasar la noche, porque ya estaba anocheciendo. Tomó una piedra, la usó como almohada, y se acostó a dormir en ese lugar. Allí soñó que había una escalinata apoyada en la tierra, y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles de Dios.

Génesis 28, 10-12



NOTAS:

- (1) Rousseau, J.J. *Emilio o De la educación*, 2011, Alianza Editorial.
- (2) Rousseau, J.J. *Las ensoñaciones del paseante solitario: Tercer paseo*. 2016, Alianza Editorial.
- (3) Calvino, Italo, *Las ciudades invisibles*, pág. 162. 2022, Editorial Siruela.

5 Las ciudades y el deseo

ROMANCE IMPROBABLE EN HIMPROBIA

Juan Manuel Ávila

La fluvial Himprobia, como la marítima Duópolis, no aparecían en el listado de ciudades invisibles. Quizás fueran descartes de última hora de don Italo o, simplemente, que el señor Calvino las dejó aparcadas para perfilarlas mejor en una segunda entrega que nunca llegó a concretarse.

La ciudad se te aparece como un todo en el que ningún deseo se pierde y del que tú formas parte, y como ella goza de todo lo que tú no gozas, no te queda sino habitar ese deseo y contentarte. Tal poder, que a veces dicen maligno, a veces benigno, tiene Anastasia, ciudad engañadora (...) y crees que gozas por toda Anastasia cuando sólo eres su esclavo.

Las ciudades y el deseo 2

Las ciudades invisibles

Italo Calvino

De Himprobia se podían decir muchas cosas gratas, pero todas relacionadas con un pasado tan esplendoroso, como marchito era su presente. Nunca fueron la modestia, el recato y la limpieza virtudes que adornaran, de común, a los himprobios, habitantes de esta villa ribereña, de río grande y navegable, amurallada solo en uno de sus márgenes.

—¿Y fue en Himprobia donde conoció usted a la joven Anastasia? —preguntó el imberbe Isidoro.

—Sí. Anastasia era natural de la costera y cercana Duópolis —le aclaró el maestro Leandro—. Vino a Himprobia a cursar Bellas Artes. Estudiaba poco. Por eso supe de ella. Le gustaba más el arte improvisado que destilaban sus acreditadas y numerosas tabernas, que los conocimientos que se desgranaban en las aulas. En un popular templo del mosto que yo frecuentaba me la crucé por primera vez. Hablaba bajito y reía a carcajadas. Fue fácil prendarse de sus immaculados ojos azules.

—Pero, maestro, si entonces ya era ciego, ¿cómo pudo enamorarse de una mirada?

—Su voz y su peculiar forma de reírse te daban pistas. Es cuestión de escuchar con atención, guiarse por las palabras de aquellos que saben mirar, apreciar los detalles, y aguzar el oído para discernir quién dice la verdad y quién la disfraza o la maquilla. Treinta y dos años de invidencia dan para desarrollar un sexto sentido.

La irreversible ceguera de Leandro tenía otras ventajas añadidas. Sus ojos no habían sido testigo de la degradación paulatina de Himprobia. De cómo había ido perdiendo parte de su sello con el discurrir del tiempo. De cómo lo moderno la había despersonalizado. Sus estilizadas torres y encaladas espadañas ya no dominaban el horizonte. Muros y edificios más altos, pero sin gracia, la dibujaban desde lejos. Sus plazas céntricas, ahora parecían frías y desangeladas no más caía la noche. Sus casas de vecinos habían mutado en nichos de apartamentos de rotación

diaria, donde nadie conocía a nadie. En la memoria visual de Leandro pervive otra Himprobia. Esa donde niños y niñas daban hilo a sus cometas e ilusiones, jugando libres sin artilugios con pilas en calles y descampados. Donde el peligro no habitaba en las aceras, más allá de la posibilidad remota de ser diana de un pelotazo o una pedrada perdida.

—Y, disculpe mi curiosidad —inquirió Isidoro mirando fijamente los ojos inexpresivos del maestro—, ¿cómo logró conquistar a una joven tan deseable?

—A base de sutilezas. Anastasia, como te habrán contado, amén de joven, era hermosa y, como a toda mujer que es consciente de su belleza, le gusta que se lo reconozcan y que lo pregonen. Es además de esas mujeres que aprecia más la galantería, la caricia con palabras, del hombre maduro, que el impulso previsible, atropellado y a veces zafio, del joven. Supongo que mi dialéctica, heredada de mercaderes y comerciantes, también pudo influir en el logro.

—Tomo nota, maestro. Y ahora, permítame la impertinencia, ¿por qué se acabó yendo de su lado?

—Porque Himprobia, pese a sus virtudes, carece de mar y la mirada de Anastasia necesita reflejarse en él para conservar su intensidad azulada. No obstante, ella permaneció aquí tres años. Mantuvo la ilusión de pasear por la ciudad mientras ésta seguía teniendo rincones por descubrir. Le atraía el bullicio de sus calles y, especialmente, esa manera de hablar, chillona y embaucadora, de los himprobios que tanto le cautivaba.

Leandro era solo un hilo más que vinculaba a la chica de mirada azul con Himprobia. Esta urbe engañadora —como aquella otra vieja ciudad desaparecida bajo las aguas—, hoy resulta retratada por el tránsito de maletas y por artefactos recargables, adosados a personas que siempre van con prisa. Y ese hilo con el galán maduro y ciego se deshizo con el tiempo. No fue una ruptura brusca y tampoco hubo lugar a otras ataduras sentimentales

que crearan nuevos lazos entre Anastasia y esa villa ribereña, de río grande y navegable, amurallada solo en uno de sus márgenes, en la que ella inició unos estudios de Bellas Artes que nunca llegó a terminar.



FELONIA, LA CARA CANALLA DE DUÓPOLIS

Juan Manuel Ávila

En todas las épocas hubo alguien que, mirando a Fedora tal como era, había imaginado el modo de convertirla en la ciudad ideal, pero mientras construía su modelo en miniatura, Fedora dejaba de ser la misma de antes, y aquello que hasta ayer había sido uno de sus posibles futuros ahora era sólo un juguete en una esfera de vidrio.

Las ciudades y el deseo 4

Las ciudades invisibles

Italo Calvino

• • • • •

Alexis había nacido medio siglo atrás en Felonia, el arrabal pobre y canalla de la vieja Duópolis. Eso imprimía carácter, aseguraban sus orgullosos nativos, enfrentados siempre a los de la orilla contraria, la “noble”, de aquella ciudad costera partida en dos por la desembocadura del río Olivio. No era fácil vivir bien en Duópolis. Sobre todo, si dominaba en uno el espíritu crítico en detrimento del complaciente. A los duopolitanos más rancios no les gustaba que les refregaran sus miserias, más evidentes y múltiples en las dos últimas décadas. La gran mayoría vivía anclada en una gloria pretérita y portuaria. De ella quedaban pocas evidencias, aparte de lo que consignaban legajos resquebrajados y libros amarillentos, el esplendor añejo de los templos paganos o algunas casas palacio que se mantenían milagrosamente en pie. Se ve que sus dioses de antaño le habían vuelto la espalda a esa urbe otrora rica y poblada, fruto del comercio de especias y metales preciados que le llegaban con abundancia por vía marítima. Ahora las plegarias y ofrendas habían decaído en la misma medida que el tráfico de embarcaciones, aunque entre los más beatos aún no había calado la ausencia de fe y esperanza.

—Fedora, veo que no hay mucho movimiento... Cuatro borrachos ocupando tres mesas y bebiendo poco a esta hora es una ruina —señaló Alexis antes de dar su primer buche a la jarra de cerveza.

—Así llevamos mucho tiempo —se quejó la camarera de pechos nutricios y parca dentadura—. Apenas hay tráfico en el puerto y sin barcos este negocio no va. De nada sirven mis rezos y velas a la diosa Dorotea.

—Yo en velas gasto poco, pero tampoco lo tengo fácil. Con este panorama ya no hay a quien robarle una bolsa o cartera que merezca la pena —a Alexis le brilló el incisivo de oro al sonreírle a Fedora, al tiempo que la atraía para sí agarrándola por la cintura.

—Pues sin plata que gastar, deja los cariños y arrumacos para

mejor ocasión —replicó al tiempo que apartaba con determinación las manos del conocido cliente.

Alexis apuró con un último trago su jarra, que era la segunda, se echó la mano al bolsillo y vio que no tenía ni para pagar la primera. Le guiñó un ojo a Fedora y se dirigió hacia la puerta del viejo mesón. Una vez fuera, se cruzó con un cubo repleto de basura, que derribó de un puntapié. Un par de ratas negras, como aquella noche sin luna, salieron en estampida de la escena. Alexis se maldijo al comprobar que, tras su acción gamberra, su dedo gordo del pie izquierdo había quedado dolorido y al aire. Caminando renqueante se dirigió al afamado puente de piedra que conectaba Felonia con la parte noble de Duópolis. No estaba lejos. Apenas cien metros. Cruzarlo no le demoraría más de cinco minutos. Tampoco tenía prisa. Lo transitó escoltado solo por las farolas de bronce de los márgenes. En el camino, ni un alma, aunque Alexis creyó oír a un gato a su espalda, pero no se giró a comprobarlo.



EL DESEO DEL HOMBRE HABITA EN EL BORDE DEL ALA DE UNA MOSCA

Rafael Cruz-Contarini

Relato inspirado en Las ciudades y el deseo de Italo Calvino. El siguiente texto quiere significar la búsqueda que todo Hombre tiene como misión en un mundo que se presenta como travesía. Una búsqueda hacia la pasión y la vitalidad que nos hace encontrar el sentido en nuestra vida mirando a los demás y sobre todo, hacia nosotros mismos. Un encuentro con las leyendas e historias que nos inducen a soñar y a desear lo imposible y, por último, el deseo final de encontrarnos en un hogar donde cuidarnos los unos a los otros. El deseo es el motor del mundo y el que nos hace movernos hacia lo desconocido. Pero ese deseo puede ser efímero si no conduce a un camino lleno de ambición, de aventura y pasión.

“...si durante ocho horas al día trabajas como tallador de ágatas, ónices, crisopacios, tu afán que da forma al deseo, toma del deseo su forma, y crees que gozas por toda Anastasia cuando solo eres su esclavo”

Las ciudades y el deseo 2

Las ciudades invisibles

Italo Calvino



I

Provenía del otro lado de las montañas. Los del otro lado de las montañas creían que procedía de la otra parte del mundo. No lo supieron con certeza porque el viajero nunca lo dijo. Ni tampoco lo adivinaron por su acento ya que hablaba siete lenguas. Las punteras de sus botas bañadas por la arena del desierto parecían de oro. Un pañuelo de algodón negro anudaba el cuello del caminante. Solo un sombrero y una pequeña mochila adornaban su cuerpo. Era amigo del sol, su piel lo delataba. Fibroso, ágil y audaz, el viajero se adentraba en una nueva ciudad desconocida. Ningún cartel anunciaba el nombre. Pero sabía que se trataba de Rumeria por las tres cúpulas plateadas que divisó a lo lejos. Antes de llegar, una fila de abetos lo condujo a un cementerio. Lo recibían los muertos. Le pareció extraño, aunque después dedujo que aquel lugar era el gran vestíbulo de la ciudad por el que inevitablemente había que pasar antes de adentrarse en sus calles si venías del Sur. Recorrió los angostos pasillos a cuyos lados se encontraban las tumbas níveas y marmoladas donde aparecían inscritas en letras doradas las historias y las vidas de las que allí yacían. Todos los nombres que iba leyendo eran nombres de mujer. Se paró delante de una lápida cualquiera. Allí leyó que Julia (así se llamaba la yacente), de 29 años, había conocido la felicidad y que también la había aportado a todos los que por ella pasaron. En letras más pequeñas y dentro de un recuadro aparecía lo que resultaba un episodio de su vida o quizás una anécdota: “...un día, cuando los pequeños no se dieron cuenta, arrojé sobre el patio del colegio una bolsa de bolígrafos con monedas de chocolate en su interior tras lo cual escuché alboroto y gritos de alegría...”. Después, en otra lápida cercana, leyó la historia de Ágata, de 35 años. “...He conocido el sentido de mi existencia y lo he saboreado a cada instante...”. En otra pudo leer: “...y me despedía cada mañana de él con la sensación de que no lo volvería a ver, pero me hizo tan dichosa cada noche...”, decía. Y en la de Nerea, de

61, se contaba que su mejor virtud había consistido en complacer a quienes la conocieron llenando sus vidas de alegría. Al pie de la lápida: "...la primera noche que entró en mi casa le ofrecí agua y comida y supe al verlo que él sería el padre de mis hijos...". Y así, el viajero, en todas las inscripciones que iba leyendo no encontró infelicidad ni insatisfacciones en ninguna de aquellas almas. Entonces se preguntó por las tumbas de los hombres. ¿Dónde se encontraban? El sol caía sobre el horizonte y el caminante se apresuró a salir de aquel solitario e inquietante lugar. Al fondo divisó un foco. Supuso que aquella sería la salida donde comenzaría la ciudad. Bajó unos peldaños y escuchó el sonido del agua. Una gran fuente ocupaba el espacio de una gran plaza. Desde ella partían ocho caminos diferentes, ocho calles, y en cada esquina, un letrero con el nombre de cada una de ellas. Tomó la que conducía hacia el norte: la calle del Deseo. Adentrándose vio que cada casa tenía nombre de mujer: Magdalena, Linda, Patricia, Rebeca... Se paró frente a la casa "Helena" y llamó a la puerta. Lo recibió una anciana. Le dijo que pasara porque alguien lo esperaba desde hacía mucho tiempo. Y también le dijo que los hijos se marchaban en cuanto tenían edad de valerse por sí mismos y que en la ciudad solo permanecían ellas atadas a la esperanza y al deseo. El hombre cruzó el umbral y la anciana lo condujo por una especie de laberinto. Atravesaron un patio repleto de macetas de geranios y azaleas hasta llegar a la última estancia de la casa. El viajero llamó a la puerta. Una mujer de mediana edad le abrió y le dijo: Soy Helena y aquí estoy para todos. Le tomó la mano y lo llevó hasta una gran bañera con agua tibia con fragancias. Lo desnudó y el hombre se sumergió mientras ella iba derramando agua por su cuerpo. Después lo secó con la toalla más suave que encontró llevándolo hasta un lecho cubierto de sábanas rosadas de satén. Lo desvistió y sin decir palabra lo empujó con ambas manos hasta que él se tumbó sobre la gran cama. Siempre había oído que en Rumeria encontrarían cobijo aquellos que un día la abandonaron

cuando eran muy jóvenes. Esa noche, mientras dormía junto a Helena, soñó con un río donde los peces no tenían cuerpo, solo sus cabezas nadaban a contracorriente atravesadas por un cable que las ensartaba a todas. Fuera, en la orilla, alguien manejaba una especie de artilugio desconocido y anacrónico. Nadie hubiera adivinado si esa máquina pertenecía al pasado o al futuro. El viajero se vio allí y de repente se lanzó al agua sumergiéndose para ver lo que ocurría dentro. Entonces contempló una pequeña ciudad sobre la llanura aluvial donde transcurrían todo tipo de seres animados y extraños. Conducían pequeños vehículos emitiendo luces intermitentes. En el sueño, el hombre comprendió que aquel lugar era la revelación de lo que había sido su vida: una búsqueda constante del sentido, de lo que estaba haciendo allí, de lo que estaba buscando al fin. Al despertarse, Helena ya lo estaba esperando con una gran bandeja con un succulento desayuno y una rosa. Le dijo que ya estaba preparada para despedirse sin esperanza. Entonces, el hombre, recordando el sueño, le preguntó por el sentido de la vida. Ella le respondió que el suyo era saber que iba a morir. Que ninguna otra especie lo sabe y es lo que nos distingue de ellas. Y que por eso la muerte está muy presente entre nosotras, pero no como drama, sino como parte de la misma vida y de nuestro destino. Después del desayuno, Helena lo vistió lentamente, no sin antes satisfacerlo y llenarlo de nuevo de placer. Susurrándole al oído le dijo que antes de marcharse había de pasar por los tres panteones que presidían la ciudad y dejar escrito en sus libros sus esperanzas. Allí residían en pequeños cofres todos los deseos de los hombres que pasaban por Rumeria. Él buscaba su sentido y creyó que lo encontraría caminando y conociendo muchos lugares y a mucha gente. Helena le dijo que el único lugar donde encontraría la respuesta estaba dentro de él. Que su camino debía ser interior y conocerse consistía en hacerse preguntas y más preguntas. Y que si no lo hacía acabaría siendo el aleteo de una mosca. Un movimiento continuo y azaroso, pero

efímero, fugaz y leve. El hombre comprendió y sonrió. Entendió lo que ella le decía. Encontró un final a sus dudas. Sé que moriré, he aquí mi sentido. Tengo que aprovechar mi tiempo, ¡es tan valioso! Y ella, cogiéndole de la mano, lo acompañó hasta la puerta de salida. Eres dichoso porque has comprendido. Nunca olvides que Rumeria siempre estará para recibirte. Marcha hacia alguno de los panteones y deja allí tus deseos efímeros, pero guárdate el más importante de todos: el de la eternidad que se encuentra en tu corazón. El caminante llegó hasta el gran edificio y bajo su cúpula miró hacia arriba. Un conjunto de constelaciones refulgía ante sus ojos. Una de ellas estaba representada por cabezas de peces ensartadas por una línea que llegaba hasta unas olas. Entonces adivinó que un círculo en su interior se cerraba. Sintió que una corriente le atravesaba el cuerpo hasta sentirse en paz. Fue cuando comprendió que el sentido que buscó durante toda su vida no era más que su conciencia. Después se dirigió a uno de los atriles donde se encontraban los libros de los visitantes y recordó las palabras de Helena y allí escribió: “mis deseos se han posado para siempre. Te he buscado en la rosa, en las aguas, pero estabas en mí”. El viajero continuó su camino hacia el norte, aunque sabiendo bien lo que quería y dónde acabaría.

Rumeria nos espera a todos para que nuestro aletear se convierta en un movimiento continuo de dicha. Quien sale de Rumeria ya no será el mismo que llegó a ella.

II

En una ciudad donde el placer tomaba forma de palmeral, oasis o termas, el viajero se sentiría dichoso. Una gran cúpula de cristal transparente la protegía de un níveo paisaje donde el frío reinaba sobre los musgos y los renos. Fuera, la vida se escondía bajo las capas heladas de la superficie y solo el viento vagaba en el inmenso espacio de la tundra. Pero en Rodinia, la vida emergía de la sangre de quienes la habitaban. Pocos eran los que alcanzaban

esa latitud o ese lugar, ya que no había otra forma de acceder que a pie. El viajero lo logró tras una larga y cruda marcha a través de la nieve, el hielo y afrontando de cara el viento que lo azotaba. Él sabía que allí se encontraría con la reina Homy, y esa certeza y su fortaleza lo llevaron hasta allí. Una pequeña brújula y el sol le sirvieron de ayuda. Las puertas de la ciudad permanecían abiertas. Todos sabían que ningún ejército o legión se atrevería a arriesgar sus vidas cruzando los gélidos valles y helados lagos para invadirla. Al cruzar la puerta que daba al Sur, el viajero se desprendió de sus ropajes y se quedó con el torso desnudo y descalzo. Anduvo a través de las angostas calles buscando una fortaleza donde encontrarse con la reina. Ella debía tener los 45. Lo sabía porque de niño le narraba un cuento todas las noches hasta que sus padres regresaban del desierto arábico con las caravanas de camellos. Ella, tan joven, despertó el deseo de un visir que una noche la vio caminar con un pequeño cántaro en busca de una fuente. Después de invitarla a pasar al interior de su jaima, Homy lo encandiló con una historia tras otra hasta que el ministro cayó abatido por el sueño. Las últimas palabras antes de dormirse fueron: "...quiero seguir bebiendo de tus palabras eternamente".

Ahora, aquel niño convertido en hombre la buscaba. Recordaba la última historia que ella le contó:

Érase una vez un viejo leñador que cada mañana, antes del alba, encendía el fuego de la chimenea, cogía su hacha y salía al bosque a cortar un árbol para después trocearlo y amontonar la madera. Ese era su trabajo. Un día, alguien se presentó en su casa para comprarle toda la leña que pudiera cargar. Cuando la carreta estaba llena y emprendió la marcha, se dio cuenta de que necesitaría un mulo para transportarla, así que se fue a la ciudad con la intención de volver con el animal. Pasaron los días y el hombre nunca regresó. Al cabo del tiempo, el leñador vendió el cargamento y con el dinero que le había dado aquel hombre

compró una sierra eléctrica con la que podría cortar dos árboles cada día, trocearlos y apilar la madera en menor tiempo. El leñador pensó que algo de lo que ganaba no le pertenecía. Así que, para dormir tranquilo, bajó el precio de su mercancía a la mitad.

El viajero sabía el lugar donde aquella joven se encontraba porque antes de partir con el visir se lo dejó escrito en la última página del libro donde el niño aprendió a leer junto a ella: “algún día, cuando seas un hombre, búscame en el círculo polar más allá del paralelo 70, al norte de Chakasmidán”. Y en su cometido, el de la búsqueda de sí mismo y del sentido, el viajero se ejercitaba cumplimentando etapas. Quería de nuevo escuchar nuevas historias contadas por Homy y descansar soñándolas. Intuía que la fortaleza de la reina se encontraba al norte y en lo alto de la colina de Rodinia. Al pasar por un palmeral, el viajero se paró a descansar y a nutrirse de los sabrosos dátiles que allí abundaban. Después de un atracón se echó a dormir a los pies de una palmera. Las canciones a coro de un grupo de niños, lo despertaron del sueño. Una muchacha tocaba una flauta mientras ellos tarareaban un estribillo que decía algo así como [...] *cuéntamelo al oído, susurra, canta, porque así seré dichoso* [...] Después de aquello y antes de que el débil sol se ocultara prosiguió su marcha. A las puertas de la fortaleza se extendía un gran oasis que lo recibía. Todo lo contrario a lo que él esperaba encontrar. Ni fosos, ni puertas levadizas, ni cocodrilos. Solo un remanso cálido y silencioso aparecía ante un gran arco sin puerta que daba acceso al palacio. Solo un vigilante de pie sosteniendo una lanza se apostaba en la jamba de la entrada. El viajero recordó la historia de un hombre que murió de viejo a las puertas de un palacio por no atreverse a traspasarlas. Quería pedirle permiso al gobernante para ampliar sus tierras y según la ley nadie podría pasar sin el permiso debido. El vigilante, a punto de que el hombre expirara, le susurró al oído: “Esas puertas estaban abiertas solo para ti”. El viajero franqueó el paso

sin resistencia alguna y continuó su marcha. Buscaba la torre del palacio. Subió por unas angostas escaleras de caracol que daban acceso a unas almenas. Y allí la vio. Homay vestía una túnica blanca y, como él, se encontraba descalza. El viajero se acercó y se abrazaron. Eres todo un hombre, le dijo ella. Él le respondió que había cruzado la tundra cruzando el paralelo 70 como leyó en aquel libro y que había llegado hasta allí en busca de otras historias como aquellas que ella le contaba de niño. Ella lo tomó de la mano y lo condujo hasta su aposento. No te preocupes, le dijo, el visir murió hace unos meses y ahora reino sola. Él se tendió en la alcoba mientras ella encendía barras de incienso de sándalo que perfumaron la estancia. Después, tomó un pequeño bote de aceite de canela y embadurnando las manos se lo untó por todo el cuerpo. Pronto estas pequeñas llagas del frío desaparecerán de tus labios, le dijo mientras lo ungía. Cuando lo hubo acariciado sintiéndose recibido y obsequiado, ella se tumbó a su lado apoyando una pierna sobre su abdomen. Fue entonces cuando al oído comenzó a contarle una historia sobre la justicia:

A unas cuantas leguas de la ciudad de Kandún se encontraba el ministro del agua visitando un pantano que iba a inaugurar. El pantano se hallaba a medio llenar porque era época de sequía. Un grupo de agricultores se acercó a la comitiva y, con cierta dificultad, lograron acercarse hasta el ministro con pancartas y carteles. Al verlos, el ministro pidió que los dejaran pasar al área restringida de seguridad para hablar con ellos y escuchar sus demandas. Entre los manifestantes estaba el portavoz acompañado de su hijo de unos ocho años de edad que portaba una pequeña cantimplora en la mano.

—A ver, decidme. ¿Qué queréis? ¿Por qué protestáis?

—En nombre de todos mis compañeros y paisanos me dirijo a usted para pedirle que parte del agua de este pantano que está pagado con nuestros impuestos pueda regar nuestros campos de

labranza que permanecen secos desde el último otoño —dijo el portavoz.

El ministro, dirigiéndose al delegado de zona le preguntó por qué aquellos hombres no recibían agua de aquel pantano.

—Señor. El agua está reservada para las zonas elevadas de la comarca que son los vecinos que pagan las cuotas más altas. No habría agua para todos si regáramos esos campos con esta sequía que nos está asolando.

El ministro se dirigió al portavoz y le dijo:

—¿Habéis escuchado lo que el subdirector de riego ha dicho?

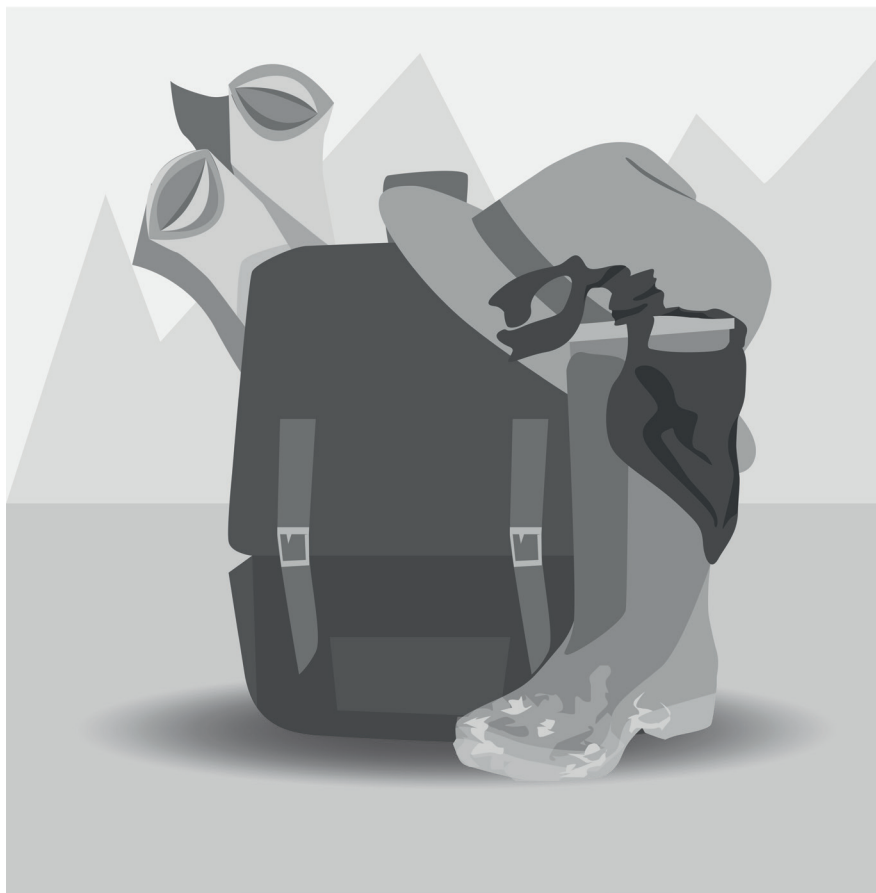
—Señor, creo que es injusta esa medida —dijo el portavoz elevando la voz y con un tono de indignación.

El niño, que estaba mirando a su padre, se asustó porque lo vio enfadarse y él nunca había visto a su padre tan enfadado.

—Ya habéis oído —dijo el ministro—. Por ahora es lo que hay. Ya se adoptarán nuevas medidas cuando las nubes vuelvan a descargar.

Los manifestantes comenzaron a gritar consignas de protesta mientras la policía se acercó para desalojarlos. En ese momento, el niño abrió la cantimplora y del pantano emergió un haz de agua que fue a parar al recipiente que absorbió por completo toda el agua del pantano. El ministro y el resto de los presentes quedaron atónitos ante lo que habían contemplado y el delegado ordenó a la policía que requisaran aquella cantimplora. El jefe del comando se la arrebató al niño y del interior se oyó una voz que decía: “solo de las manos que aquí me trajeron saldré si así me lo pide su dueño”. Por mucho que el policía agitaba la cantimplora, no lograba que saliera ni una gota de agua, así que como nadie había cometido delito alguno según las leyes de la comarca, la cantimplora retornó a las manos del niño. Después miró al padre y le dijo:

—Ya podemos irnos, papá. Pero no vuelvas a enfadarte por favor.



Ha valido la pena llegar hasta aquí para oírte, le dijo a Homy. Me quedaría contigo para siempre, pero he de continuar hasta Sidelia donde sabrán de tus historias y de tu reino.

III

En Sidelia buscó su hogar. La primera luz de la madrugada alumbraba brumosamente las colinas que la rodeaban. Solo una porción de costa la comunicaba con el mar a través de un pequeño puerto pesquero. Una gran alfombra de hojas muertas lo recibía. El crujido de las pisadas atravesándola le recordaba a la nieve en Chakasmidán. El viajero rodeó el muelle y entró en una de las cantinas que había en el hangar principal. Algunos peces muertos se amontonaban en uno de los rincones. Recordó entonces el sueño que tuvo en Rumeria y la cúpula del panteón. «¿Y los pescadores?», pronunció en voz alta. El cantinero que se encontraba al otro lado del local le dijo que habían salido al mar siendo aún de noche. Después, le hizo un gesto a la mujer que se encontraba en la cocina y ella apareció con un tazón de caldo caliente. Aun sirviéndoselo a sus espaldas pudo reconocer a aquel hombre.

—Quizás no sea la mejor hora para un caldo, pero lo agradecerá —dijo el cantinero.

El viajero acercó las manos al tazón para calentárselas e inclinó la cabeza para aspirar el aroma y atemperar el rostro con el vapor que de allí salía. Soplaba lentamente mientras sorbía poco a poco el alimento hasta apurarlo.

—Creo que ella aún te espera —dijo la mujer mientras limpiaba algunas de las mesas que estaban esparcidas por el recinto.

Él alzó la mirada y también la reconoció.

—Tú eres Celinda. Ayudaste a traer al mundo al segundo de mis hijos.

—Veo que no he debido de cambiar tanto cuando sabes quién soy. ¡En veinte años han pasado tantas cosas!

—¿Siguen en la misma casa? —preguntó el viajero levantán-

dose del asiento y dirigiéndose hacia la mujer—. He vuelto para encontrarme con ellos.

—No, ya no. Dirígete hacia la Ladera Alta y allí la encontrarás —dijo ella.

Sin querer saber ni preguntar más de lo que ya sabía, el viajero emprendió el camino en busca de Penélope.

Sidelia estaba construida sobre un altozano desde el que se divisaba el mar. En la ladera, las casas serpenteaban formando un laberinto que se extendía por la falda de aquel montículo. El viajero desanudó su pañuelo del cuello para secarse el sudor. El sombrero le ayudaba a encarar el sol del mediodía y en medio de una pequeña plaza se paró a descansar. De la mochila sacó una pequeña caja de metal que abrió por primera vez desde su partida. Tomó la alianza de oro que allí había y tras muchos años volvió a ponérsela. Se sintió raro, como atado a un pasado y a la persona que se lo otorgó. Hacia ella iba. Con gozo. Sabiendo que su travesía estaba concluyendo y que todos los caminos que había recorrido a lo largo de los años confluían en este que era el camino final. Él ya no era el mismo que partió. Tampoco ella lo sería, pero tenía el consuelo de saber que siempre lo estuvo esperando. Al llegar a un cruce preguntó a una mujer que podría ser ella. «Penélope, ¿sabes dónde vive?» La mujer señaló hacia arriba. Es la última casa de esta cuesta, le dijo. Al llegar a la cima, miró y la vio inclinada sobre el balaustre de un pequeño torreón. Ella miraba al mar y él la miraba a ella. Ahuecó las manos alrededor de la boca y pronunció su nombre: ¡Penélope! Ella miró hacia abajo y lo vio. Supo al instante que era él. Un gozo enorme recorrió su cuerpo y bajó tan deprisa como pudo. Lo abrazó y sin reprimir las lágrimas no paraba de besarlo en los labios, en las mejillas, en el cuello y por todo el torso. Después, con los dedos, acariciaba las cicatrices que iba encontrando.

—He venido a descansar a mi hogar —el viajero, desprendiéndose de la mochila y del sombrero, la abrazó por la cintura

y la retuvo estrechándola contra su cuerpo—. No has perdido tu sonrisa. Siempre me dormía con ella.

—Cuéntame, cuéntame —le pedía ella—. Todos los días sin faltar ni uno en estos veinte últimos años no he parado de mirar al horizonte sin saber si vendrías. O de hacerlo, si lo harías por mar o por tierra. Por eso vine a vivir a este alto de la ciudad. Para mirar con esperanza. ¡Qué alegría, querido mío! ¡Qué alegría volver a mí!

—He visto el mundo y he aprendido a mirar más que a ver —le dijo él mientras la tomaba de la mano y entraban en la casa.

Penélope llenó una gran bañera con espuma y fragancias mientras se desnudaban mutuamente. Después se introdujeron y se amaron con todo su cuerpo. Terminaron exhaustos y tras besarse, ella se extendió de espaldas sobre él. Fue entonces cuando el viajero le preguntó por los dos hijos y ella le explicó que se enamoraron de dos hermanas que estuvieron de paso por Sidelia y marcharon con ellas a otras latitudes. Él se entristeció por un momento, aunque después comprendió. Fue entonces cuando ella le reveló que tenían una hija en común de 19 años que él no conocía. Tras su marcha ella se quedó embarazada y nunca supo cómo encontrarlo para decírselo. Al recibir la noticia él se incorporó y tomándola por los hombros le preguntó por su paradero.

—No lo sé. ¡Era tan hermosa! —Penélope rompió a llorar.

Entre sollozos, le habló de ella y de cómo la educó hablándole de su padre.

—Sin conocerte siempre te quiso —prosiguió.

—Pero, ¿está viva? ¡Por favor, dime que vive!

—Espero que siga viva —dijo Penélope—. Antes de que cumpliera los 17, un grupo ambulante de acróbatas y contorsionistas se instaló en la ciudad. Ella era muy flexible y le gustaba la danza y sobre todo la gimnasia acrobática. Se levantaba todos los días a las 6 de la mañana para practicarla porque decía que le hacía sentirse bien. Que despejaban no solo su cuerpo sino su

mente. ¿Ves esos dos bastones o barras que hay en ese rincón? Es lo único que me queda de ella. En ellos apoyaba sus manos y levantaba su cuerpo manteniéndolo en vertical durante un buen rato. Yo le decía que se le iba a bajar la sangre a la cabeza y ella me respondía que no me preocupara porque el corazón la movía sin parar. Un día se acercó a unas grandes tiendas con toldos que instalaron junto al muelle y allí se quedó a vivir sin que yo pudiera disuadirla. Después, tras unas semanas, se despidió de mí pidiéndome que no la buscara y que algún día volvería. Creo que se enamoró de uno de los acróbatas y con él partió.

—Según me dices hace de eso un par de años. ¿Has pensado que podemos ser abuelos?

—Sí, a veces sueño con un pequeñín que corretea alrededor de mis piernas y no sé pararlo. Cuando me inclino para mirarle a la cara, termino despertándome.

El viajero miró a Penélope y le dijo que si algo había aprendido en todos aquellos años era ser fiel a uno mismo. A no renunciar a nuestros sueños porque al final de nuestra vida es lo que nos llevaremos. La tomó de la mano, la miró a los ojos y le propuso iniciar el viaje de sus vidas.

—Sí, quiero. Y aún más contigo. Busquémosla y dejemos que ella elija su camino.

6 Las ciudades semánticas

LAS CIUDADES Y EL NOMBRE

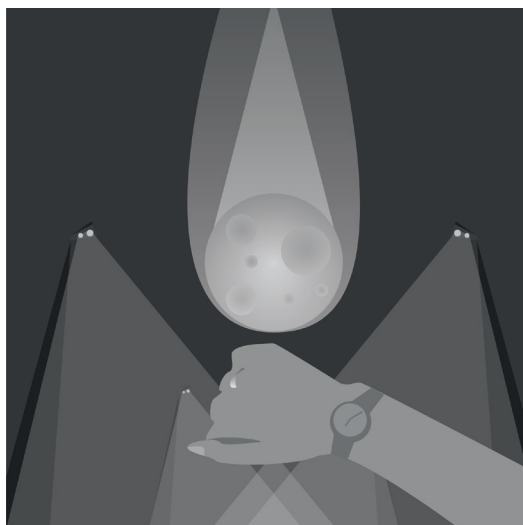
Enrique García López-Corchado

Cinco relatos breves inspirados y ambientados en las cinco ciudades semánticas

El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos.

Las ciudades invisibles

Italo Calvino



1. Aglaura

Cuentan que Aglaura era una de las cinco ciudades semánticas que resplandecieron en Oriente. La única que sobrevivió al cataclismo provocado por la Gran Guerra.

Fieles a la tradición oral —la literatura se había prohibido desde el advenimiento del Supremo Maestro—, mis padres solían recitarme la frase atribuida a Marco Polo, un mercader que recorrió civilizaciones antiguas allá por el siglo XIII: «La Aglaura de que se habla tiene mucho de lo que se necesita para existir, mientras que la ciudad que existe en su lugar existe menos».

Nunca comprendí demasiado bien ese enigmático juego de palabras, pero supongo que ahora cobrará pleno significado. Ahora que el planeta dejará de existir, en las Colonias Exteriores solo se recordará la otra Aglaura, la que irá desdibujando la memoria de quienes fueron evacuados en las naves estelares.

Ya lo vaticinaron los astrónomos cuando se restableció la paz global: las ojivas nucleares detonadas sobre la superficie lunar habían desviado la órbita del satélite, que acabaría colisionando con la Tierra a las 6 horas y 6 minutos del 6 de junio de 6.666.

Nada parecía casual. Según el Consejo de Ancianos, desde hacía milenios esa fecha estaba marcada en el calendario como el Fin de los Tiempos: el día en que el eco de millones de voces se perdería en el vacío sideral, cuando millones de almas se fundirían con los millones de megatones que liberaría la desintegración del planeta.

Admito que siento miedo. Llevamos años preparándonos para este momento, y aun así no logro evitar que un escalofrío me erice la piel cuando pienso que, en apenas unas horas, todo habrá desaparecido: las turbohélices y los mares, las montañas y los reactores de fusión, las flores, los insectos...

O tal vez no. ¿Quién puede asegurar que después no habitaremos la Aglaura de la que hablaba el viajero Marco Polo, esa ciudad que sin existir tenía mucho más que la Aglaura que hasta

ahora existe? ¿Quién puede afirmar que no tendrán peor suerte esos cuantos miles de humanos que abandonaron nuestro mundo buscando otros mundos quizás inexistentes, esos pioneros extrañados en el universo a bordo de inmensas aeronaves?

2. Leandra

Conocí a Marco Polo en mi almacén del bazar norte. Yo vendía especias (canela, cúrcuma, cardamomo) y él las compraba a cambio de seda, gemas y monedas de curso legal en Leandra, así que resultó sencillo hacer negocios. Luego fuimos a celebrarlo: mi ganancia había sido considerable, y además debía agasajar a mi huésped como correspondía a su rango.

Durante el almuerzo, Marco Polo estuvo describiéndome con detalle la corte de Kublai Kan: su trono de oro macizo, las fuentes de jade, los palacios de cedro, porcelana y cristal tallado. También me dijo que nunca antes había estado en Leandra y que jamás volvería a pisarla. Aborrecía esas molestas e inquietantes criaturillas que pululaban constantemente a nuestro alrededor. Tuve que explicarle que eran los dioses protectores de la ciudad. «Los Penates y los Lares. Te acostumbras a su presencia y a su infatigable parloteo».

Después charlamos sobre otros asuntos. La soledad lo abrumaba, decía, tantos años viajando por tierras extrañas en continentes lejanos, explorando nuevas rutas comerciales y firmando tratados para el emperador de los tártaros.

Comprendí a qué se refería y le sugerí cómo remediarlo. Pero Marco Polo salió muy disgustado del lupanar. «Esas condenadas criaturillas correteaban por la estancia, se enredaban entre las sábanas y se burlaban de mi desnudez», se quejó amargamente.

Quise resarcirlo del agravio en una taberna. Mientras bebíamos los mejores vinos de las mejores barricas, los Penates y los Lares merodeaban alrededor de nuestra mesa. Me costó convencerlos de que no incordiaran más al extranjero, y hasta yo mismo

estuve tentado de espantarlos a manotazos.

Cuando el alcohol nubló el juicio de Marco Polo, no hubo manera de refrenar su lengua. «El Gran Kan es un tipo insopor- table. Un déspota con aires eruditos y filantrópicos. Como si su pueblo le importara algo más que una boñiga de yak... —Cada poco, el mercader se inclinaba sobre la pipa de opio e inhalaba una intensa calada—. El trasero ya no le cabe en el trono, y suda como si lo estuvieran asando a fuego lento. Cualquiera día me largo con alguna de sus concubinas y no aparezo en Mongolia mientras ese majadero continúe exprimiendo a su pueblo».

Me negué a escuchar más. Aquellas comprometedoras confi- denciasapestaban a alta traición, y no quería verme involucrado en discordias ajenas. Me despedí de Marco Polo con un regusto desagradable, y cuando llegué a casa incluso me reconfortó el cu- chicheo de los Lares y los Penates, dioses traviesos que velarían por mi seguridad evitando que ese ingrato, conspirador y altivo comerciante abrigara la tentación de regresar a Leandra.

3. Pirra

Le comento a Italo que me gusta más la Pirra imaginada, la ciu- dad encajada entre las laderas del golfo, con sus torres de ven- tanas altas y sus calles verticales que desembocan en la plaza profunda del pozo. Porque la Pirra auténtica no tiene nada de particular: una ciudad costera, con calles largas y casas bajas. Sin torres ni pozos. Una ciudad vulgar con molinos, carpinterías y aserraderos, como cualquier ciudad sin torres ni pozos.

«Me han propuesto escribir algo sobre *Las ciudades invisibles*. Relato, ensayo, da igual... ¿Alguna sugerencia sobre cómo enfocar el asunto?». «Las ciudades son lugares de trueque —responde Ita- lo—; trueque de palabras y deseos, de memorias y signos».

Decido escribir sobre Pirra, la tercera ciudad semántica que solo existió en la imaginación de su creador. No la ciudad verda-

dera de calles rectas y horizontales, sino aquella cuyo nombre nadie recuerda, que crece desde la plaza cerrada donde nadie estuvo, en torno a un pozo construido sobre un pozo de agua salada.

«Yo fui el último que abandonó Pirra — escribo—, el único que resistió el embate de las olas cuando inundaron la plaza y la marea ya no retrocedió más.

El principio fue bastante fácil. En los corrales superiores aún quedaban aves, y los huertos colgantes estaban henchidos de frutos y verduras de temporada. La vida parecía sonreírme: aunque ya no podía bajar a la plaza —las bestias marinas acechaban y amenazaban con engullirme al menor descuido—, paseaba por los acantilados sin prisas ni preocupaciones, asomándome a las torres para respirar la brisa del océano.

Una tarde tropecé en una cornisa y me quedé suspendido al borde del precipicio. ¡Cuidado!, escuché a mis espaldas, pero cuando logré incorporarme no había nadie alrededor. Llamé y busqué inútilmente por las calles y en las casas. Tal vez solo había sido un espejismo, la rugiente resonancia del oleaje contra las fachadas inferiores de Pirra.

Los alimentos empezaron a escasear. Si yo había previsto reservas para varios meses, mis nuevos cálculos apenas alcanzaban para tres o cuatro semanas. Sin duda algún intruso espía mis movimientos, trastornando mis rutinas y mermando mi valiosa despensa.

Ahora soy yo quien se esconde tras las esquinas. Agazapado entre las sombras, siempre al abrigo de las tapias y los arbustos de los bulevares, sorprenderé a ese entrometido compañero. ¿Será hombre? ¿Mujer? ¿Vecino de Pirra o un simple forastero?

Me asomo a la torre más alta, desde aquí domino la ciudad hasta la plaza sumergida bajo el mar. ¡Cuidado!, escucho a mis espaldas, una voz de nadie que no empuja ni me deja suspendido al borde del precipicio, desde allá arriba en la torre más alta».

4. Clarisa

Viajé a Clarisa con Clarisa. Sentía mucha curiosidad por conocer la ciudad de su mismo nombre, y viceversa. Me refiero a que Clarisa, la ciudad, ejerce una poderosa fascinación sobre Clarisa y sobre cualquiera que también se llame como ella. Como si en ese lugar las Clarisas pudieran desentrañar sus orígenes comunes, su más íntima esencia colectiva. Es por eso que en Clarisa ya todas son Clarisas, porque quienes no lo eran se marcharon cansadas de que no se pronunciaran sus nombres y las confundieran con sus madres o sus hermanas.

Allí, en Clarisa, visitamos las ruinas de las viejas Clarisas, aquellas que después de su decadencia brotaron como crisálidas transformadas en mariposas: urnas funerarias, artesonados, capiteles, custodiados bajo mamparas de cristal y conservados en vitrinas sobre cojines de terciopelo.

Clarisa, nuestra guía, nos explicó que Clarisa había renacido en innumerables ocasiones, aunque no se sabía cuántas. Que esos vestigios atesorados en mamparas y vitrinas podrían tener miles de años, o quizá solo cientos. Que esa columna podría haber sostenido la cesta de un gallinero, o el forjado de una sinagoga en una Clarisa ya desaparecida.

Era perturbador comprobar en las maquetas de los museos las asombrosas reminiscencias que conectaban las Clarisas de unos y otros tiempos, como si la Clarisa actual, surgida tras siglos de derrumbes y epidemias, hubiera sido recompuesta con los restos de las Clarisas de antaño, pero colocados en un orden diferente. Como si la Clarisa que ahora disfrutábamos no fuera sino un revoltijo de las Clarisas que en el pasado la precedieron.

Los habitantes de Clarisa eran gente hospitalaria. En los comercios y restaurantes, las Clarisas se desvivían por complacer a los clientes. Entramos en un café y coincidimos con Clarisa y Clarisa, dos amigas que, como nosotros, habían viajado para

conocer la ciudad de su mismo nombre. Quedaron seducidas por la mimética belleza de sus parques y edificios, por la gentileza de las otras Clarisas que las acogieron con entusiasmo y familiaridad. Y ya no quisieron regresar a sus hogares, porque ahora su hogar era Clarisa.

Clarisa y Clarisa nos acompañaron de vuelta al hotel, presumiendo de los monumentos que habían resistido a la demolición de las remotas Clarisas, orgullosas ciudadanas de la Clarisa resucitada entre los escombros de las Clarisas devastadas por las plagas y por la incuria de sus primitivos gobernantes.

Clarisa no recogió su equipaje. Y las tres Clarisas insistieron en despedirme desde el andén, donde fueron menguando como Clarisa, la ciudad que florecía en todo su esplendor y se desvanecía lentamente en la distancia.

5. Irene

Abajo, en el valle, centellean las luces de Irene, y hasta aquí arriba el viento transporta el bullicio de la gran ciudad: cornetas militares o tambores de fiesta, fragor de metralla o estallido de petardos.

Como los caminos se pierden en el bosque, no es posible llegar a Irene desde la meseta. Nos enseñan que la quinta ciudad semántica de la Antigüedad es una para el que pasa sin entrar, y otra para el que está preso en ella y no sale; una a la que se llega la primera vez, otra la que se deja para no volver. Pero cuesta creer que sea cierto: todos en la meseta anhelamos desvelar esas paradojas, aunque no se conoce a nadie que lo haya conseguido. Ni siquiera Marco Polo, el viajero que utilizaba frases insondables para describirle al emperador de los tártaros el lugar donde nunca estuvo: «Irene es un nombre de ciudad a lo lejos, y si uno se acerca, cambia. Quizás de Irene he hablado ya bajo otros nombres; quizás no he hablado sino de Irene».

Hay quien jura haber alcanzado sus imponentes defensas y haber retrocedido después, intimidado por los guardias armados, las trincheras y las barricadas. Son pocos y no merecen mayor credibilidad, porque carecen de pruebas que corroboren sus testimonios. Pero hay quien emprendió el descenso al valle sin que hasta hoy se haya tenido noticia de su paradero. Esto es distinto: esa ausencia de información alimenta la esperanza de que, en esa fortaleza inexpugnable, acaso sea posible aspirar a una vida mejor.

Y no es que en la meseta vivamos con penuria o necesidades. Aquí arriba no falta de nada. Llevamos una existencia cómoda, pero terriblemente aburrida. Matamos el tiempo mirando abajo, imaginando el significado de los sonidos que arrastra el aire, de los colores que reflejan las nubes al alba o al atardecer. ¿Música de bombos y trompetas, o fuegos encendidos por una guerra civil?

Irene es, por tanto, anhelo de lo que ignoramos y esperanza de lo que soñamos aunque jamás comprenderemos: calles sinuosamente rectas, fuentes secas, edificios sin construir ni gente que los habite. Una ciudad abarrotada de vida y fantasmas, de certezas y conjeturas, de lo que su nombre evoca pero solo queda en el recuerdo.

Lo tengo bien organizado. Todos piensan que estoy chiflado: muchos lo intentaron y no sabemos si lo lograron. Yo confío en mi suerte, y son más mis deseos que mis miedos. Partiré temprano para rodear la meseta, porque los caminos se pierden al adentrarse en el bosque. Ahora contemplo Irene desde arriba, quizá mañana solo sea un nombre que cambie cuando baje al valle, una ciudad con otro nombre cuando esté dentro o cuando hable de ella, aunque no hable de Irene.

7 Las ciudades y la memoria

MI PADRE Y LA CIUDAD DE LA MEMORIA

José Manuel Higes

Cuando leí Isidora brotaron en mí dos conceptos: vejez y deseo. Pensé en una vejez consumida, apagada, rumiante, que contempla deslumbrada la juventud que ya no tiene y que nunca tuvo. Peor aún, me imaginé una vejez que ve cada día que otros cumplen los sueños tantos años ansiados, sueños que ya nunca podrán lograrse. Esa vejez apagada sólo se da si el deseo es muy grande, si el deseo inundó en la juventud la vida hasta convertir cada instante en pura obsesión. Porque ese deseo enajenador por el que, a veces, aplaudimos a los jóvenes es también un deseo envenenado, un deseo que habla de lo antiguo y que a mí me recordó a las viejas masculinidades obsesionadas con lo carnal, lo carnal desprovisto de sentimiento. Así tejí el cuento sobre Isidora, con el conflicto de dos generaciones que desean hasta la locura, incapaces de entenderse y que, por este motivo, avanzan de forma inexorable a la desgracia.

.....

La ciudad soñada lo contenía joven; a Isidora llega a avanzada edad. En la plaza está la pequeña pared de los viejos que miran pasar la juventud; el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos son ya recuerdos.

Las ciudades y la memoria 2

Las ciudades invisibles

Italo Calvino

Padre ha visto hoy, al fin, el burdel de las tres mil meretrices. Luego me ha escupido a la cara. Ha sido un escupitajo denso, pastoso, casi un puñetazo. Su saliva ha impactado en mi bigote gris y ha permanecido colgando en balanceo, como una de esas lombrices verdosas que devoran cadáveres. Apeataba (me refiero al escupitajo) a pescado, cerveza de trigo y a odio, ese odio que se guarda durante lustros, que se macera con devoción y se re-gurgita de pronto.

—Yo no tengo la culpa, padre —le he dicho mientras me limpiaba el moco verde con un pañuelo, el pañuelo de seda blanca que dejó madre a padre cuando murió, hace ya sesenta y dos años, el día de mi nacimiento—. Es por Isidora, esta ciudad es así.

—La culpa es toda tuya, vil serpiente, vástago chupasangre —me ha respondido padre. Restos de saliva aún le colgaban de los labios apergaminados—. Por tu culpa el burdel de las tres mil meretrices es sólo un recuerdo.

—Anímese, padre...

Pero padre ha caminado sobre las ruinas de lo que un día fue un burdel de muchachas de piel de nácar y pezones color frambuesa y se ha derrumbado:

—No tengo nada, sólo memoria.

—Pero me tiene a mí, padre, soy su hijo, padre, piense que si tuviera el burdel tal vez yo no estaría aquí ahora, a su lado —le he dicho.

Y padre ha roto a reír, a carcajada limpia, como si un beduino le hubiera contado un chiste siniestro. Luego, sin mirarme, ha alzado la vista a las grises nubes de la mañana y ha gritado:

—¿Habéis oído, oh cielos, lo que ha dicho mi hijo, el muy zángano? Este pedazo de excremento de camello se cree mejor que el aroma a azafrán de los sexos de mil vírgenes orientales, esta ponzoña que lleva mi sangre cree que puede igualar el sudor recorriendo la piel bajo sábanas de seda, o que su bigote y su pes-

te a mierda seca se pueden comparar con los gritos y la música de miles de cuerpos desnudos aullando a los dioses del estío. —Luego ha suspirado y ha cerrado los ojos—. Escuchadme, oh cielos, arrancaría la piel de cincuenta hijos como éste por una noche, sólo una noche, en el burdel de las tres mil meretrices.

Y, finalmente, padre ha roto a llorar como un niño pequeño.

Todo eso ha ocurrido hoy a las doce de la mañana, justo al mediodía. Unas horas antes, al amanecer, habíamos entrado en Isidora. Entonces padre estaba entusiasmado, jubiloso, aún guardaba esperanzas de cumplir sus sueños, llevaba más de setenta años fantaseando con el burdel de las tres mil meretrices, hablando de su leyenda y su magia. Por lo visto, una noche indescifrable, un árabe de cara quemada le había contado a padre que en Isidora existía el más grande de los burdeles de la tierra, un sitio donde las mujeres eran resbaladizas como torrentes descendiendo una ladera, dulces como la pulpa de los melocotones, calientes como el monzón de las selvas del sur, un burdel en el que aquellos que cruzaban sus puertas gritaban, oh paraíso, oh paraíso, un sitio donde los poetas componían versos con alfabeto de caricias y embestidas.

Aquella historia, contada por aquel árabe de voz quejumbrosa, ya encendió los sentidos de padre. Pero lo que en verdad le enloqueció fue la leyenda del jasir del burdel. Contaba la leyenda (que ahora sabemos que es cierta) que el cargo de jasir del burdel, es decir, de aquel que gobernaba a las meretrices y tenía derecho sobre sus besos y sus muslos, cambiaba cada ocho años y ochenta y ocho días, ya que cualquier extranjero que llegara a Isidora podía reclamar el puesto. Sólo era necesario superar una sabrosa prueba de placer y gozo: conseguir yacer durante tres mil noches con cada una de las tres mil meretrices, perturbando los vientos del crepúsculo y despertando a las aves nocturnas con los gritos de las muchachas. Aquel que lo consiguiera de forma infatigable

se convertiría en el nuevo jasir, gobernaría el burdel y tendría derecho vitalicio sobre las futuras meretrices que allí moraran. En definitiva, sería feliz hasta el fin de su vida terrenal.

Esa fue la historia que el árabe le narró a padre con una sonrisa maliciosa. Y, desde ese día funesto en que los oídos de padre fueron acariciados por la leyenda del jasir del burdel, sus sueños se poblaron de Isidora, de sus escalinatas de plata, de sus mosaicos obscenos y sus noches calientes como pan recién horneado. Oh, Isidora.

Pero aquel árabe de cara deforme no le contó a padre toda la verdad. Porque Isidora no es una dulce leyenda, Isidora es la maldición de los hombres.

Después de ver las ruinas del burdel hemos regresado a la posada. Padre caminaba arrastrando los pies, cabizbajo, como un personaje tonto de uno de esos poemas cómicos de los griegos. En las calles, nos hemos cruzado con varios grupos de muchachas, todas ellas con vestidos transparentes y escotes precipicio, todas con el rubor dispuesto a la lujuria, todas con un clavel rojo y uno blanco prendido de cada una de las orejas. En Isidora, tal y como lo imaginé y como padre me lo contó, si una muchacha con clavel rojo y con clavel blanco te mira a los ojos y suspira, es que te requiere para una noche de gozo, una noche interminable en la que tú serás el que gobierne sus sentidos, en Isidora, todas las muchachas portan con picardía un clavel rojo y un clavel blanco, en Isidora, todas las muchachas miran a los ojos y suspiran cuando pasa un joven extranjero. Pero hoy, en Isidora, cuando padre y yo retornábamos de los escombros del burdel, ninguna muchacha nos ha mirado, ninguna ha lanzado el más breve suspiro, ni tan siquiera han acelerado la respiración al vernos pasar. Somos extranjeros, sí, pero padre ya parece un esqueleto que se arrastra y, desde hace años, en mis manos se distinguen las venas, los pliegues quebradizos de la carne, las ronchas oscuras.

—¿A dónde vamos, hijo? —me ha preguntado padre cuando bajábamos una escalinata con incrustaciones de malaquita.

—Volvemos a la posada, padre, tiene usted que ver al galeno. A lo lejos se oía el cacareo hipnótico de una pelea de gallos.

Padre persiguió Isidora con todas las energías de un muchacho que ve en el gozo de la carne el único sentido de la existencia. Se hizo comerciante de trigo y cerveza negra y se dedicó a ahorrar para poder emprender un viaje interminable a una ciudad que estaba en los confines del mundo. Se decía que para llegar a Isidora había que cruzar seis desiertos, conquistar dos montañas donde el frío congelaba la esperanza y cruzar a nado un río lleno de cocodrilos hambrientos, sólo superando esas pruebas se podía alcanzar las tierras selváticas donde se ocultaba Isidora. Y para ello, había que ahorrar mucho, conseguir oro para camellos, joyas para porteadores y pieles para el frío y, sobre todo, espadas y lanzas tan afiladas que fueran capaces de perforar las escamas de las bestias primitivas. Isidora es un sueño, y los sueños son más gratos cuando se han conquistado con batallas.

Por eso padre trabajó durante cinco años sin descanso, durmiendo tan sólo cinco horas diarias, quemando su piel bajo el sol, y helando sus dedos con la escarcha del amanecer. Y lo estaba consiguiendo, ya había amasado un jugoso capital en piezas de oro, rubís y pieles de felinos. Tenía veinte años y guardaba en su interior las energías de una manada de ñus en estampida.

Todo iba bien hasta aquella noche, maldita noche, que el desierto le confundió. Durante el solsticio de verano, compartió campamento con una tribu de nómadas de las arenas a los que intentaba vender varios sacos de harina y odres de cerveza. Cuando anocheció y las hogueras crepitaban con historias y cuentos de espíritus, padre decidió narrar la leyenda de Isidora y sus sueños de ser el jasir del burdel de las tres mil meretrices. Entre risas varoniles y brindis bajo la luna creciente, uno de ellos le preguntó

por su experiencia con mujeres. Padre no contestó. El nómada añadió que si quería satisfacer a tres mil de ellas, durante tres mil noches, tendría que tener la obscenidad de los monos, la fiera de la pantera y la gracia de los cisnes. Y volvió a preguntarle por sus habilidades amoratorias. Padre se ruborizó de vergüenza. El resto de la noche transcurrió entre burlas contra la osadía de padre: “tres mil, quiere con tres mil y no conoce hembra”, canturreaban los nómadas a coro mientras brindaban y reían.

Padre guardó silencio.

Aquella noche, cuando todos dormían, padre se deslizó como un áspid en la jaima de la hija menor del jefe de aquella tribu y, en el silencio que confieren las estrellas de la madrugada, embistió su cuerpo menudo como lo haría una hiena moteada. La muchacha no opuso resistencia, ni gritó, ni mostró signos de dolor, solo temblaba con los movimientos y desviaba la vista hacia el cuero de la jaima. Padre siempre ha dicho que tal vez era porque pensaba que aquel extranjero la sacaría al fin de las arenas pegajosas del desierto. Oh, Isidora, todos albergamos sueños que nunca llegarán a cumplirse.

En la posada, el galeno ha insistido en que es normal lo que le sucede a padre, que es el mal de Isidora, que sólo tiene que ir a la tapia de los ancianos y dejar que las horas se deslicen ante su vista cansada. El galeno también es viejo, cochambroso, y tose cuando habla. No hemos conseguido hablar con ningún joven, todos nos rehúyen y fingen que no existimos, como si estuviéramos afectados por la enfermedad italiana de las ratas negras.

—¿Pero se curará? —le he preguntado al galeno—, ¿dejará de mascullar y agachar la cabeza?

—No, no se curará, pero al menos no te hará nada y sus días seguirán avanzando hasta su fin —ha dicho el galeno—. Algunos con el mal de Isidora atacan con furia a sus seres queridos.

Entonces le he explicado lo del escupitajo y que mi padre me

ha insultado y ha jurado que no le importaría arrancarme la piel. El galeno, debajo de sus arrugas y sus furúnculos, ha sonreído, una sonrisa honesta. Ha dicho:

—¿Sólo un escupitajo y varios insultos? Ha tenido suerte, señor. Conozco decapitaciones, castraciones y envenenamientos. Una vez, una extranjera octogenaria embadurnó a su esposo con crema de bellotas y lo arrojó a una piara de cerdos. —El galeno me ha puesto la mano en el hombro al decirme esto. Olía a orines—. Créame, si su padre sólo le escupe y le insulta eso es bueno.

—Al menos a mí no me ha afectado el mal de Isidora —he dicho.

—Oh, sí, usted también lo padece, todos los viejos de Isidora tienen el mal de Isidora.

—Pero a mí no me interesa el burdel de las tres mil meretrices, ni las muchachas de piel rosada, ni los hombres grandes como rocas, ni el tintineo del oro, ni los manjares de la carne y arroz.

—Eso no importa —ha añadido el galeno—. Usted también desea algo así que usted también está maldito, sólo que aún lo ignora. Escuche bien lo que le digo: antes del alba, enloquecerá.

Sus palabras me han resultado extrañas y he creído encontrar un error en su lógica, de pequeño era muy bueno con los acertijos de los mongoles y aún hoy, a mis sesenta y dos años, soy capaz de detectar una argumentación defectuosa.

—¿Y usted? Usted también es anciano —he dicho—. ¿No debería tener usted también el mal de Isidora y estar completamente loco?

El galeno no ha respondido a mi pregunta. Se me ha quedado mirando con esa sonrisa fría, del que conoce dónde se esconde un tesoro infinito pero no tiene fuerzas para desenterrarlo. Luego, con parsimonia, ha abierto los postigos de la ventana y se ha arrojado al vacío. Mi padre ha soltado una carcajada cuando el

cuerpo del galeno se estrellaba, cuatro pisos más abajo, contra las rocas afiladas del patio. Los gallos seguían cacareando.

Ni toda la cerveza del mundo pudo calmar al jefe de los nómadas ante la afrenta de padre. No porque aquella tribu creyera en el honor de las mujeres, pero sí creían en la responsabilidad de las acciones. Los nómadas de las arenas podían yacer con cuantas mujeres quisieran sin asumir carga ni compromiso, pero un embarazo suponía irremediablemente el matrimonio. Durante dos noches, sables y cimitarras acariciaron el cuello de padre, pues era extranjero y comerciante, e insistía que tenía que seguir su camino hacia el sur o se echaría a perder su mercancía. Además, los nómadas no sabían si le debían aplicar la ley de las dunas o simplemente decapitarle por la afrenta mostrada hacia la hija del jefe. Finalmente fue esa muchacha, débil y astudiza, a la que padre había deshonrado, la que rogó al jefe, su padre, por la vida del extranjero. Insistió tanto en que se le aplicara la ley de las dunas que los ancianos de la tribu aceptaron. Padre debía permanecer con ellos nueve lunas, si al cabo de ese tiempo, la hija del jefe estaba seca, liberarían a padre, pero si la niña alumbraba un hijo, padre tendría que aceptar su responsabilidad o sufrir la ira de los espíritus. Y ese fue el juramento que se selló con sangre una noche bajo el fuego del desierto. Un juramento con poder cósmico. Desgraciadamente para padre, nueve meses después la hija alumbraba, entre ríos de sangre y muerte, a un muchacho de tez clara como padre y pelo rizado como ella.

Yo era ese muchacho.

—Vamos, padre, vayamos a la tapia, allí se encontrará mejor —le he dicho.

Ya había oscurecido y padre apenas se movía. Sólo balbuceaba:

—Mi hijo, el buitre, mi hijo, la rata, mi hijo, la sanguijuela.

Le he cargado a hombros y hemos salido de la posada. Aunque padre apenas es un guiñapo, con el peso de sus huesos me han crujido las vértebras y he sentido latigazos a la altura de los riñones. Recuerdo cuando podía cabalgar una yegua durante una larga jornada sin descanso y luego bailar desnudo con las tribus de ébano del sur. Hoy, cuando he alzado el cuerpo de padre sobre los omoplatos he pensado que iba a descomponerme, como una de esas muñecas indias que se deshacen cuando se las golpea con un palito.

En la calle, nos hemos cruzado con una pareja desnuda que retozaba bajo un naranjo, luego con unos bardos jóvenes que entonaban canciones escandalosamente obscenas, y con varios viejos escuálidos y tristes que murmuraban incongruencias en lengua extraña. Sólo los viejos nos han mirado, sólo los viejos han alzado la vista, sólo los viejos sabían que estábamos allí, buscando la tapia gris de Isidora.

En algún lugar lejano, alguien bailaba una música de flautas y lujuria.

Al principio padre vivió mi nacimiento sólo como un pequeño revés en sus planes de llegar a Isidora. Pensó que podría aprovechar los años de mi crianza para descubrir los secretos amorios y así poder seducir con más presteza a las diosas del placer de Isidora. Pronto la realidad le reveló la dureza de criar a un hijo y ser, al mismo tiempo, un comerciante sin rumbo. No sólo careció de tiempo para dedicarse al placer, sino que su fortuna menguó lentamente, como erosionada por una brisa constante y avariciosa.

Mis llantos le perturbaban en las noches del camino. Tenía que pagar varios sacos de trigo a gordas niñeras cargadas de leche para amantarme. Y, además, muchos compradores, tal vez porque adivinaban, debajo del maquillaje egipcio de padre, la marca de fatigosas noches en vela, le estafaban a menudo, le liaban con las cuentas para comprarle barriles de cerveza a precios de saldo, o le robaban a escondidas los valiosos sacos de trigo.

Y padre se desesperaba, maldecía su suerte por tener que cuidar a una criatura que sólo cagaba, meaba y berreaba en los mercados. Supongo que pensó en arrojarme a alguna de las bestias del camino. Pero no podía, el juramento que había hecho con el jefe de los nómadas tenía poderes mágicos y, si se desprendía de mí en modo alguno, los espíritus del desierto tomarían forma, le buscarían, le atraparían y le convertirían por toda la eternidad en un diminuto y asqueroso escorpión.

Y así estuvo cinco años, zarandeándome con rabia cuando lloraba, maldiciendo mi cuerpo, mi existencia y aquella noche de luna creciente en la que su mente se había nublado y había copulado con madre. Yo crecía e Isidora se alejaba, cada año de mi vida, Isidora era más un algo brumoso e inalcanzable.

No fue hasta que cumplí ocho años, después de una de mis travesuras (me había emborrachado con cerveza de un barril y había olvidado cerrar el pitorro echando a perder toda la mercancía) que padre decidió cambiar de estrategia. Pensó que si me hablaba de la leyenda de Isidora, de su embrujo, de su lienzo en blanco para pintar los sueños de los extranjeros, entonces, lejos de tener una carga, padre tendría un aliado y, así los dos, algún día, cruzaríamos triunfadores las puertas de oro y cuarzo de Isidora.

Pero lo que padre no sabía era que sólo estaba compartiendo su maldición conmigo.

La tapia huele a excrementos, a perro mojado y a carne pocha. Hemos llegado a medianoche, justo cuando la luna creciente ilumina la zona este de Isidora. En su borde gris había sentados tres viejos, los tres encogidos y huesudos, los tres con babas en la barbilla, los tres con la mirada perdida en las callejuelas de Isidora, unas callejuelas que bullen de algarabía, donde los petardos de china retumban, donde las muchachas se levantan las faldas y los muchachos corretean, espían, apuestan en peleas imposibles

y siempre ganan. Sólo los viejos de la tapia no se mueven. Masti-
cando saliva como vacas viejas bajo un bochorno infinito.

—Siéntese aquí, padre, aquí dejará de murmurar —he dicho.

—Hijo hiena, hijo pulga, hijo liendre...

—Descanse, padre, mañana saldremos de Isidora.

Con un movimiento pesado y lento le he colocado sobre el
muro, justo en el borde. Creo que al hacerlo ha soltado una ven-
tosidad y ha intentado regurgitar algo, tal vez para escupirme de
nuevo. Pero no le quedaba saliva, lleva tanto tiempo mascullando
que la boca se le ha secado y los labios han terminado de agrie-
tarsele.

—¿Qué tal se siente, padre? ¿Está mejor? —le he preguntado.

—Un recuerdo, sólo un recuerdo...

—Anímese, podemos ir a otra ciudad, mañana recogeremos
todo y marcharemos, seguro que en otra ciudad hay otro burdel
en el que usted, tal vez...

Pero padre ha desviado la mirada hacia las calles de Isidora,
como si viera a través de mí, como si yo fuera tan transparente
como los vidrios de los artesanos de Venecia. En la calle de en-
frente, en lo alto de un balcón, tres adolescentes orientales baila-
ban desnudas con un hombre de pelo castaño y piel clara. Por un
momento me he acordado de padre de joven, cuando era capaz
de cazar ciervos con una lanza. Él también tenía el pelo del color
de la avena y la piel como el arroz hervido.

—Padre, yo...

Pero no he terminado la frase, porque padre me ha hecho un
gesto para que me apartara, ese gesto que sólo yo distingo debajo
de sus arrugas verdosas y la falta de dientes, detrás de su boca
negra y sus orejas peludas.

Sin decir nada me he marchado y he dejado a padre en la tapia.

Mi mente aún mastica las siniestras palabras del galeno: “an-
tes del alba, enloquecerás”.

Padre me habló de Isidora una noche que nos refugiamos en una cueva en el corazón de un bosque. Afuera las lluvias del monzón arrasaban robles y cerezos como si fueran niños caprichosos jugando con marionetas. Padre me habló del burdel, de las calles de embrujo de Isidora, de que Isidora le da al extranjero con energías aquello que pide multiplicado por cientos. El que quiere un amor encuentra trescientos amores, el que quiere una noche de fiesta, recibe dos lustros de desenfreno, y el que quiere gobernar a preciosas concubinas de sabor afrutado, tendrá cuerpos de miel y néctar el resto de sus días. Sólo había que tener en cuenta una cosa: había que darse prisa por llegar a Isidora, si se llegaba tarde a Isidora sus encantos podrían echarse a perder.

—¿Y tú qué deseas, hijo? —me preguntó padre esa noche. La lluvia era una marea, una sinfonía enloquecedora.

No le respondí.

—Desees lo que deseas, Isidora te lo dará.

Y entonces mi corazón de niño se llenó de esperanza. Allí estaba padre, el que me azotaba dos veces a la semana, el que me rugía, me regañaba y me llamaba su calamidad, su tortura, su lamento. Y lejos, en el fin del mundo, Isidora, el lugar que podía cambiarlo todo.

—¿De verdad, padre? ¿Habla usted en serio? ¿Todos mis sueños? —dije emocionado.

—Mira, hijo, vamos a hacer un juramento, desde ahora los dos lucharemos juntos para ir a Isidora y no descansaremos hasta que entremos de la mano bajo su arco de oro y sus torreones lapislázuli —dijo y añadió—: Y si no, que los espíritus de las dunas nos conviertan en insectos quebradizos.

Y entonces, igual que había hecho antes de mi nacimiento, padre rajó su mano izquierda con una daga, luego hirió mi mano e hicimos ese viejo y terrible sortilegio de las arenas mientras la lluvia, la ensordecedora lluvia, nos envolvía con su rugido.

Hace una hora que he llegado de nuevo a la posada y me he puesto a escribir estas notas sobre un pergamino que huele a toro. El pergamino estaba bajo el camastro de la posada. Algún viajero lo debió dejar olvidado. Entonces no me pareció una señal, ahora sé que sí, que todo ha sido una premonición funesta, un juego obtuso del destino para llegar a este momento. Mi deber es escribir estos garabatos para advertir a los viajeros de los encantamientos de tiniebla de Isidora.

Después de dejar a padre he deambulado sin rumbo por las callejuelas de mármol y piedra. A cada paso, se oían cánticos lejanos y risas, pero cuando intentaba acercarme a ellos sólo encontraba viejos de mirada difusa, o ruinas pobladas de ratas.

Entonces, cuando la luna ya empezaba a decaer, en el cielo se han dibujado esas resplandecientes flores de fuego chinas, esas que estallan e iluminan con colores la noche y luego retumban como los truenos de las más terribles tormentas. Parecían lo único bueno que podía darme Isidora, así que he intentado rastrear el sitio desde donde se lanzaban esas maravillas. Pensaba encontrar una fiesta o un baile donde pudieran acoger a un viejo que cargaba con su pasado a modo de sacrificio.

Después de media hora, he llegado de nuevo a las ruinas del burdel, siempre el burdel de las tres mil meretrices. Junto a los restos del arco de herradura, entre piedras y mosquitos, una vieja semidesnuda sostenía uno de esas flores de fuego decorada con motivos obscenos. Acercaba un candil para prender la mecha. Al inclinarse se le abría una bata roñosa y se entreveían dos senos agrietados que recordaban a un páramo en tiempos de sequía.

—¿Trabajaba usted en el burdel? —le he preguntado.

La vieja me ha mirado de reojo y, por un instante, ha apartado la mecha del candil sin prenderla. Luego ha ladeado la cabeza con asco, como si trabajar en aquel sitio fuera algo repugnante.

—Soy extranjero, he llegado hoy a Isidora —le he dicho.

Entonces, al fin, la vieja me ha mirado de arriba abajo, estudian-

do mis arrugas y mis canas ya tan blancas como el interior de un cactus.

—Me recuerdas al hijo de un antiguo jasir que nos gobernó —ha dicho—. Uno que vino hace varias décadas, por lo visto era nieto de los moradores del desierto. Tenía tus mismos ojos y tus mismas expresiones, solo que en joven.

—No era yo.

—Claro que no eras tú y eras tú, maldito viejo extranjero, nunca somos nosotros, es lo que pasa en Isidora —luego me ha mirado con sus ojos azules ya deteriorados y cubiertos de legañas, ha añadido—: ¿Supongo que sabes que aquel extranjero fue muy feliz?

Ante esa pregunta, casi susurrada, he asentido sin decir más, observando como trajinaba de nuevo con el cilindro de la flor de fuego, como lo acariciaba y colocaba en posición vertical preparándolo para convertirlo en pájaro centelleante. Justo antes de prender la mecha, la vieja se ha retirado la bata mugrienta y ha dejado su cuerpo desnudo totalmente al descubierto. Me recordaba a una de esas momias que me enseñó un comerciante turco que traficaba con objetos malditos.

—Compré estas flores de fuego para cuando fuera feliz en Isidora —ha dicho la vieja—, porque me creí capaz de descubrir sus misterios, pero sus misterios son pesadillas y laberintos. — La mecha se ha prendido con un chisporroteo y la flor de fuego ha despertado de su letargo.

Unos segundos más tarde, en el cielo de Isidora se dibujaba una espiral violácea, como un torbellino dispuesto a devorarlo todo.

Estuve siempre al lado de padre, haciendo sacrificios y padeciendo penurias para acercarnos más y más a Isidora. Aprendí a calibrar el fiel de la balanza de trigo, a saber qué cerveza estaba agria y cuál era la que más enturbiaba los sentidos, a contar las pepitas de oro y guardarlas en una bolsa dentro del jubón, cer-

ca de las partes viriles. Abandoné a amantes nubias de cuerpos felinos, dejé de leer poesía y teatro, lo cual amaba, y me aparté de mi inclinación natural por lo arcano, ignoré a hechiceros que se ofrecieron como mentores, y a bardos de torsos dorados que intentaron hacerme comprender el sutil arte de gobernar la voluntad de los hombres acariciando tan sólo tres cuerdas del arpa. Isidora, Isidora, sólo Isidora, arribar a su muralla con padre a mi lado, dispuestos a alcanzar nuestros sueños. Sólo Isidora.

Durante décadas viajamos sin cesar, recorrimos continentes y cordilleras, y comerciamos con reyes y navegantes lejanos. Nos mordieron lobos blancos y cazamos serpientes del tamaño de una barca. Nuestros cuerpos se fueron llenando de cicatrices y nuestras manos se volvieron lentas y achacosas. Pero por mucha fortuna que hacíamos nunca era suficiente para llegar a Isidora. Uno de nosotros tal vez podría haber viajado a Isidora, pero dos requería más oro que el que podía reunir un emperador de veinte reinos. Padre volvió a maldecir el juramento que había hecho conmigo en la cueva, aquella noche, ese juramente que ligaba nuestros destinos con el de Isidora y que, al igual que el anterior, tenía algo de conjuro inquebrantable.

Empezó a golpearme con más saña que antes, muchas veces sin motivo, usando un látigo de cinco puntas que había fabricado de esparto. Me regañaba delante de mercaderes y siempre se mostraba hosco, huraño, como si estuviera dispuesto a degollarme.

En la cena, siempre decía lo mismo, de sus labios sólo brotaba la fantasía de Isidora y cómo gozaría con las tres mil meretrices a las que transformaría con su furia de amantes en yeguas desbocadas, gacelas suaves o panteras mimosas.

Y así fuimos encorvándonos, arrastrándonos por mercados malolientes, siempre apestando a cerveza, siempre embadurnados con la blanca harina que cada vez se vendía peor. Nuestros dientes se volvieron negros y se fueron cayendo y nuestro pelo perdió el color y su textura recordaba a las malas hierbas que todo lo corrompen.

• • • • •

Pasaron años, lustros y décadas, hasta que un día, sin saber muy bien cómo, nos encontramos adentrándonos en el corazón de un laberinto minoico que para nuestra sorpresa, en su corazón de piedra ocultaba un gran tesoro. Allí, una noche de verano, hallamos una pila de cientos de esqueletos antiguos, todos con armaduras de plata, hachas de oro y flechas de punta de diamante, todos con la mandíbula abierta y el cráneo partido. Parecía que hubieran ido a matar a un dios y éste les hubiera despedazado. No importaba. En cuanto vimos las joyas y el oro bailamos y nos abrazamos, por fin teníamos la fortuna para ir a Isidora, éramos viejos, estábamos cansados, pero parecía que el destino nos sonreía al fin.

Pero el destino es un sapo enorme y nosotros somos las moscas que engulle y digiere.

El tesoro lo encontramos hace siete años y ayer, justo ayer, vimos por fin los muros de Isidora. Sí fue ayer, aún ahora me parece como si hubieran transcurrido centurias. Después de hablar con la vieja del burdel he regresado a la posada y he comenzado a escribir. Por el camino me he cruzado con dos hombres, uno de unos treinta años y un muchacho de dieciséis, que brindaban junto a un patio de baldosas fosforescentes. Brindaban, se reían y luego se abrazaban. Creo que el muchacho ha llamado padre al mayor y el mayor ha llamado hijo mío al muchacho. El muchacho tenía la piel blanca como un comerciante de cerveza y el pelo rizado como el hijo de los nómadas de las arenas.

Un temblor extraño me ha recorrido todo el cuerpo, peor que las fiebres tifoideas que padecí cuando navegábamos por el Egeo, peor que las torturas con agujas de los bandidos asirios, peor que los latigazos que padre me daba al amanecer... Así, he llegado sudando a la posada, aún con el cuerpo descompuesto y he empezado a escribir estas notas. Necesitaba contar la historia de padre, necesitaba contar mi historia, nuestra historia que es la historia de todos los que viajan a Isidora.

La vela se está consumiendo y apenas me queda tinta fresca. Pronto amanecerá y con ello empezará un nuevo día en este mundo de comedia.

Oh viajero, presta atención aún estás a tiempo, escapa tú que puedes del embrujo ponzoñoso de sueños de Isidora.

Yo, al que no le importaban los placeres del cuerpo, ni las caricias de las muchachas, ni los manjares de cocineros de palacios, ni aprender el misterio de las artes, el poder la matemática, el brillo sencillo de la sabiduría, yo, que pensé que no deseaba nada y que por eso Isidora no podría derrotarme, yo he sido víctima de su magia tenebrosa y su tragedia. Isidora, Isidora. Antes del alba, enloquecerás. Antes del alba, enloquecerás. Isidora, Isidora, porque yo estuve aquí, un recuerdo mío, caminé por las calles de esta ciudad de la mano de padre, justo cuando le nombraban jasir, justo cuando tres mil meretrices desnudas coreaban su nombre bajo la luna caliente, y luego, padre y yo, brindamos tres mil noches, y esas noches, en todas ellas, la mano de padre, ya jasir del burdel de las tres mil meretrices, se entrelazaba con la mía, y una de ellas, al menos una, logré que padre me dijera, ebrio por la lujuria y la dicha, una palabra amable, tan sólo una palabra amable.

Pero eso es solo un recuerdo. Ahora no tengo nada, nada. Isidora, me tuvo a mí en su juventud, pero yo llegué a Isidora cuando era un viejo de sesenta y ocho años. Antes del alba, enloquecerás. Ya brillan los primeros rayos del amanecer, ya se oyen ruiseñores y la escarcha se deshíela, Isidora ¿eres tú la ciudad de mis sueños? No tengo nada, no tengo nada, ¿por qué me hiciste venir aquí? ¿por qué perdí sesenta años arrastrándome por cenagales, comiendo pan mohoso, arrojando libros al fuego para avivar hogueras y no morir congelado en el camino? ¿Por qué, Isidora? ¿Por qué? Antes del alba enloquecerás, Isidora, Isidora, yo no quería venir, yo no debería saber nada de ti, ciudad de escalinatas y esculturas de rubí, Isidora, ¿por qué vine? ¿por qué estoy aquí...? ¿Quién me trajo...?

¿Quién me trajo...?

Ah vil serpiente, progenitor chupasangres, mal padre, piojo padre, gusano padre, baboso lagarto padre...si le tuviera aquí delante, si le tuviera aquí delante...le arrancaría la piel hasta que me pidiera perdón, y luego nos iríamos, lejos de esta ciudad maldita. Padre rata, padre hiena, padre culebra de la montaña. Pero eso no es posible, Isidora es la maravilla de las maravillas cuando se sueña, pero se llega viejo a esta trampa para ratones, porque nadie, nadie escapa nunca de Isidora, ni de sus sueños de oro, ni de su recuerdo de gusanos.

8 Las ciudades y los intercambios

EL SUEÑO QUE SE VOLVIÓ SUSTANTIVO

Rafael Cruz-Contarini

Este relato está inspirado en los capítulos dedicados por Italo Calvino a las ciudades y los intercambios. Existe en estos espacios un deseo de interconexión entre la realidad y los sueños que convierte al hombre (personaje del relato) en una dualidad y al mismo tiempo en una incertidumbre. La conexión entre realidad y fantasía se vuelve extraña y deriva en la concreción de una nueva realidad que puede resultar paralela y líquida.

Si hombres y mujeres empezaran a vivir sus efímeros sueños, cada fantasma se convertiría en una persona con quien comenzar una historia de persecuciones, de simulaciones, de malentendidos, de choques, de opresiones y el carrusel de las fantasías se detendría.

Las ciudades y los intercambios 2
Las ciudades invisibles
Italo Calvino

Los sueños que el hombre tenía últimamente eran recurrentes. Al principio pensó que debía ser porque pasaba por una fase de estrés en su trabajo y porque en su vida cotidiana había entrado en la monotonía o en esos días grises de los que queremos salir para encontrar la emoción y lo extraordinario. Una jornada cualquiera para él se podía resumir en nueve palabras: desayuno – escribir – bloqueo – escribir – almuerzo – siesta - nadar – leer – dormir. Deseaba romper esa cadena con palabras como viajar, amar, tocar, aprender, y cosas que le hicieran sentir emociones y estados anímicos como la alegría, la risa, el vértigo a lo desconocido, etc. Para ello entró en un buscador de Internet y tecleó: «quiero que mi vida sea emocionante». Las primeras entradas de su búsqueda fueron compañías de vuelos y viajes, así como algunos títulos de libros de autoayuda. Ya que se puso en acción siguió hacia adelante y entró en la plataforma de una compañía de ferrocarril donde debía escribir el origen y el destino de su viaje. Marcó el nombre de su ciudad y después buscó en un mapa un lugar que le resultara exótico y poco común de un país alejado y desconocido para él. Miró al este y se decidió por uno por el que pasara una línea de ferrocarril: “YAMXA”. Le gustó el nombre y pensó que cuanto más desconocido fuera todo, más emocionante sería su aventura. Miró el calendario y señaló una fecha de primavera que él se tomaría de relax y asueto ya que él era su propio jefe, vivía solo y no tenía que pedir permiso a nadie. Los sueños se repetían y decidió anotar en una pequeña libreta todo lo que recordaba de lo que había soñado. Como siempre eran las mismas visiones, podía capturar nuevos detalles cada noche. Y así cada vez pudo enlazarlas hasta hilar un relato más o menos coherente. Aunque los sueños no lo sean, él quiso encontrarle un sentido y un argumento que uniera todas aquellas imágenes como quien junta las piezas de un puzle. Pensó que de esa forma podría analizarlas y encontrarles cierto sentido que conectara el subconsciente al consciente y poder así ver qué zona de la realidad se podía rela-

.....

cionar o vincular con aquellos lugares o situaciones que revisitaban sus sueños. El relato que llegó a construir venía a ser el de alguien que va en una aeronave (podría ser un avión, o helicóptero o aparato volador cualquiera) y que penetra tras unas turbulencias en una especie de agujero oscuro donde todo se funde a negro y se apaga, para pasar de nuevo, y sin conexión aparente, al intrincado laberinto de una ciudad reconocida por él como el lugar donde creció con su familia: unas veces jugando al escondite con sus amigos alrededor de la manzana donde estaba su casa, otras cumpliendo los mandados que su padre le pedía como los de ir al banco a pagar unas letras, o a la oficina de correos a echar unas cartas o enviar un paquete, o en el patio del colegio jugando al tres en raya con sus compañeros de clase. A lo largo de ese sueño siempre ocurría el mismo suceso: él extendía el brazo y a lo largo de sus venas transitaban pequeños coches y tranvías en ambas direcciones. Después, con la otra mano arrastraba del brazo todo atisbo de miniaturas limpiando la piel y escuchando una voz que le hacía una revelación por la que encontraba el sentido a todo y, casi a punto de despertar, sentirse gozoso por saber el secreto que le daría plenitud a su vida. Ese era, más o menos, el sueño que cada noche se manifestaba. Cuando despertaba, quería saber más y poder vivir aquellas sensaciones o al menos encontrarles un sentido con plena consciencia. Y tal vez eso, junto con el deseo de romper la monotonía, fue lo que le llevó a lanzarse a la aventura de aquel viaje en tren.

El día antes de partir preparó su equipaje con mucho cuidado de no olvidar lo esencial: los medicamentos para la alergia, el pasaporte, el móvil con las reservas del hotel, los pasajes y demás documentos, así como lo imprescindible para permanecer en una latitud más fría de la que se encontraba. Además, añadió algunos objetos que parecían prescindibles como una brújula, una linterna, una pequeña almohada viscoelástica y un pequeño atril. Todo en una maleta mediana que pudiera manejar con comodidad.

El viaje hasta su destino resultaría medianamente liviano porque el trayecto de noche se hacía en compartimentos con litera. De esta forma, la mitad del viaje se hacía por la noche y la otra mitad, desde el amanecer hasta el mediodía. Tras despertar, se trasladó hasta el vagón restaurante donde una azafata lo acomodó en una mesa frente a una joven que ya desayunaba. Pidió un café y un croissant mientras se tomaba su pastilla para la alergia. Se presentó a la joven que lo acompañaba dándose cuenta de que no hablaba su mismo idioma. Parecía rusa o de un país de la antigua URSS, así que lo intentó con el inglés, pero sin fortuna. Sin poder comunicarse verbalmente ambos hicieron un gesto de resignación. Observó que ella llevaba unos pendientes y una gargantilla a juego idénticos al que una vez regaló a su primera novia por el primer aniversario. En ese momento se dio cuenta de que se encontraba en el mismo día de aquel aniversario, algo que lo dejó pensativo y sorprendido por la casualidad. Quiso comentarle esa coincidencia a su acompañante, pero no supo cómo hacerlo. ¿Tal vez con un jeroglífico?, pensó, aunque desechó la idea. Solo se fijó en los ojos de ella que le resultaban sumamente atrayentes mientras la joven le devolvía una sonrisa. La situación se volvió un tanto incómoda hasta que ella se levantó mientras hacía un gesto de despedida con la mano. Aquello lo tranquilizó porque así pudo revisar su correo y echar un vistazo a las noticias del día. Antes de llegar a su destino y después del desayuno, se oyó una locución por los altavoces: «Comunicamos a los señores viajeros que el tren hará una parada de diez minutos en la próxima estación de Axmay». El hombre pensó que estaría bien estirar las piernas y respirar el aire frío del lugar. Al bajar del vagón recorrió el andén un par de veces y antes de volver a subir se dirigió hacia un gran vestíbulo para comprar chicles y algunos frutos secos. Al pasar por una tienda en la que vendían artículos de regalo se dio cuenta de que en el expositor aparecía el conjunto idéntico, aunque de otro color, de pendientes y gargantilla que llevaba la joven

junto a un cartel que decía *Se habla inglés, francés y alemán*. Dos coincidencias en el mismo día, pensó. Aquello le resultó extraño, pero emocionante a la vez. Tuvo curiosidad por saber el precio de aquel conjunto y aun sabiendo el poco tiempo que tenía entró a preguntar. En el mostrador le indicaron que debía bajar al sótano que era el lugar donde se encontraba la sección de joyería. Bajó por unas escaleras mecánicas y al acceder a la planta tuvo que rodear el habitáculo ya que el suelo estaba mojado y con carteles amarillos de precaución. Aun así, el hombre apuró al máximo y, viendo que no había otros clientes, pudo satisfacer su curiosidad porque en una de las estanterías acristaladas se mostraban las joyas con el precio. Se asombró del alto valor que habían adquirido y recordó que eran circonitas engarzadas en oro. Tuvo el impulso de comprarlas, pero ya no tenía tiempo. Escuchó el último aviso de salida del tren y en una galopada se dirigió a las escaleras con la mala fortuna de que una cadena con un cartel de *Fuera de servicio* y una flecha la atravesaba. Una limpiadora subida a un carrito aspirador le indicó que debía ir por las escaleras de emergencia que se encontraban al otro lado de la planta. Corrió todo lo que pudo y resbaló a la tercera zancada. Inmediatamente, se levantó ante el aspaviento de una de las dependientas hasta lograr subir al andén donde en el último resuello veía cómo el tren partía sin él. Pensó en la maleta, pero después revisó que todo lo importante como documentos, móvil, llaves, etc. lo llevaba en su mochila. La ropa y el neceser los podía comprar en cualquier sitio si le hicieran falta. Se dirigió a la oficina de Atención al Cliente para declarar lo ocurrido, reclamar la maleta y comprar un nuevo billete para el tren que pasaría al siguiente día. *Visite Axmay y adéntrese en la aventura*. Así se anunciaba en los carteles expositores electrónicos del gran vestíbulo. En ese momento pensó que tal vez fuera una buena idea quedarse en aquella ciudad. Al fin y al cabo, no dejaba de ser otro destino igual o mejor que el que había perdido. Canceló la reserva y buscó alojamiento



desde su móvil en aquel lugar. Después se dirigió a uno de los mostradores que alquilaban coches y se hizo con una berlina para los seis días que pensaba permanecer en el nuevo destino. La joven del rentacar le avisó de que antes de partir debía dirigirse con el coche al túnel de lavado que estaba a la salida del depósito diciéndole que era un servicio gratuito ya que el anterior cliente lo trajo muy sucio. Recogió las llaves y sin bajarse del auto permaneció dentro del lavadero. Durante el primer pase del arco rociando espuma, los cristales quedaron cubiertos impidiendo la visibilidad desde el interior del vehículo. Tras ese momento, el hombre sintió cómo el coche se desplazaba de arriba a abajo de forma violenta y temblorosa. Le pareció estar dentro de una lavadora o turbina o en medio de un terremoto. Aunque la sensación más parecida fue a la que sintió dentro de la aeronave de su sueño. Pero ahora él no estaba soñando. Después de unos angustiosos segundos el temblor cesó y el arco esparciendo agua clara arrastró toda la espuma. Accionando los limpiaparabrisas pudo comprobar que todo permanecía en orden, aunque aún con el susto en el cuerpo. Al salir del túnel se encontró con una amplia y larga avenida flanqueada por enormes farolas a ambos lados de la calzada y con un cartel de bienvenida a aquella ciudad. Le llamó la atención un pequeño rótulo bajo el cartel que decía: *Aquí se encontrará como en sus sueños*. Paró el coche para abrir la aplicación del mapa e introducir la dirección del hotel. Cuando leyó el nombre de la calle, un escalofrío recorrió su cuerpo como si una descarga eléctrica cayera sobre él: *Calle de las lanzaderas número 25*. Se trataba del mismo nombre de la calle donde nació y creció con su familia. Por un momento pensó si se encontraba en un sueño. Apretó los puños y estiró los párpados para verificar que estaba en el mundo real. El navegador del coche lo condujo hacia el hotel y hubiera jurado que el camino trazado ya lo conocía porque se hallaba en las mismas calles que tantos años recorrió siendo un niño. En ese momento necesitaba darse un buen

baño y dormir hasta el día siguiente. Tras registrarse en el hotel y antes de subir a la habitación, se sentó en uno de los butacones del hall y recorrió mentalmente los momentos desde que salió de casa y sonrió porque al menos había roto la monotonía que lo acuciaba en menos de 24 horas. Aquella noche volvió a soñar el mismo sueño, pero intensificado. Pudo ver claramente cómo eran las figuras que recorrían el brazo y cómo tenía conciencia de que se encontraba en un lugar al que estaba invitado. Parecido al que invitan a una fiesta y se dedica a mirar detenida y obsesivamente todo lo que pasa a su lado. Quería fijarse y retener lo que veía para después escribirlo con todos los detalles posibles. De esa forma miró y vio el desconchón que había en la esquina del letrero azul con la palabra *CORREOS*, o la insignia que llevaban las camisetas de los niños que jugaban con él en el patio del colegio, o el color del mármol del mostrador del banco donde pagaba las letras de su padre. E incluso pudo percibir el olor a papel y tinta que desprendía aquel gran recinto donde la gente hacía fila para sacar o ingresar dinero en efectivo.

Al despertar en un nuevo día, el hombre anotó en su pequeña libreta todo lo que recordaba. Se vistió y antes de desayunar quiso salir a la calle y comprobar una certeza: aquello era su ciudad natal, pero sin serlo al mismo tiempo. Los trazados, las circunvalaciones, el lugar y el tamaño de las plazas y calles parecían idénticos. El letrero de correos no era azul sino negro; el banco estaba situado al otro lado de la acera; el patio del colegio no era cuadrado sino rectangular, aunque con las mismas porterías que el del pasado. Y así ocurría con todo: la farmacia, el ayuntamiento, la iglesia, el castillo, el museo, etc. Si bien el mobiliario urbano tenía un aspecto actual, se encontró con una cabina telefónica en el lugar donde un día llamó al instituto para hacerse pasar por su padre y decir que había caído enfermo. De regreso al hotel entró en una tienda bazar y compró una linterna y una brújula porque las suyas se quedaron en la maleta y eran dos objetos que

le daban seguridad por si en alguna ocasión se perdía en la oscuridad. Después se encontró con un local en el que hacían tatuajes (en el mismo sitio donde en la ciudad del pasado se ubicaba una pajarería). Entró y pidió que le tatuaran en la zona interna del antebrazo una autopista donde se vieran circular coches y ambulancias. Pasó a un pequeño habitáculo ambientado con una luz violeta y en un pequeño taburete se hallaba sentada una chica joven con bata blanca. El hombre se sentó junto a ella y desnudando el brazo le hizo la petición. La chica se quedó asombrada, pero asegurando que en aquel laboratorio (así llamó a aquella antigua pajarería) todas las peticiones sobre dibujos se satisfacían. Pasó entonces un algodón impregnado con alcohol por la piel y con una especie de punzón impregnado en tinta iba dibujando con maestría una autopista que ahora sería permanente y no se podría borrar y desechar. Le preguntó a la tatuadora por los negocios o establecimientos que habían ocupado en la antigüedad aquel “laboratorio”. Ella no supo responder, aunque le sugirió que se lo preguntara a la compañera que lo atendió en la entrada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todas las láminas que adornaban la habitación eran fotografías y dibujos de diferentes variedades de plumas. El hombre salió contento contemplando el resultado de aquel dibujo y se acordó del viejo Luis, el dueño de aquella pajarería donde su padre le compró un par de periquitos siendo un niño.

Después tuvo curiosidad por ver lo que había en el lugar de su antigua casa de la calle Lanzadera. Cuando se vio delante del número 25 se dio cuenta de que no era ese el sitio, sino el de la tienda donde iba a por el pan todos los días. Su casa aparecía enfrente, en el número 27. Allí estaba, con sus tres plantas y las balconadas mudéjares donde toda la familia se daba cita para ver las procesiones o la cabalgata de Reyes. Y donde se asomaba para ver pasar a la gente y sobre todo a observar si la chica que le gustaba del instituto entraba en la tienda y él correr hacia abajo para

parecer que coincidían. Se atrevió a llamar al portero automático de la puerta y una voz femenina respondió en francés: *Dis-moi? Qu'est-ce que vous voulez?*. El hombre tuvo que engrasar aquel idioma que aprendió en el instituto, aunque antes lo intentó: *tu parles espagnol?* La mujer abrió la puerta y dijo: *suba usted*. Subió y allí estaba ella: Louise, la profesora de francés del instituto de la que llegó a enamorarse con quince años. Con el mismo aspecto, la misma melena y el mismo acento que aquella antigua profesora, el hombre tuvo que respirar profundamente varias veces antes de seguir hablando. *¿Te llamas Louise? Oui, ¿por qué? ¿qué quiere?* Sin dar más explicaciones, solo le explicó que esa fue la casa familiar de su infancia y que se atrevió a llamar para poder asomarse al balcón y ver el cuarto donde jugaba con sus hermanos. Louise sonrió porque aquello le pareció tierno y hermoso. Lo invitó a pasar y a que recorriera la vivienda. En la vitrina del salón pudo contemplar de nuevo el juego de pendientes y gargantilla que le regaló a su primera novia y que después le vio a la chica del tren. La mujer le preguntó por su estancia en aquella ciudad y él le dijo que estaba de paso visitando antiguos lugares. En la conversación, ella le explicó que era la profe de francés del instituto, que vivía sola y que la casa era de alquiler. En una de las habitaciones aparecía un rótulo con el nombre de *AXMAY*. Y en frente, en el gran espejo que la abuela tenía en su habitación, se reflejaba un nuevo nombre: *YAMXA*. El hombre vio escrito su primer destino, aquel que decidió dejar por el del presente y empezó a comprenderlo todo. Aquella cadena de palabras se había roto. Nuevos eslabones aparecieron para contarlos y, sobre todo, vivirlos.

9 Las ciudades y los muertos

EL VIAJE. LOS DESAGUADEROS

María José Ventaja

En este relato, basado en las cinco ciudades de la serie Las ciudades y los muertos, el personaje examina lo que se esconde; aquello que nos avergüenza como constructores sociales y que encubrimos bajo tierra. Si el cementerio, el hábitat de los muertos, es un espacio simbólico, algo similar ocurre con las canalizaciones subterráneas de las ciudades, que se tornan alegorías, pues transportan tanto el agua limpia como los desechos. La ciudad, si bien supone una dimensión material y tangible, es también un espacio de subjetividades, de sentimientos entrelazados mediante las acciones de los hombres y, todo ello pervive en la ciudad y en ella se manifiesta.

Contaba (...) historias que, de verdaderas, al contarlas se volvían inventadas, y de inventadas, verdaderas.

El barón rampante (1957)

Italo Calvino

Meses antes del día de mi jubilación quise hablar con el director general de la compañía. Con el discurso en mente y vestido con mi mejor traje, subí al penúltimo piso donde estaba el *pool* de secretarías. Ocupaba toda la extensión de la planta. Un rectángulo en el que los fluorescentes, colgados del techo como columpios, derramaban su blancor por las paredes pintadas de blanco estuco pulido hasta el suelo de mármol también blanco. Era cegador. Solo una pared de cristal traslúcido daba a la calle y dejaba divisar un cielo todo azul pálido, como si fuera la postal de bienvenida para un recién nacido. Caminar por el espacio diáfano, sin tabiques y sin cuadros o paneles indicativos, me sugirió una enorme página vacía sobre la que yo escribía algunas líneas con pasos dubitativos.

—¡Ni está ni se le espera! —dijo su secretaria cuando me acerqué.

—Bueno, habrá algún modo de comunicarse con él—. Sugerí la posibilidad.

La secretaria, una mujer cuyo rostro era tan normal que no recuerdo si era rubia o morena, si delgada o gruesa, tecleó algo en el ordenador de última generación, novísimo y níveo. Noté cómo el resto de las secretarías, todas vestidas de blanco algodón y sentadas a unas enormes mesas blancas, se miraban unas a otras, cómplices y curiosas, mientras yo esperaba. Esperé de pie, con la mirada inmóvil en el cielo vertical y azul frente a mí, oyendo el ágil movimiento de los dedos de la secretaria sobre las teclas. No sé qué me hizo creer que obtendría una respuesta. Tal vez la intuición devenida de una costumbre heredada del inconsciente, pues era la primera vez que yo visitaba aquella sala, la primera vez que solicitaba audiencia con el director y la primera vez que tenía necesidad de hablar sobre mi trabajo. Objetivamente, ni yo había preguntado ni ella había respondido, directamente.

Yo trabajaba en el subsuelo. Proyectaba redes de alcantarillado para las poblaciones, e inspeccionaba la idoneidad de las

cloacas más antiguas. Muchas ordené cerrar y muchas otras desviar para favorecer los avances de la ciudad. El mío era un trabajo mantenido en el tiempo: individuos diferentes intervienen en distintas épocas con materiales diversos y técnicas de construcción constantemente renovadas.

Hacia un tiempo que se me había requerido en una ciudad antigua edificada por lugares indispensables, tiempos y acontecimientos, construida de la misma manera que se construye un relato. Los primeros pasos por la ciudad configuraron una red de narraciones que, a medida que avanzaba, desarrollaba un argumento diferente, pero a la vez reconocido. En cada visita, en el mismo momento en que entraba en la plaza, escuchaba una serie de diálogos, como tejidos por imagos, que representaban toda suerte de narraciones. Los diálogos se repetían como se repiten el anochecer y el amanecer, discurrían sobre la luz y la sombra, arriba y abajo, como en un teatro circular que abarcaba todas las dimensiones. Lo que cada día acontecía en la ciudad ya había sucedido, sus habitantes ya habían representado todos los personajes de aquella narración inacabada y reiterativa, pero abierta e inagotable, para todo aquel que se acercase a ver, leer o sentir lo que el tiempo escribía y los personajes representaban. Así fue como, cada vez que llegaba a la antigua ciudad, la reconocía por muy distinta que apareciese ante mí. Comprendí que el funcionamiento de la ciudad era el mismo de otras veces aun siendo cada vez distinto. A ojos de quien la experimentase, generaba un conjunto de micrópolis que existían a partir de pequeñas variantes de comportamientos, de apariencia visual o sensorial.

Esa vez sería, con toda seguridad, la última que regresara a esa y a otras ciudades a ella conectadas por un conducto casi imperceptible, incluso para arquitectos e ingenieros, y que yo solo intuía de manera sensitiva. Quise volver acompañado de mi esposa e hijos; porque otros ojos vieran y leyeran o sintieran, puesto que, al regreso de cada viaje, me había resultado más y más harto

complicado describir aquello que veía o sentía.

—¡Qué bien, papá! ¡Unas vacaciones! —dijo mi hijo, Teseo, siempre dispuesto a toda clase de excursiones e incursiones.

—Yo tengo que hacer un trabajo de clase. ¡Me podrá servir de experiencia sociológica! —dijo mi hija, Nydia, que raramente salía de casa si no era por extrema necesidad.

Advertí a mi familia que todo en aquel viaje podrían ser suposiciones o especulaciones, tanto como las posibilidades que hubiera conllevado mi conversación con el director general en caso de haberse producido.

—Visitaremos cinco ciudades —dije; —una tras otra como si fueran una sola, pues, aunque parecen distintas para mí son esencialmente la misma. Ved y sentid vosotros, y comprobad si una sola urbe es todas las ciudades, como yo creo.

—¿Solo cinco? —preguntó mi hijo, con ojos de querer abarcar todo el mundo, como si cinco fuera poco.

—¡Cinco es todo! ¡Cinco son los puntos de Lagrange!—respondí con mi criterio científico. Pero viendo tantos interrogantes en sus miradas, aclaré: —El cinco es importante desde el punto de vista fisiológico, tenemos cinco dedos y cinco sentidos, también los puntos de nuestro cuerpo se pueden configurar en una estrella de cinco puntas, cinco son los elementos de la naturaleza...

—Y en todas las religiones y desde siempre, el cinco es un número simbólico, sagrado —abundó Circe, mi esposa, lo que no supuso explicación razonable para nuestros hijos.

—Queréis decir que, tanto desde la biología y la astrología, la fe y la religión, el número cinco tiene un significado especial. —Me agradó que Nydia hiciera fácil todo aquel embrollo para su hermano—. En cualquier caso —continuó—, lo importante no es el número de ciudades que visitemos, sino lo que nos enseñen esas ciudades.

Mi esposa estuvo encantada con la propuesta, pues cuando los guisos y quehaceres de la casa se lo permitían, empleaba su

tiempo en tejer para distraer el aburrimiento del día.

—Yo buscaré nuevos hilos para las urdimbres, también para las tramas, a fin de conseguir nuevas telas —dijo Circe.

Sin demasiado tiempo para el esparcimiento por mi parte, disponía de una semana para finalizar los trabajos, confiaba en que ellos vieran y sintieran todo aquello que a mí se me escapaba por el subsuelo, por la superficie y por el aire.

La primera

Llegamos a las puertas de la primera ciudad; ellos con las expectativas muy abiertas, yo con cierto desasosiego por acabar impecablemente mi último trabajo. Una ciudad como otra cualquiera, con ayuntamiento e iglesia, taberna, fonda y calles alineadas unas, arremolinadas otras, calles principales y secundarias, unas provistas de comercios, otras gremiales donde trabajaban toda clase de artesanos. El lugar principal era la plaza. Una plaza, en apariencia como todas, en la que convergían todo tipo de gentes y a todas horas.

Buscando un sitio para hospedarnos, asearnos del viaje y dejar las maletas, se nos hizo el encontradizo un padre avaro que yo recordaba como un astrólogo. Andaba dando traspiés alrededor de la taberna, y, tras mirar a Nydia de cuerpo entero, le encomendó que no se entretuviera con el enamorado, que le despachase sin disimulos, pues el pregonero había anunciado que su amor no era otra cosa que un vil invento de la celestina. Debió creer que Teseo era el enamorado de su hermana. Acto seguido y ante nuestro asombro, el padre avaro cogió del brazo a mi hijo y se lo llevó hasta la puerta de la taberna donde comenzó un monólogo típico de borracho. ¡El hombre se reconvirtió ante nuestros ojos! O no era exactamente así, nos dijo el pregonero:

—Su papel de padre avaro ha terminado, ha muerto, y su puesto ha sido ocupado por el borracho, que a su vez ha reem-

plazado al viejo colérico, y éste al bufón, y éste al seminarista dudoso...

La repentina transformación nos pareció cosa de magia, solo a falta de un “pluf” y un poco de humo blanco con el que aparecían y desaparecían las personas. Nos preguntamos: ¿a dónde irá a parar el borracho?

Aquella noche, en la fonda, compartimos cena con el alcalde. Debíamos analizar los costes por el desvío de la cloaca mayor, desde el centro del Ayuntamiento hacia las afueras, hacia el barrio rojo. No pudimos compartir otra cosa que los alimentos, pues al segundo bocado, la conversación dejó de tener sentido.

Por la mañana, mientras yo trabajaba en los planos de la ampliación del alcantarillado, mi familia decidió dar un paseo. Circe quería buscar nuevos hilos, hilos de seda, hilos de otros colores diferentes a los que se acostumbra en nuestra tierra. Mis hijos la acompañaron, deseaban comprobar con sus ojos de temprana mañana aquella particular renovación poblacional mediante el intercambio de papeles, pues en verdad aquella ciudad parecía un teatro. Esperé a que el alcalde tomase las decisiones concernientes al saneamiento de la ciudad. No lo encontré; fui al Ayuntamiento, a la taberna, a la iglesia, incluso llegué hasta el barrio rojo, disimulando, con el tubo de los planos en la mano. En varias ocasiones estuve dando vueltas por la plaza; resultó angustioso. La primera vez, encontré a mi hijo como benefactor de una joven que le sobrepasaba la cuarta de estatura y una docena de años. Regresé a medio día y creí verle haciéndose el gorrón con un turista. Antes del anochecer -juraría que se trataba nuevamente de mi hijo Teseo-, el muchacho desaparecía por la calle Real agarrado de la cintura de una prostituta. Los vi de espaldas y los seguí, pero a la entrada del barrio rojo Circe apareció cargada con una bolsa llena ovillos y bobinas.

—¡Qué bien que te encuentro! —me dijo. No distinguí a

.....

nuestro hijo en el joven que, abrazado a la prostituta, acababa de cruzarse con ella. — La bolsa es muy pesada. ¡Anda, ayúdame!

Antes del amanecer fui a ver si Teseo, que había faltado a la cena, había regresado a dormir. Circe se quedó en la habitación, vistiéndose y aseándose, convencida, como yo, de que era necesario partir cuanto antes. Él no estaba en su dormitorio, no pasó allí la noche. Había dejado recado a la encargada de la fonda: «Me uniré a vosotros al regreso del viaje. Quiero averiguar cuál será mi papel en la vida».

Se me hizo raro dejar que mi hijo adolescente buscara el sentido de su vida, que indagase sobre quién quería ser. La conversación, tan trascendental como usual y manida en quien tiene hijos jóvenes y adolescentes, se dilató durante el desayuno. Sentados los tres que quedábamos de la familia a una mesa en la puerta de un café, entre deliciosos bocados de un pan llamado kolas mojado en huevo con yogurt y ajo picado, después de llenar los estómagos, convinimos aceptar la decisión de nuestro hijo.

—Dejémosle quedar..., si es tan importante para él como para desprenderse de nosotros... —dijo Circe, con la mirada dentro de su bolsa de finas hebras de seda. —Tiene que buscar..., cada uno debe...

Circe no acababa las frases, ensimismada en sus hilos, mimándolos entre las manos, demasiado enfocada en sus propios deseos. Eso me hizo desconfiar.

—Cada uno debe buscar su destino. —Nydia completó la frase—. Teseo tiene ante sí un sinfín de posibilidades. Déjale que pruebe, déjale que se confunda, déjale que triunfe —dijo, con voluntad inquisitiva.

Mientras ellas recogían nuestros enseres, fui a dejar el proyecto de la obra de las cloacas en la secretaría del Ayuntamiento. Alguien daría una respuesta a mi empresa. No volví a ver al alcalde. Me pregunto si ese papel se representaría al siguiente día o al siguiente del siguiente, y, por lo mismo, dudaba de que Teseo

.....

podiera encontrar un papel que diera sentido a su pequeña vida. Tal vez pudiera elegir entre todos los personajes, pero eso no disiparía dudas, a tenor de lo que ocurría en la ciudad. Alternancia, sustitución y convergencia de representaciones, circularmente, sin fin.

En el camino de salida me esperaban Circe y Nydia. Según se cerraban las puertas de la primera ciudad a nuestra espalda, se nos abrió un viaje triste. La ausencia de Teseo nos cansaba como un pesar aciago en las palabras; ellas viajaron mudas, yo con una verborrea vacilante e incontinida, como la imitación de un tartamudo inquieto. De puerto a puerto el vaivén del mar. Pudieron ser cuatro o cinco las horas durante las que me vacíe de ocurrencias insustanciales, un continuo discurrir de tonterías incapaces mientras ellas se miraban hacia dentro.

La segunda

En todos mis años de trabajo, la segunda ciudad era una completa desconocida. Me sentía excitado y curioso por descubrir una nueva urbe junto a los ojos noveles de Circe y Nydia. Divisamos la segunda ciudad desde la barcaza. Al contraluz del atardecer surgía como una fantasía en el horizonte. Una ciudad dorada cuando desembarcamos en el muelle. El sol tardío se reflejaba en las casas ocre y apuntaba aún con suficiente calentura los callejones. No hablábamos entre nosotros, tan ocupados estábamos en ver por dónde caminábamos, en mirar hacia el suelo para no perder el equilibrio de los pasos inseguros, ciegos ante aquella luminosidad extraña.

Desde el muelle hasta el hospedaje, observé cómo los trabajadores se afanaban por acabar la jornada. En los comercios, a punto de cerrar, se apilaban los productos sacados al mar, a los lados o frente a sus puertas, colocados por tamaños o colores o sustancias, como para echarlos a dormir hasta el día siguiente. El sonido de los últimos quehaceres marcaba el ritmo ágil de las prisas ante el

descanso de la noche. Una noche que no terminaba de caer, como si el tiempo no quisiera abandonar la última hora de la tarde.

Las calles, estrechas y húmedas, encendidas aún por los rayos de un sol postrero que nunca se escondía, nos obligaban a transitar en fila, uno tras otro. Yo, que caminaba el primero de los tres, sentía la ciudad como la pesadilla de un sueño. Cruzándonos de uno en uno, un solo viandante por sentido, todos cargaban con rostros extraños, enfermos, más de muertos que de vivos. Tal vez por eso me pareció identificar en aquellos cuerpos fatigados a familiares y amigos fallecidos. Dudé si mirar hacia atrás. Un deseo de volver al pasado, de no dejarlo ir, retardaba mis pasos; sentí que perdía a mi esposa. El cuerpo de Circe se escondía tras el de Nydia, que caminaba en medio. En mi hija supuse el miedo; miedo a cruzar la mirada con aquellos ojos lejanos y secos, amarillos y dolientes; caminaba con la cabeza gacha mirándose los pies, evitaba mirar de frente, como si en ellos pudiera adivinar su propio futuro. No era consuelo que los dos sintiéramos parecido. Contra mi bolsa de viaje se golpeó un anciano. Me disculpé porque mi bulto ocupaba todo el ancho de la calle, e impedía que los que caminaban en contrario frente a mí lo hicieran con suficiente holgura. Mi oponente de paso no era tan mayor como supuse; al mirarlo, desprovisto de la capucha que cubría parte de su rostro, le volví a pedir perdón. Lo hice con un terror desnaturalizado, temiendo verme a mí mismo.

En la hospedería, la luz tenue continuaba diluyendo el firmamento. No fraguaba la oscuridad, no pudimos dormir, tampoco lo intentamos. Puede que por el agotamiento, o el terror afincado en mi cuerpo, pensé que no era el momento de acometer los trabajos en el subsuelo; aún no; solo señalar el comienzo de las obras, emprenderlas de regreso, al recoger a nuestro hijo Teseo. Fuimos al muelle. Solo había una pequeña barca. Su dueño, un hombre viejo y flaco, con ropajes oscuros hasta la cabeza y antifaz, puso la mano sobre el pecho de Circe impidiéndole el paso.

—Solo hay sitio para dos pasajeros —dijo secamente el anciano, a imagen de la misma parca.

—¿Quién es para decidir el que sube a la barca? —pregunté en una impulsión de loca valentía.

El barquero se bajó el capuchón y se quitó el antifaz. Era el mismo hombre que se había tropezado con mi bolsa en la calle, tenía el rostro de mi padre, con su traje marrón como mortaja, fallecido meses antes. Creo que Circe le reconoció:

—Puedo esperar y tejer mientras vosotros visitáis las otras ciudades —dijo, llevándose la bolsa de hilos al regazo. —Estoy deseando comenzar a urdir una nueva trama con estos maravillosos hilos.

Los ojos de mi esposa eran de un ocre pálido, igual que la luz que alumbraba el muelle, igual de descoloridos que sus palabras.

—¡Déjala! ¡Es su deseo! —intervino Nydia con autoridad determinante. —¡Tienes un plazo que cumplir!

Era cierto. Solo había visitado dos ciudades y no tenía la firma de los trabajos en las manos. Volvían las conjeturas, todo posibilidades.

La tercera

El camino no se presentaba feliz. Nydia era lo único que se mantenía con un sentido, una pertenencia y una realidad. Sin embargo, a ratos, descubría en ella pequeños pulsos de deserción, ansias de huida, golpes de gozo desprovisto de razón. Eso nos ofrecería la tercera ciudad. Una doble ciudad, como original y copia. Había bullicio en sus calles angostas que se guardaban del sol de la mañana, plena y risueña. Los comerciantes, los funcionarios y, en general, todos los habitantes actuaban rápidos, movimientos veloces, inquietos, como si todos tuvieran una prisa incontenible. Nos contagiaron su celeridad. Fue visto y no visto que estuvimos alojados, servidos y descansados.

—¡Esta ciudad es genial! —dijo Nydia. —Me gusta estar aquí; el tiempo cunde y se puede hacer de todo..., o de casi todo lo que deseas.

Yo dije: —Me alegro, hija—, sin demasiado convencimiento.

Fui hasta el edificio de Gobernación mientras Nydia saciaba su curiosidad recorriendo calles y rincones, caminos que inevitablemente convergían en la Gran Plaza. Se había llevado su cuaderno de viaje, me aseguró que pasaría el día explorando, investigando para su trabajo de sociología.

Concluí mi trabajo con prontitud, pues mapas y planos ofrecieron un impecable calco subterráneo de sí misma. Increíblemente, todo lo construido en la superficie existía igualmente bajo tierra: calles, casas, edificios, comercios y oficios. Arriba habitaban los vivos, abajo lo muertos. Esto lo escuché de dos encapuchados de la cofradía encargada de bajar a los difuntos a la ciudad de los muertos. Por lo oído, en la ciudad subterránea, los cadáveres imitaban los quehaceres de los vivos, aunque había oficios que abajo tenían mayor demanda; eran los más festivos, los más distraídos y divertidos. Los trabajos más pesados y monótonos casi eran exclusividad de los vivos, pues una vez muertos nadie quería ser basurero, ni pocero, ni cantero o albañil... Nada de eso pude ver, pues yo aún no estaba muerto; solo los muertos y los encapuchados que les guiaban podían estar en la ciudad bajo tierra.

En esto habría pasado una hora y me pareció mucho más de un día. Había quedado con Nydia en la terraza de la Gran Plaza, donde había hornos y mesas para comer, y se celebraría la festividad de los recientes difuntos. Me senté a tomar un té mientras esperaba a mi hija. Comenzó un espectáculo de bailarinas, tragafuegos y adiestradores de animales. Se me atragantó el último sorbo, y no fue por la hierbabuena. Mi hija apareció con un látigo en la mano, y, con cada azote al aire o al suelo, una pantera saltaba dentro de un aro o subía y bajaba

por una escalera de cuatro peldaños. Me quedé en mi sitio, tan lívido y rígido como los muertos alineados en el centro de la plaza, los que iban a trasladar al submundo. Un encapuchado se dirigió a mí.

—No es su momento —me dijo. —Hay otros muchos antes que usted.

Cuando Nydia acabó su función vino a mi mesa.

—¡Vámonos! —le dije. Me levanté dejando una moneda al lado del vaso vacío. —¡No sé si estoy delirando!

—No puedo irme. Me he comprometido con el circo; voy a adiestrar a un león recién nacido, me llevará algún tiempo.

—Pero el tiempo que tú crees, en esta ciudad, puede ser cuestión de unas horas—respondí sin querer comprender. —¡Te puedo esperar!

—Me gusta esta ciudad, me gusta su actividad, y espero bajar cuanto antes a la ciudad de los muertos.

—¿Quieres morir? —pregunté incapaz de controlar aquel desvarío.

—¡Deseo tocar la lira, sentir la música, dominar el aire! —

Los ojos de Nydia brillaban de insensatez—. Lo cumpliré bajo tierra. Restregué mis ojos, me abofeteé la cara de lardo por ver si me arrancaba del estupor de aquel mal sueño.

La cuarta

Amanecí en la cuarta ciudad más muerto que vivo, y mi estado no desentonaba con el ambiente que encontré. La ciudad no tenía aire sino tierra. Las calles y las casas, todo era greda, barro y caolín. No había cielo con nubes, no había sol ni luna, no existía un firmamento de estrellas. Los habitantes se arrastraban lentos por galerías como abiertas por anélidos e insectos rastreros, muy despacio, para no deshacer los cuerpos descalcificados por la humedad de lo oscuro. Por eso yo me quedé muy quieto, inmóvil,

para no desgastarme más, pues aún me quedaba una ciudad por visitar antes de poner fin a mi trabajo.

La quinta

En el camino que llevaba a la quinta ciudad tuve tiempo de reflexionar acerca del viaje. Hacía tiempo que estaba completamente solo, tal vez fuera así desde el inicio y no había sido consciente.

A la entrada de la última ciudad éramos muchos los que esperábamos que abrieran las puertas. Entramos en manada, algunos sin cita, otros habían reservado con meses de antelación. Tenía el diseño de un cementerio ordinario. Las construcciones se diferenciaban en tres estratos, como las clases de sus habitantes. Había nichos configurados como un panal de celdas cuadrículadas, a semejanza de los rascacielos que se encuentran en todas las ciudades de los vivos, donde apretujados e infestados por la cólera, el desengaño, el esfuerzo o la ilusión, cada uno aporta a la esfera superficial su parte proporcional de contaminación emocional. Contra tal encasillamiento, había tumbas que disponían de más terreno, en consonancia a los adosados y chalés individuales que en muchas ocasiones se construyen extramuros.

Lo más curioso de la quinta ciudad era lo que estaba por venir, igualmente, los que estaban por nacer. Los no nacidos eran tantos como la imaginación permitía, de modo que para ellos se disponía de un lugar infinito y vacío, sin una sola construcción, pues se desconocían las posibilidades futuras. Así, la vacuidad invadía de inquietud el diseño para lo desconocido, de sofoco la arbitrariedad de las planificaciones. En conclusión, todo se dejaba en el aire, para que lo decidiera el futuro.

Sentí que había llegado al final del viaje, y redacté el informe que me había solicitado la empresa, con la duda razonable de

que llegara a manos del director general. No me importaba, había cumplido mi misión, aunque había perdido a mi familia por el camino. Resumí en una todas las ciudades. La ciudad puede ser una idea, pero todas las ciudades son cuerpos coexistiendo momentáneamente en un territorio definido. Salí del ascensor, en la penúltima planta, prevenido. Me había vestido con ropajes oscuros y un antifaz que me distinguieran en la inmensa claridad del *pool* de secretarias. Las mujeres, de túnicas blancas sentadas en mesas blancas, contra paredes blancas, sobre suelo y bajo techo también blancos, me observaban como un punto de arena suspendido en un aire de niebla. No pregunté, dejé el informe; una enorme página vacía sobre la que yo había escrito algunas líneas con mis dedos dubitativos.

•••••

10 Las ciudades y los ojos

ZEMRUDE

José Manuel Higes

Calvino planteó en Zembrude dos ciudades, la ciudad de los que caminan con la cabeza alta y los que viven encorvados contemplando grietas e insectos. Los altivos verían el mundo lleno de felicidad y optimismo, mientras que los encorvados estarían cargados de tristeza. Me pareció que esta forma de ver Zembrude era, sin duda, maniquea. Por eso planteé el cuento de Zembrude desde la rotura de estereotipos. Ver escalinatas y hermosos frontispicios no debe ser sinónimo de felicidad, puede que en lo tosco, lo oscuro, lo siniestro, se encuentre también la maravilla. En esta dualidad difuminada construí una historia de amor, al estilo shakespeariano (hay que honrar al maestro que da título a nuestra Orden), pero siempre intentando romper convenciones. Así, no es casualidad que sea la mujer la aberrante y jorobada, y no el hombre. Este texto además planteó una dificultad técnica añadida para conseguir un paralelismo narrativo que tuviera sincronía y que no resultara monótono. Espero haberlo conseguido. Después de todo, así es Zembrude, dos mundos paralelos en uno sólo.

•••••

Si pasas silbando, con la nariz levantada detrás del silbido, la conocerás de abajo para arriba: antepechos, cortinas que se agitan, surtidores. Si caminas con el mentón sobre el pecho, con las uñas clavadas en las palmas, tus miradas se enredarán al ras del suelo, en el agua de la calzada, las alcantarillas, las espinas de pescado, los papeles sucios.

Las ciudades y los ojos 2
Las ciudades invisibles
 Italo Calvino

Los pordioseros, mendigos, degenerados de mi familia siempre han mirado hacia abajo. En otra ciudad esto no significaría nada, pero en Zemrude sólo hay dos tipos de personas, los que miran hacia abajo y los que miran hacia arriba. Mi asquerosa familia, mi pestilente familia de cazadores de ratas: mi abuelo el pringoso, mi madre la huele-porquería, mi hermano el basura humana, todos miran hacia abajo y, al mirar hacia abajo, la ciudad de Zemrude les muestra sólo horror y decadencia, asco y moho, excrementos marrones e insectos muertos. Si miraran hacia arriba, Zemrude les desvelaría belleza y perfección. Dicen que los que miran hacia arriba sólo ven la armonía del mundo. Así es Zemrude para los que miran hacia arriba. Zemrude la ciudad con dos barrios y una única puerta al exterior que sólo se abre al alba. Zemrude con un barrio bajo y un barrio alto de gente que admira la belleza. No sé cómo es ese barrio y espero no descubrirlo nunca. Me llamo Anasia Caza-alimañas, tengo dieciocho años, también miro hacia abajo, como mi familia. Pero a diferencia de ellos soy inmensamente feliz. Cómo no ser feliz, dichosa, elevada al ver tanta mierda. La mierda es la obra de dios.

La estirpe de los Erla se remonta a generaciones de hombres y mujeres de la aristocracia de Zemrude que miraban hacia arriba. Yo, Roberto Erla Von Froni, para mi desgracia, comparto el destino, que considero aciago, de mi familia. Yo también miro hacia arriba. Vivimos en la zona alta de la ciudad, junto a hermosas vidrieras de luces evanescentes, rodeados de frontispicios de talla exquisita y deslumbrantes esculturas de muchachas semi-desnudas de proporciones áureas. Todo es perfecto, equilibrado, sublime. Sobre todo los frontispicios, los frontispicios son una maravilla, un algo que emboba a mi elegante padre notario real, a mis ancestros esnobis propietarios de la perfumería de los nobles, y a mi tío el escultor sagrado de maravillas eclesiásticas. A todos les gustan los frontispicios, pasamos delante de un frontispicio y

se detienen, hacen una reverencia, lo admiran durante minutos y, luego, hablan de lo que han descubierto al mirar el frontispicio. Durante las copiosas cenas familiares, entre el jugo de carne asada y las patatas en salsa tártara, se habla de frontispicios, de las nuevas siluetas, formas y delicadezas que brotan en los frontispicios. Y cuando no se habla de frontispicios, se habla de arbotantes, columnas caracoladas y ventanas arborescentes. Todo malditas obras de arte. Oh dioses, por qué me habéis enviado esta desgracia, por qué me enviasteis a nacer en la familia Erla y hablar de frontispicios, todo menos esta decadencia de maravillas y belleza constante, todo menos este deslumbramiento perpetuo ante la arquitectura de Zemrude. Oh dioses, liberadme, liberad a Roberto Erla Von Froni del cautiverio de la perfección.

Hoy ha sido un día alucinante. Cuando acompañaba a madre a mendigar al templo, he visto un gato muerto sin un ojo, tenía los intestinos por fuera y había sangre sobre el pavimento. Al lado del gato crecían unos hongos color gris ceniza. Madre ha vomitado al ver aquello y ha maldecido por ser una Caza-alimañas y mirar hacia abajo. Pero yo me he echado a reír e intentado explicarle lo que estábamos viendo: «Madre, es un gato muerto y un hongo venenoso. El gato es el fin y el comienzo, hay lombrices devorando su carne, pronto será polvo y piel hueca, sólo huesos ancestrales y gases malolientes. ¿No es para sentir júbilo, madre?». Pero madre me ha dado un bofetón, me ha llamado niña estúpida, me ha dicho: «Anasia eres una imbécil y nunca encontrarás a alguien que comparta tu idiotez». Y luego se ha limpiado el vómito con la manga de la camisa. No le he dicho que le han quedado restos en la cara, porque los restos de vómito me parece que embellecen a cualquiera, son un producto del interior de nuestro organismo, como una parte de nuestra alma en el exterior. Tampoco le he seguido hablando del gato muerto sin un ojo, ni del hongo gris. A pesar de que estaba eufórica por-

que un gato muerto sin un ojo equivale, para mí, a diez cacas de perro con sus moscas. Últimamente mido todo en cacas de perro con moscas, porque las cacas de perro son lo mejor, agrietadas y húmedas y una representación de la existencia. Sobre todo después de que leyese que hay un galeno egipcio que afirma que diminutas criaturas nacen en lo podrido, en los cadáveres y en las cacas, que estas criaturas se multiplican por cientos y que así viven, devorando lo que otros consideran inmundicias y que, por ejemplo, los olores a cieno verde que expulsa un cuerpo sin vida, o el aroma a pantano de las cacas de perro, se deben a las ventosidades de esas criaturas. ¿No es algo digno de aplauso? Cientos, miles, millones de criaturas casi invisibles teniendo ventosidades sobre una caca de perro. Ver una caca de perro es como estar en un teatro ante un gran coro que ventosea. Hay gente que paga por lo mismo en el Teatro Real de Zemrude cuando podría contemplar una caca de perro, o un gato muerto. Además, ese galeno, cuyo nombre no recuerdo, afirma que estudiando esas ventosidades y olores, analizando si el cadáver tiene líquidos pastosos o no, y midiendo el tamaño de los gusanos que lo devoran, se puede determinar momento de la muerte y estimar el lugar y condiciones de la misma. Algo, que según el galeno, podría ayudar a atrapar a depravados criminales. A mí me parece que esto roza el milagro divino. Por supuesto, no le he contado a madre lo del galeno porque a madre no le gusta que lea tanto. Yo le digo que es una ventaja de nuestra familia, los Caza-alimañas miramos hacia abajo y eso nos permite leer, no se puede leer si se mira hacia arriba, o al menos, es muy incómodo. Pero ni madre, ni hermano lo entienden, sólo lloran por las noches porque no hacen más que ver basura y grietas en los muros. Yo leo y escribo en un diario todas las porquerías que he visto, las mido en cacas de perro y compruebo que cada día mi vida es más dichosa. Hoy he visto un gato muerto sin un ojo, eso equivale diez cacas de perro. Junto al gato había un hongo gris venenoso que según un libro antiguo

.....

provoca diarreas fuertes a quien lo consume. Me he llevado el hongo de recuerdo. Ha sido un gran día.

Después de acudir al suntuoso concierto de la orquesta real, donde los miembros del coro vestían con túnicas de borlas de oro, los músicos llevaban collares con diamantes y esmeraldas que deslumbraban al palco, después, digo, de aspirar el aroma de perfumes de magnolia, sándalo, fresa y rosa, contemplar rostros bien afeitados, cabellos limpios y dorados que con el movimiento recordaban a las dunas, después de que yo, Roberto Erla Von Froni, junto con mi padre y mi tío, viéramos hora y media de música sublime, notas precisas que se deslizaban en un silencio de océano, después de sentir el terciopelo de los sillones, el delicado aroma de las viandas orientales que esclavos exóticos nos ofrecían en el entreacto, mandarinas color rubí, lonchas de jamón especiado, dulces con miel y pistachos, después de los violines, los aplausos entusiastas, la ovación y las felicitaciones por un concierto digno de dioses, justo después, he sentido un impulso homicida de destripar a todo el mundo, estrangularles o partirles el cuello. ¡Cómo se puede hacer algo tan asquerosamente perfecto! ¡Cómo puede alguien no sentir un vacío existencial, unas ganas de matar y arrancar cabezas al ver tanta maravilla e idiotez en una sala! Muerte a lo hermoso. He intentado comunicarles mis sentimientos de zozobra y consternación a mi padre y a mi tío, explicarles que tanta belleza tiene un coste, que según ciertos filósofos del lejano oriente, no hay luz sin sombra, y que si vemos tanta hermosura, es porque existe, en algún lugar algo horrible y carente de forma y sentido. Pero ellos no me han entendido, porque se han limitado a encogerse de hombros y comentar el frontispicio que estaba detrás del coro. Juro que si vuelvo a oír esa palabra, cometeré un asesinato con alevosía y premeditación. ¡Qué día más espantoso!

Seis cacas de perro, ocho ratas devorando un plato con restos de zanahoria, una alcantarilla abierta con aroma a urinario, una grieta en un muro llena de moho por donde se deslizaban doce cucarachas negras, un mendigo que no es de mi familia, cubierto de una sustancia costrosa, con las ropas raídas y tumbado sobre un saco de patatas cochambroso, cristales rotos, restos de una escultura, un enjambre de mosquitos que me ha picado y me ha provocado otro sarpullido con ronchas en el brazo derecho, mondas de manzana, cenizas y madera podrida. ¡La vida abriéndose paso! Todo equivale a veinte cacas de perro con sus moscas. Otro día maravilloso en Zemrude.

Esculturas de sátiros y ninfas en jardines remotos, una vendedora de rosas con rubor en las mejillas, labios de carmín y fuego, telas de algodón bordadas en púrpura, alguien canturreando una canción antigua sobre las maravillas del amor, el mercado de los nobles con sus sandías rebosantes, sus manzanas de sabor melodioso, sus juguetes de colores y sus collares de noche y filigrana, tres tapices con figuras geométricas, icosaedro, dodecaedros entrelazados, octaedros imposibles que provocan vértigo y fogonazos, una mujer rubia y de alta cuna que me ha guiñado un ojo y ha dejado entrever, a través de su falda de seda, una pierna dulce y bien perfilada, justo antes de subir a un carromato con muescas doradas, anillos con topacios, pendientes con rubís, collares con volutas de ensueño. Mi vida es un asco. Nada sucede, no hay escapatoria a la perfección y a la mentira. Cuando he vuelto a casa he comenzado a llorar.

Hoy ha sucedido algo diferente. Acababa de ver con detenimiento una caca que no era de perro sino de otro animal, grande amorfa y con círculos concéntricos, estaba reseca por los bordes, cuando un hombre se ha cruzado en mi camino. Llevaba unos zapatos de charol negro reluciente, caminaba tambaleándose y me ha

parecido distinguir algo que brillaba en el borde de su cinturón. Se ha detenido a mi lado y yo me he detenido enfrente de él. Creo que temblaba, sus manos estaban cerradas y apretaba los puños. Luego le he seguido hasta la zona alta de Zembrude. Mientras avanzaba detrás de él me he fijado en su trasero prieto y bien formado. Me ha parecido horrible, un trasero asquerosamente hermoso. No se por qué, no he podido pensar en otra cosa el resto del día.

Por fin algo oscuro, siniestro, deforme. Hoy ha sucedido. He decidido descender a la zona baja de la ciudad, a ver si allí encontraba algo siniestro que me alegrara el día. Pero sólo he visto naranjos brillantes, muros pintados de colores que fascinan, rojos, plateados, azules, un panadero ha acercado unos bollos recién horneado a mis narices, y un mendigo me ha cantado una bonita canción sobre lo bello que es Zembrude y lo bien que sienta al espíritu. Todo era un horror hasta que la he visto a ella, su rostro. Ha sido al apartar la vista con brusquedad de un apestosamente hermoso motivo escultórico, he girado la vista y allí estaba, una muchacha de mi edad, desaliñada y sucia, los cabellos le brotaban en maraña, tenía el cuello cubierto de una sustancia marrón de lo más desagradable, le faltaban varios dientes y tenía un sarpullido en el brazo derecho. No me miraba a mí, miraba mis zapatos y mi cinturón. ¡Qué horror! ¡Qué asco de mujer! ¡Qué auténtica maravilla! He permanecido mirándola hechizado unos minutos, apretando los puños por la emoción. No me he atrevido a hablar con ella, no fuera a tener una voz dulce y melodiosa que estropeará mi fascinación. Me he dirigido a casa despacio y ella me ha seguido, creo que me miraba el trasero con descaro y lujuria, y se relamía como he oído que se relamen las moscas ante los excrementos. Tiene los ojos cubiertos de legañas y pelo en las orejas. Se lo he contado a mi padre y a mi tío y, por primera vez en mi vida, les he visto una mueca de algo que podríamos llamar asco. Ella, ella, ella. No sé por qué pero no he podido pensar en otra cosa el resto del día.

.....

Nada, nada. Tres cacas de perro, un perro agonizando sin una pata, ropa sucia y con manchas verdes por la humedad, los restos de una casa que ardió, todo papeles quemados y aroma a negra ceniza, orín en varias esquinas, carne podrida. Nada, no siento nada, no dejo de pensar en el propietario de ese cinturón y de ese trasero de forma casi esférica. ¿Qué te está sucediendo, Anasia Caza-alimañas?



Hoy en el banquete real, todo, absolutamente todo, los violines saltimbanquis, las sonrisas de las cortesanas, el puré de almendras y nata, los manteles bordados, las risas y la fanfarria, los buñuelos acaramelados y el ébano de los muebles, todo, todo me recuerda el rostro de ella, veo su sonrisa sin dientes en las incrustaciones de las copas de hidromiel, huelo su aroma a excremento en los abanicos de las muchachas, y el pelo de sus narices parece brotar de las peras en almíbar, todo me recuerda a ella. ¿Qué te está sucediendo, Roberto Erla Von Froni?

Tengo que verle de nuevo, tengo que tocar ese trasero para ver si es tan compacto y perfecto como parece bajo el satén de su ropa. Por eso hoy he deambulado por el barrio alto. Pero sólo he visto una caca de perro en espiral, el vómito amarillo de algún borracho, un muro en un callejón oscuro sobre el que se deslizaban varias procesionarias venenosas. Esto me ha animado algo, pero no lo suficiente. ¿Dónde estás desconocido del trasero prieto?

Tengo que verla de nuevo, tengo que contemplar aunque sea una fracción de relámpago su rostro descompuesto y demacrado, sus encías negras y sus labios agrietados, tengo que tocar ese rostro para ver si de verdad la costra de suciedad que lo cubre es real y se desprende en mis dedos. Por eso hoy he deambulado por el barrio bajo. Pero sólo he encontrado una jacaranda recién florecida, con sus tonos violáceos y su rumor de hojas ante la brisa, una fuente de mármol donde la escultura de un hada parece revolotear alrededor del agua, el tintineo lejano de una melodía antigua y majestuosa. Esto me ha deprimido un poco, pero sigo buscándola a ella. ¿Dónde estás desconocida famélica con pelos en las orejas?

Sigo buscándole, noches sin dormir, estoy ojerosa, con los párpados hinchados y la piel reseca. No le encuentro, no le encuentro. Me veo hermosa.

Sigo buscándola, duermo demasiado por la tristeza, estoy radiante, el pelo fresco, el cuerpo limpio, lleno de energías. No la encuentro, no la encuentro. Soy un adefesio.

Por fin, hoy ha sucedido, después de meses deambulando hoy he vuelto a encontrarle, no en el barrio alto, ni en el barrio bajo, sino en una de las puertas que separan los dos barrios, una puerta que está junto a una casa pequeña, fea y llena de mugre. Al lado de la puerta, de una alcantarilla abierta ha salido una rata. Pero él estaba allí, reconocería ese trasero entre un millón de traseros, un trasero cincelado y bamboleante, casi una obscenidad. Me he quedado allí quieta, mirando ese trasero hasta que él me ha hablado. Se ha presentado, se llama Roberto no sé qué, luego me ha invitado a comer algo de ambrosía y a beber néctares en una posada de la zona alta. Le he dicho que yo sólo comía ratas crudas y mondas de patatas. Entonces he notado cómo se ponía nervioso y juraría que he distinguido una erección debajo de sus pantalones. Le he dicho mi nombre y que quería volver a verle. Quedamos para la noche, en el muro de los almendros desde donde se divisa toda la ciudad, la zona alta y la baja. Justo en la noche, cuando toquen las campanas doce veces. Estoy ya nerviosa porque ese momento llegue.

Al fin hoy ha sucedido, la encontré, la encontré, ese rostro torcido y como en espiral, esa mirada bizqueante, esas ropas al borde de la putrefacción. Es ella. La he visto en la puerta que separa las dos zonas. Una puerta cerca de un hermoso olmo de ramas centenarias. Cuando he llegado trinaba un pájaro unas notas amarillas y dulzonas. Y ella estaba allí. He permanecido un tiempo mirando ese rostro que es todo aberración y sin sentido, el rostro con el que he soñado tantas noches de sudor y palpitaciones. Por fin le he dicho mi nombre y le he invitado a comer manjares de mi familia. ¡Qué idiota he sido! ¡Un ser como ella comiendo las suculentas porquerías de los míos! No, ella come alimañas y basura, todo poesía. He sentido

su alma en cada una de sus sonrisas. Sus pechos, que están descompensados, subían y bajaban y respiraba más lentamente, señal inequívoca de la sincera emoción. Se llama Anasia Caza-alimañas, qué hermosamente asqueroso es su nombre. Y luego me ha dicho que quería verme, en la noche, en el muro de los almendros, cuando el repiqueteo de las campanas suene doce veces. Oh, monstruo de la felicidad, haz que mi monstruo hembra acuda a la cita.

En el muro en la noche hay una peste a cementerio y a orines. Allí los mendigos defecan y los perros van a morir y descomponerse. Desde el muro se ve el barrio bajo, y su hedor a culo de vieja. Desde el muro todo es una gran masa amorfa de ruidos, enfermedad y vida. Todo menos su trasero perfecto, sus mocasines negros y su piel limpia y sedosa. No me he resistido, he abierto las piernas como una vulgar ramera y los fluidos han ido de un lado a otro. Su trasero no tiene pelos y es esponjoso. Hoy he caído en lo más bajo de las de mi clase dejándome fornicar como una vulgar vaca hambrienta. He sido feliz.

En el muro en la noche hay una música a viento lejano y claveles. Se distingue el barrio alto con todas sus luces de colores, sus sombras danzantes y su alegría. Una náusea para mis oídos y ojos, salvo por ella. Ella y su peste a excusado sin limpiar, a sá-bana de prostíbulo barato, sus ojos siempre bajos e inyectados en sangre y roña. Ella un animal frágil, escuálido, desagradable. No he podido evitarlo, la he desnudado con dulzura y he destilado los jugos del amor en la esencia nocturna. Como en una fábula erótica de los habitantes de las dunas, los manjares que su cuerpo me ofrecía no eran de este mundo. Sé que ella ha gemido de placer porque yo he gemido de placer. He sido feliz.

Al amanecer, cuando he regresado a casa, aún sucia de besos y embestidas, madre estaba esperando. Le he contado lo que he

hecho, con quién he estado, le he detallado su trasero y su forma de moverse como de bestia en celo y sudorosa, le he dicho que me desea, que yo le deseo y que nos hemos comportado como cerdos en una ciénaga. «Una Caza-alimañas no debe estar con los de la zona alta, ellos son los responsables de nuestra desgracia, por su culpa vivimos en el barrio bajo». Luego me ha encerrado en mi cuarto y se ha guardado la llave. Ha jurado que no me dejará volver a verlo jamás. En mi cuarto hay un nido de cucarachas bajo mi cama. Le he estado contemplando varias horas y pensando en él.

Al amanecer, en la puerta nacarada de la mansión Erla Von Froni, me estaban esperando mi padre y mi tío. Les he hablado de la dulzura quebrada de su rostro, de su piel deliciosamente pringosa, de su cuerpo de aroma a basura y perfil de huesos. Les he hablado de ella, de su espíritu evanescente y de que la amo, de que ella me ama y hemos sellado ese amor con el sagrado acto de los placeres bajo las estrellas. Se han escandalizado ambos y, luego, padre me ha dicho: «Un Erla Von Froni no debe enamorarse de los de la zona baja, te contagiará su pobreza y sus llagas, por su culpa Zemrude no es todo lo esplendorosa que podría llegar a ser». Me han encerrado en lo alto del torreón mayor de la mansión, con dulces de avellana y miel, y vestidos de seda salvaje. No me van a dejar salir a verla de nuevo hasta que se pase mi enfermedad amorosa, han dicho. Me he asomado a la ventana y, a través de los barrotes plateados, he contemplado en la distancia el barrio bajo. El fino humo de una chimenea hacía cabriolas en el cielo. He pensado en ella.

Llevo varios días encerrada en mi cuarto, sin salir, para recordarle, me desnudo y acaricio mi cuerpo con violencia, pensando que son sus manos las que lo hacen. Cuando no puedo más, leo libros antiguos que he escondido debajo de un tablón de mi dormitorio. No sé si volveré a verle. Las cucarachas de debajo de mi cama se están muriendo.

Llevo varios días encerrado en el torreón, sin salir, para recordarla suspiro y escribo poemas en mi imaginación sobre sus expresiones y su cimbrear tan auténtico y siniestro. A veces hablo en voz alta imitando su forma de hablar, para soñar que es ella la que me habla. Cuando no puedo más, pienso en formas de matar a mi familia y eso me da paz de espíritu. No sé si volveré a verla. Ya no hay humo en las casas de la zona baja.

He leído un antiguo poema épico troyano y se me ha ocurrido un plan para escaparme. Cuando lo haga, huiré al barrio alto y me encontraré con él de nuevo. Espero que no se haya olvidado de mí.

No aguanto más, en mis fabulaciones homicidas se me ha mostrado la forma de escaparme de mi cautiverio. Cuando lo haga huiré al barrio bajo y me encontraré con ella de nuevo. Espero que no se haya olvidado de mí.

Hoy no he comido nada de las ratas que madre me ha pasado debajo de la puerta, en vez de eso he rociado la carne cruda con pedacitos del hongo gris que recogí hace semanas junto al gato muerto. Le diré a madre que no quiero comer y devolveré las ratas intactas. Sé que ni madre, ni hermano, ni abuelo tirarán la comida, sino que se la repartirán. Como los troyanos ante el caballo de madera, no podrán rechazar esa ofrenda. Cuando lo hagan les entrará una diarrea tan intensa que les dejará sin fuerzas y yo podré abrir la cerradura con los alambres del camastro y salir a buscarle. La suerte está echada.

Hoy voy a fingir mi muerte, tanto impulso a matar me ha dado a entender que la única escapatoria era acercarme a la dama de negro. Aporrearé la puerta para que mi padre y mi tío me oigan, luego me subiré a una silla y pondré el lazo de una sabana alrededor de mi delicado cuello. Cuando mi tío y mi padre se acerquen

a la puerta, saltaré de la silla y dejaré que el lazo me arrebate el aire. Si el destino juega a mi favor, sobreviviré y mi padre y mi tío me descolgarán y me llevarán a ver al galeno. Cuando salga a la calle, echaré a correr y escaparé e iré al barrio bajo a buscarla. La fortuna es una dama que se comba y se requiebra y a la que he rezado para que mi plan tenga éxito. La suerte está echada.

Ha funcionado. Al anoecer madre, hermano y abuelo estaban en el jardín, sobre el barro, con las nalgas al aire, temblando por los retortijones. He abierto la puerta y he echado a correr hacia el barrio alto. Los bordes afilados de las piedras herían mis pies desnudos y rajaban mis callosidades. El barrio alto está vacío.

Ha funcionado. Al anoecer mi padre y mi tío acudieron a mis gritos, salté sobre el lazo pero ellos abrieron la puerta con presteza. La sensación de ahogo duró apenas unos segundos pero yo fingí falta de aire y asfixia, hice mi mejor interpretación de un cuerpo agonizando, tantas veces yendo al teatro dieron sus frutos. Mi padre y mi tío me cargaron a hombros y me llevaron afuera, a ver al galeno. En un recodo, con olor a hierbabuena y jazmines, les di un codazo, me zafé de ellos y eché a correr rumbo al barrio bajo. La brisa nocturna acariciaba mi cuello como la pluma de un ave. El barrio bajo estaba lleno de gente que bullía en gritos y murmullos. Ella no estaba.

¿Dónde está, dónde está ese animal salvaje para que me humille y me convierta en ramera?

¿Dónde está, dónde está esa criatura celestial, para que sus alas me transporten a un mundo más allá del espíritu?

Cuando casi amanecía, he regresado al barrio bajo, abatida, él probablemente me ha olvidado, soy sólo una más de las que abren las piernas para su sucio miembro.

Cuando el rocío del alba empezaba a fraguarse, he regresado al barrio alto envuelto en la desazón, probablemente ella ya no me recuerda, soy sólo uno más de las sombras masculinas que aletean alrededor de su maravilla.

En la puerta que separa los dos barrios, la puerta donde nos presentamos hace semanas, le he encontrado de nuevo.

En la puerta que separa los dos barrios, la puerta donde nos presentamos hace semanas, la he encontrado de nuevo.

De lejos, del barrio alto, se oían unos gritos guturales, y gente a la carrera. Creo que le están persiguiendo. Le persiguen como a un chacal apestoso.

De lejos, del barrio bajo, se oían voces altisonantes, como canciones de guerra, y gente que avanzaba en lo que queda de noche. Creo que la persiguen. Ella es un ave más que huye del nido y a la que no dejan volar.

Por primera vez, he alzado la vista y le he mirado a los ojos.

Por primera vez, he agachado la vista y le he mirado la parte baja del cuerpo.

Es bello, proporcionado, hermoso, le odio con locura enfermiza.

Es deforme, grotesca, obscena y asquerosa, la amo con devoción.

«No podrás volver a embestirme mientras estemos en Zemrude», he dicho.

«No podrás volver a acariciar en sinfonía mis cabellos mientras Zemrude teja su conjuro», he dicho.

«Tenemos que escapar de Zemrude».

Los gritos del barrio alto se acercaban, parecían un enjambre de avispas dispuestas a llenarlo todo de pústulas y sangre.

Los gritos del barrio bajo se acercaban, eran un coro de ángeles vengadores con sus espadas de fuego y odio.

Hemos corrido hacia al muro exterior, hacia donde nunca nadie de Zemrude ha ido, hacia la puerta que sólo se abre al alba, ya no miraba abajo, he alzado la vista y contemplado horribles columnas caracoladas, nauseabundos pilares de marfil, vomitivas vidrieras tornasoladas que parecían girar con la luz del amanecer. También hay frontispicios que de hermosos producen arcadas. Es el infierno que ha vivido él, ahora veo su horror, su alma debe de estar podrida, le compadezco y deseo que me vuelva a embestir.

Hemos corrido hacia el muro exterior, hacia donde nunca nadie en Zemrude ha ido, la puerta que sólo se abre al alba. Mi vista ha descendido y he contemplado hileras de fabulosos excrementos, correteo de escolopendras y maravillosas cucarachas color lodo. Ella ha vivido una maravilla auténtica toda su vida, por eso es tan real, anhelo abrazarla y recorrerla a besos delicados.

De lejos se oían los gritos de nuestros perseguidores.

Les hemos visto correr, algunos llevan antorchas.

Hemos cruzado un callejón estrecho, en lo alto volaba un ruiseñor.

Hemos cruzado un callejón estrecho, en el suelo correteaban ratas negras.

A cada zancada, he oído la respiración cansada de él, ellos se estaban acercando.

En cada recodo he sentido la mano de ella apretándose a la mía, ellos nos estaban cercando.

Hemos saltado un riachuelo, hemos descendido una cuesta, cerca el muro y la puerta que sólo se abre al alba.

Hemos zigzagueado entre callejuelas, hemos atravesado un jardín. La puerta se veía a lo lejos, resplandeciente.

Ellos han soltado a los perros.

Los perros ladraban.

Los perros se preparaban para morder.

Corríamos, corríamos y los perros se acercaban.

Sus mandíbulas eran blancas y relucientes.

Su aliento era pestilencia y odio.

La puerta del alba se ha abierto.

La puerta del alba se ha abierto.

¿Qué será de mí si salgo de Zemrude, ahora que miro hacia arriba? ¿Volveré a mirar la suciedad y el caos, lo informe y lo vital, lo animal y orgánico o lo olvidaré entre perfumes y curvas sinuosas? No quiero olvidar pues yo también soy Anasia, la que mira abajo.

¿Qué será de mí si salgo de Zembrude, ahora que miro hacia abajo? ¿Volveré a mirar lo bello y perfecto, el orden y la proporción, lo ideal e impercedero o lo olvidaré entre pestilencia e insectos que devoran? No quiero olvidar pues yo también soy Roberto, el que mira arriba.

Los perros iban a atraparnos.

Los perros nos habían dado caza.

Pero seguimos corriendo.

Pero seguimos corriendo.

Él me hará recordar.

Ella me hará recordar.

Al alba hemos cruzado la puerta. Afuera, los dos de la mano, hemos entrado en el desierto que rodea Zembrude, juntos avanzando como un solo cuerpo. El calor ha hecho que nos desnudemos y sigamos. No sabemos ya cual de nuestros cuerpos está sucio y cual immaculado, cuál carga mugre y cuál perfume de sándalo. Tampoco sabemos cuál mira hacia arriba y cuál hacia abajo, ninguno de los dos o ambos. Porque ya nuestra mirada está fija en el desierto, en su arena y su cielo pero sobre todo en su horizonte, el horizonte que no está arriba o abajo, el horizonte al que miramos constantemente bajo este calor dulce. Sabemos que estamos cerca del mar, y que cuando llegemos nuestro hijo nacerá al fin. Ya no le hablaremos de Zembrude y sus dos barrios. Eso serán recuerdos para el desierto. Nuestro hijo sólo descifrá en la línea lejana del océano la fórmula para abrirse paso en las olas y, al fin libre, navegar.

11 Las ciudades y los signos

LA CIUDAD Y LOS SIGNOS

José Carlos Carmona

Donde se relata una escena en la Ciudad de Olivia, la última de las ciudades de las que habla Italo Calvino en el capítulo Las ciudades y los signos y en su libro *Las ciudades invisibles*.

No se debe confundir nunca la ciudad con el discurso que la describe.

Las ciudades y los signos 5

Las ciudades invisibles

Italo Calvino



.....

Cuando llegaron de Olivia mis dos ahijados, Elena me contó que el viaje le había provocado una gran conmoción. Habían pasado casi tres meses en esa ciudad llena de canales, con preciosos palacios de filigranas y pavos reales blancos por sus jardines. Allí conocieron a Talid, un joven encantador del que Elena se enamoró. Apenas quedaban recuerdos de la Peste que había azotado a la ciudad, como a toda Europa, durante una decena de años. Olivia volvía a llenarse de viajeros que traían telas y especies de India y Catay, y sus calles bullían de vitalidad. Elena, con esa edad en la que las mujeres empiezan a estar preocupadas por no estar casadas no entendía por qué, estando aquí en Valencia tan rodeada de buenos pretendientes, alguno, incluso, familiar del Papa Borgia, cuando llegó allí, se quedó tan prendada de un joven tan humilde. El hermano mayor de Elena, Guillermo, que era quien la había llevado, escuchaba su narración con rostro de enfado. Estábamos en mi casa palacio de la albufera, donde, decía Elena, se respiraba la calma de los filósofos, un lugar tranquilo del Mediterráneo para meditar y descansar.

—Imagina, padrino, lo largo que se nos hizo el viaje por mar. Hicimos paradas en Argel y Túnez, luego cruzamos hasta las islas griegas. Yo estaba emocionada por salir de Valencia, me parecía sentir una energía masculina. Yo no era una mujer, era una marino —se rio—. No me cansaba de ver el mar y ansiar con nuevos lugares. Llegamos, por fin a la ciudad turca de Constantinópolis, antigua capital del Imperio Romano. ¡Eso sí que era una capital, la capital del mundo! —Yo sonreí—. Y luego fuimos a caballo durante dos jornadas.

—Padrino, fue llegar y conocer a Talid. Era el hijo del posadero. La posada no era una cosa pequeña, era una gran casa con muchas habitaciones y un patio lleno de plantas. Me gustaron los ojos de Talid, eran negros, como los de mi hermano, y estaban llenos de chispa.

—Un pequeño truhan —interrumpió Guillermo.

—Es verdad, hermano, pero no se es truhan por elección sino por necesidad. Entre aquellos que se resignan a su sino de pobreza y miseria, prefiero a los que luchan por salir adelante.

—Aunque sea a costa de los demás.

—Claro, ¿a costa de quién va a ser?: de los que tienen más.

—Como nosotros —dijo su hermano.

—Sí, padrino. —Y Elena me miró con tristeza, desencantada—. Nos robó. Primero se hizo mi amigo y me enseñó las calles y canales de la ciudad a orillas del Mar Mayor, que nuestros geógrafos llaman Mar Negro. Y luego nos engañó. Pero, reconoce hermano, que su picaresca tuvo astucia.

—Enamorarte no me parece signo de gran sagacidad.

—Tienes razón en eso, hermano. Padrino —y se dirigió a mí apesadumbrada— ¿por qué me enamoré tan fácilmente?

—No es difícil imaginarlo.

—Ah, sí. Dímelo, padrino.

—Bueno... Es sólo una hipótesis, pero a veces, las personas que viven rodeadas de cariño no son conscientes de cuánto dan y reciben cada día. Tú te despiertas y besas a tu madre, luego juegas con tus hermanos pequeños, sales y te ríes con tus amigas; en la comida besas a tu padre y él te toca la cara con enorme amor, que yo lo he visto. Tu aya te da caprichos a todas horas y te cuida la ropa y tú la besas como si fuera una abuela querida. Cuando viajas, tu amor apenas tiene en dónde proyectarse y conviertes a un ratón de las calles en un príncipe.

—Podría ser, padrino, podría ser. Qué aguda apreciación.

—De hecho, es común que quienes viajan se crean amados con rapidez por el primero que les ayude en algo, tal es nuestra carencia de cariño y amistad. Y los pillos lo saben, o creen que los viajeros somos unos ingenuos. Pero no somos ingenuos, estamos faltos de cariño y amor.

—Padrino, eso debió de pasarme a mí. Pero, ¿mi amor no fue verdadero?

—No, claro que fue verdadero. El amor es un sentimiento que puede producirse por distintas provocaciones: algunas veces es por interés, ves a alguien que te conviene y crees que esa persona encaja contigo y te imaginas un futuro alegre y la eliges; otras veces, tienes una carencia y te enamoras de quien te ayuda: hay muchas pacientes que se han enamorado de su médico. Cuando viajas estás más indefensa. Lo que te ha ocurrido es normal.

—Me tranquilizas, padrino. Pensé que era una tonta.

—“Tonta” es un buen término para cuando bajas la guardia intelectual por culpa de estar en un entorno adverso —le dije sonriendo.

—Ay, padrino, creía que me estabas salvando.

—Pero, bueno, dime cómo te robó.

—Es un poco íntimo, padrino. Primero me llevó a conocer la ciudad, subimos a un promontorio desde donde se veía el mar que él decía que era un lago, aunque nada más que mar se veía en el horizonte. No te lo vas a creer, pero llevaba una pequeña bolsa de tela de donde sacó dos copas de fino cristal y un pequeño odre de vino, y nos lo sirvió como si fuera un elegante camarero del rey. Después de beber ese vino viendo el atardecer en el mar, nos besamos. Pero fue un beso casto y lleno de amor, te lo aseguro, padrino.

—Bueno, querida, si lo sentiste como tal, no lo eches en el saco de las historias negativas. Ese fue un momento hermoso y lleno de vida, pues mantenlo en el recuerdo como tal. Muchas historias de amor terminan mal, pero eso no borra todos los momentos bellos.

—Tienes razón, padrino. Nunca lo podré olvidar. Fue mi primer beso. Pero como me gustó. Repetimos. Ese día y otros.

—También es normal —le dije—. Y es que, además, cuando se está fuera del entorno habitual, pareciera que las normas no existieran: nuevo ámbito, nuevas reglas. No está la guardia de las reglas sociales, la vigilancia de los vecinos, el “qué dirán” de

la familia. Viajar da sensación de libertad, aunque en todos los lugares hay reglas.

—Gracias, padrino, al menos sé que sólo caí en unas redes que son habituales.

—Pero tú no eres una mujer cualquiera —interrumpió su hermano— eres la heredera de un condado importante de nuestra tierra, miembro de una familia ilustre de comerciantes valencianos.

—Lo sé, hermano. Quizás tendríais que haberme educado con más luces, con maestros de la lógica y el pensamiento, como te educaron a ti. No que a mí sólo me enseñaron a coser y a tocar la espineta.

—Tranquilizaos, hermanos —les dije—. Creo que ella lleva razón. Piensa que estás empezando a ser una nueva mujer porque viajes y viajar te ha enseñado.

—¿Qué me ha enseñado, los peligros de la ingenuidad?

—No es mala enseñanza. Bueno. Estás a salvo. Sigue contándome cómo os robó.

—Esperó a que yo vendiera nuestras telas —dice el hermano.

—Sí —continuó ella casi llorando—. Esperó a que Guillermo vendiera nuestras telas y a que convirtiera sus ganancias en piedras preciosas para poder viajar. Luego me dijo que había organizado una gran fiesta en mi honor en el Palacio Alí Bantor y que debía ponerme mis mejores galas. Le hablé de mis vestidos y me propuso que luciera un collar, si lo tenía. Yo no lo tenía, pero él debía de saber que se lo pediría a mi hermano. Él me hizo un precioso collar con un tercio de nuestras ganancias y así me vestí. Conseguí a una doncella que me acompañara al baile y nada más salir a la calle, unos ladrones nos atacaron y fueron directamente a por mi collar. Fueron rápidos y limpios. Me quedé impactada. Me eché a llorar. No supe si volver a nuestra posada o seguir en dirección a la fiesta. Cuando llegué a la supuesta fiesta, me encontré con un edificio cerrado y sin sombra de Talid por ningún

lado. Entonces lo comprendí todo. No lo he vuelto a ver.

—Pobre chiquilla —le dije—. ¿Y has perdido algo más que esas piedras?

—¿Padrino?

—¿Te has traído algo más de Olivia?

Entonces Elena salió llorando del salón. Guillermo y yo nos pusimos en lo peor.

Fue entonces cuando Guillermo, ya a solas, me dijo:

—Nada de lo que te ha contado es tan bonito y fantástico como ella dice. Olivia está envuelta en una nube de hollín y de pringue que se pega a las paredes de las casas; en sus calles los remolques en sus maniobras aplastan a los peatones contra los muros, toda la ciudad es miserable, los viajeros que ocupan sus calles son unos desarrapados, muertos de hambre, los canales son apestosos, allí es donde echan todos los restos de sus deposiciones y las basuras, la posada era una cochambre con animales hambrientos por todas partes; y el tal Talid era un ladronzuelo miserable.

—Pero, hombre, Guillermo, no veas las cosas así. La mentira no está en el discurso, está en las cosas. Ella lo vivió así. Nunca le impongas tu interpretación —le dije.

Juan Manuel Ávila Llorente. (Sevilla, 1961). Periodista. Estudió Ciencias de la Información en la Facultad Complutense de Madrid. Fue redactor de ABC de Sevilla de 1986 a 2011. Ha sido presidente en Sevilla de la Asociación de Periodistas Deportivos (2009-2012) y de su demarcación provincial del Colegio Profesional de Periodistas de Andalucía (2015-2017). Desde julio de 2011 a junio de 2019 colaboró en los diferentes medios oficiales del Sevilla F.C. Autor de la biografía *Jesús Navas, un duende de leyenda* y de varios relatos publicados en libros conjuntos de la Orden Literaria William Shakespeare, a la que pertenece desde 2015 y de la que es Grado 5 “William Faulkner”.

José Carlos Carmona. (Málaga, 1963). Doctor en Filosofía, Profesor Titular de Universidad imparte clases en el Máster en Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla; fue el creador y Director del Máster de Creación Literaria de esta universidad y de su Taller de Creación Literaria (desde 1997), es autor de las novelas *Martino* y *Martina* y *Sabor a canela*, editadas por Planeta, y de *Sabor a chocolate*, editada por Alfaguara, hoy Penguin Random House, y de más de una docena de libros de relatos, novela, poesía y teatro. Es Crítico Literario en Canal Sur Radio desde 2007. Es Grado 12, “Goethe”, de la Orden Literaria William Shakespeare.

Antonio Castilla. (Sevilla, 1960). Estudió Ciencias Empresariales y es Master en Dirección Económica-Financiera. Se ha formado en creación literaria en la Universidad de Sevilla, Academia Poliedro y en el Ateneo de Mairena. Ha participado en un total de 6 obras colectivas: Universidad de Sevilla (*Nadie cuenta una mentira así*), Orden Literaria William Shakespeare (*Homenaje*), y cuatro participaciones con Diversidad Literaria. Premios y menciones: Primer premio de relato Plutón (2010) - Primer premio de microrrelatos Café Mocay (2016) - Relato finalista Iberik Hoteles (2022) - Primer premio XXIV Concurso de poesía Asociación Arkus de Portugal (2022). Es miembro de la Junta Directiva del Ateneo de Mairena del Aljarafe y ostenta el Grado 2, “Nabokov”, de la Orden Literaria William Shakespeare.

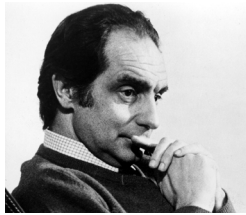
Rafael Cruz-Contarini. (Montilla, 1960). Licenciado en Ciencias de la Educación y Máster en Escritura Creativa por la Universidad de Sevilla. Autor de una veintena de libros infantiles y profesor en talleres de animación a la lectura por diversos colegios y en el área de la formación del profesorado. Se ha dedicado a la enseñanza y a la orientación educativa de forma profesional hasta su reciente jubilación. Fue ganador del V certamen de poesía infantil “Luna de Aire”. Ha dictado ponencias en simposios y mesas redon-

das sobre Literatura. Pertenece a la Orden Literaria William Shakespeare, donde es Grado 6º, “Juan Rulfo”, y donde ha participado con sus relatos en sus publicaciones.

Enrique García López-Corchado. (Ciudad Real, 1966). Autor de las novelas *Lencería para caballero*, *Esgonciando a Wenceslao* y *Papuchi pachipochi papu* o *La desaparición del Códice Calixtino*, así como de las colecciones de relatos *El manuscrito olvidado* y *otros relatos insólitos*, *Historias cojonudísimas* y *Confesiones desde mi alcoba*. Ha obtenido premios en certámenes literarios de ámbito nacional (Los Cuentos de la Granja, Bustarviejo, Campo de los Patos, TVE Asturias, RNE Ávila, etc.). Es Grado 4, “Jorge Luis Borges”, de la Orden Literaria William Shakespeare.

José Manuel Higes. (Madrid, 1978). Licenciado en Psicología y Matemáticas, Doctor en Matemáticas y Máster de Escritura Creativa con Premio Extraordinario. Ha residido en Berlín y Estados Unidos. Escribe teatro, poesía y cuento. Es el dramaturgo y codirector de la compañía La Insolente Teatro, ha ganado diversos premios y becas de poesía y narrativa y dirige la academia de escritura online Poliedro. En la Orden Literaria William Shakespeare ostenta el segundo mayor grado, 9, (Dante Alighieri) y es el secretario de la misma. Colaborador semanal en Canal Sur Radio con el espacio Oír para creer sobre divulgación científica. Actualmente termina su segundo doctorado sobre creación de cuentos fantásticos y prepara una novela y un poemario para su publicación.

María José Ventaja. (Madrid, 1963). Escribe desde los 14 años para publicaciones colegiales y estudia Filología Hispánica en la Autónoma de Madrid. En el invierno de 1988, junto a un grupo de jóvenes poetas del Ateneo de Madrid animados por José Luis Sampedro, editan la revista “El periscopio de la poesía”. Al año siguiente, obtiene el primer premio con la obra poética “Salgo Callada”, presentada al I Certamen de Madrid Jóvenes Poetas. Tras años alejada del mundo literario, en 2015 se traslada a Sevilla y retoma estudios universitarios de narrativa y poesía en la UNIA de Sevilla, La Rábida y en la UIMP. Cursa el máster de Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla y en 2018 publica su novela *Mi conmigo. Los sueños de Ari* que obtuvo el accésit del XVI premio Princesa Galiana del Ayuntamiento de Toledo. Ha publicado relatos en antologías y libros de varios autores. En 2021 se une a la Orden Literaria William Shakespeare, donde actualmente tiene el grado 4, Jorge Luis Borges.



Este libro se terminó de imprimir el 19 de
septiembre de 2023, 38 años después del
fallecimiento de Italo Calvino en Santa María
della Scala, Siena.

Descansa en Castiglione della Pescaia, frente
al Mar Tirreno.